

# **Muerte y Resurrección de la Compañía de Jesús 1773-1814**

“La Compañía de Jesús se ha conservado en la Rusia Blanca y ha abierto Noviciado, que es tanto como restablecerse de nuevo, resucitar de muerte a vida y ponerse en estado de multiplicarse, extenderse, conservarse y perpetuarse.” *(P. Manuel Luengo)*

**Isidro M<sup>a</sup> Sans, S. I.**

## 1. Extinción de la Compañía

Incitado por el Presidente del Consejo de Castilla Conde de Aranda, el Fiscal D. Pedro Rodríguez Campomanes y el Secretario de Gracia y Justicia D. Manuel de Roda, el Rey Carlos III de España firmó el 2 de abril de 1767 en El Pardo la Pragmática Sanción por la que se dictaba la expulsión de los jesuitas de todos los dominios de la corona de España, incluyendo los de Ultramar, lo que suponía un número cercano a los 6.000. Previamente se había producido su expulsión de Portugal en 1759 y de Francia en 1763. Pero todo ello no bastaba para calmar la inquina de los Ministros de las Cortes Borbonas contra los jesuitas. Presionado por el Embajador de España en Roma, D. José Moñino, futuro Conde de Floridablanca, el Papa Clemente XIV terminó por claudicar y el 21 de julio de 1773 firmó el Breve de Extinción de la Compañía de Jesús, *Dominus ac Redemptor*.

Según la costumbre de la época, para que la extinción fuera efectiva, había de ser precedida por la intimación formal del tal Breve a las Comunidades jesuíticas o a cada jesuita en particular. Tal intimación se inició en la misma Capital de los Estados Pontificios, Roma, el 25 de agosto de 1773. Y a continuación fue ejecutándose sucesivamente en todas partes porque todos los Soberanos de Europa aceptaron la decisión del Papa, todos... menos una, la Zarina Catalina II de Rusia.



Clemente XIV, O.F.M. Conv.



Catalina II de Rusia

## 2. Catalina II

Nació el 21 de abril de 1729 en Stettin (Prusia) y fue bautizada como Sofía Augusta Federica de Anhalt-Zerbst. Tenía 15 años cuando fue enviada a Rusia como prometida al zar heredero Pedro Feodorovitch. Una vez establecida en la Capital del Imperio Ruso, Pietroburgo, adoptó la Religión Ortodoxa, cambió su nombre por el de Catalina Alekséyevna llamada y aprendió en pocos meses el idioma ruso. Al año siguiente, 1745, Catalina y Pedro se casaron, pero el matrimonio resultó un fracaso desde la misma noche de bodas. En 1762 accedió al trono ruso con su marido Pedro III, pero el nuevo Zar, dado su carácter excéntrico, inestable y despectivo, se ganó enseguida el odio de ciertos sectores importantes de la sociedad y se vio obligado a abdicar a los seis meses de su ascensión al trono. El 28 de junio de 1762 su esposa, de un carácter muy opuesto al suyo, se convertía en la Zarina Catalina II. Al tomar la dirección del extenso Imperio Ruso, se lanzó a transformar sus estructuras administrativas y productivas de acuerdo con las modernas tendencias europeas. Hizo crecer considerablemente la economía rusa. Se preocupó a fondo en el campo de la enseñanza, fundando numerosas escuelas. Y en política exterior mantuvo una política expansionista.

En 1772 tuvo lugar el primero de los tres llamados repartos del Reino de Polonia (1772-95), entre Prusia, Austria y Rusia. Catalina II comenzó por apoderarse de la parte norte de la Rusia Blanca (actual Bielorrusia), donde había como unos 200 jesuitas, distribuidos en 3 Colegios, 2 Residencias y 6 Misiones. La Zarina conocía la fama que tenían los jesuitas en la enseñanza de todas las ciencias y letras. Fiel a su preocupación en el campo de la enseñanza de su pueblo, quiso aprovecharlos, aun cuando otros Monarcas los echasen de sus Dominios. De ahí que se opusiese con vigor a la intimación del Breve de Extinción de la Compañía a sus nuevos vasallos.

Repartos del Reino de Polonia



En este mapa nos interesan preponderantemente dos lugares: uno hacia el sur de la zona, Mohilow, sede del Obispo Católico Ilmo. Sr. Stanislaw Siestrzencewicz; el otro hacia el norte, Polock (no especificado en este mapa), en donde los jesuitas tenían el más importante de sus Colegios, su Colegio Mayor, y Curia Provincial desde el nombramiento del P. Stanislaw Czerniewicz como Vice-Provincial de los jesuitas bielorrusos. El Provincial P. Sobolewski, al remitirle tal nombramiento, parece ser que añadió lo que se iba a convertir en una especie de profecía: “El Señor te conceda dones copiosos de gracia para sostener en esa región los restos de la Compañía”.

Al promulgarse el Breve de Extinción, Catalina II ordenó a sus jesuitas que continuaran *in statu quo*. De inmediato el P. Czerniewicz se apresuró en escribir al Nuncio José Garampi en Riga: “Estamos en grande aflicción: de una parte, la Emperatriz nos ha asegurado que quiere conservar a los jesuitas que estamos en sus Estados; por otra, tememos ser acusados de desobediencia a la suprema autoridad de la Iglesia, a la cual deseamos someternos aunque muramos en la empresa”. Y al mismo tiempo solicitó de la Zarina que permitiera al Obispo Católico la intimación del Breve de Extinción, para obedecer más plenamente los deseos del Papa y acomodarse totalmente a la misma suerte de sus Hermanos y Compañeros. Pero ella le respondió con estas breves líneas: “Vosotros debéis obedecer al Papa en las cosas pertenecientes al Dogma, en lo demás debéis obedecer a los Príncipes. Pero veo que sois escrupulosos. Haré por tanto escribir a mi Embajador en Varsovia para que se entreviste con el Nuncio del Papa y os quite ese escrúpulo”.

### 3. Noviciado de Polock

La Zarina contó desde el principio con buenos colaboradores de sus proyectos. Uno de ellos fue el Conde Zacarías Czernicheff, Gobernador de la Rusia Blanca, que, al parecer, fue quien le sugirió que, dado que aquellos jesuitas eran relativamente pocos y necesariamente irían siendo menos, convendría que abriesen un Noviciado con el que asegurar y acrecentar su conservación para adelante. He aquí cómo lo cuenta el P. Manuel Luengo en su “Diario de la expulsión de los jesuitas de los Dominios del Rey de España”, con fecha 29 de julio de 1777: “La Corte de Pietroburgo y su inmortal Soberana la Emperatriz Catalina II desea que los jesuitas de la Rusia Blanca abran Noviciado de la Compañía y se les ha insinuado este su deseo y voluntad, como se infiere con toda evidencia de una carta del Conde Zacarías Czernicheff, Gobernador de aquella Provincia, al P. Czerniewicz, Rector del Colegio de Polock, escrita en Moska a 25 de febrero de este año de 1777, que por buen conducto ha llegado a mis manos. Según ella, aprueba Su Majestad el pensamiento de abrir Noviciado, que le debió de sugerir el mismo Gobernador, y éste a nombre de la Emperatriz ordena al P. Rector que desde luego se empiece la fábrica del Noviciado y se piense en la provisión de las cosas necesarias para él, y entre tanto se tratará de allanar las dificultades y embarazos que se opongan al buen éxito de este negocio. El P. Rector de Polock, que es al mismo tiempo Superior de todos aquellos jesuitas, respondió al Gobernador, y después de todas las debidas protestas de gratitud, de obediencia y de obsequio para con Su Majestad Imperial, de éste o del otro modo le viene a decir que no se atreve a dar este paso sin noticia y aprobación de la Santa Sede”.

El Ilmo. Obispo de Mohilow Sr. Siestrzencevicz, se encargó de la apertura del Noviciado. En un principio huía de concurrir con los jesuitas en parte alguna. Pero tras haber visitado luego sus parroquias, misiones, estudios y Seminarios, quedó tan afecto a los jesuitas que en todas partes iba a hospedarse en sus Colegios y sin rebozo repetía que los jesuitas hacían mucho fruto en la Viña del Señor. Les prometió escribir al Papa para informarle sobre lo mucho que trabajaban y lo útiles e imprescindibles que eran. Y por ello asumió gustosamente la orden de la Emperatriz.

Él mismo nos lo cuenta detalladamente en su Carta Pastoral de 30 de junio de 1779. Comienza así: “Nos ha parecido que no podíamos demorar ni por un momento una empresa que está a nuestra disposición, tanto más por las infinitas obligaciones que debemos a nuestra Augusta Soberana. Ella se ha complacido en conceder su gracia a la Iglesia Católica esparcida en muchos lugares de su vasto Imperio. Y a Nos en particular nos ha ordenado de palabra y por escrito favorecer a los Clérigos Regulares de la Compañía de Jesús y a ayudarles con todo nuestro empeño en la prolongación de su existencia”. Reconoce después el Obispo la necesidad de abrir una Casa de Noviciado de la Compañía en aquel país a fin de que pueda conservarse en un número suficiente para poder cumplir con sus ministerios, que con tanta utilidad del público ejercita en varias Ciudades. Expone además de esto varias disposiciones previas y oportunas para tomar en el asunto una acertada resolución, y una de ellas fue leer a presencia de su Cabildo un Rescripto del Papa Pío VI fechado a 15 de agosto de 1778, despachado por la Secretaría de la Congregación *de Propaganda Fide*, que inserta por entero en su Pastoral, en el que se le dan amplísimas facultades sobre las Órdenes Religiosas de Rusia, hasta poder suprimir las antiguas y fundar otras de nuevo. Después de trasladar todo el Rescripto de Roma concluye el Obispo que, usando de la autoridad que se le da, permite a los Clérigos Regulares de la Compañía de Jesús que establezcan Casa de Noviciado y reciban en ella Novicios, y manda que su Pastoral o Edicto sea leído en todas las Parroquias desde el púlpito y que se fije en las puertas de las Iglesias, y su data es el día después de la fiesta de San Pedro y San Pablo del año de 1779. Y concluye así: “Por consiguiente, en virtud de la Potestad y Jurisdicción Ordinaria que nos ha sido concedida, y por razones gravísimas que nos impulsan a ello, Nos concedemos a los Clérigos Regulares de la Compañía de Jesús, con nuestra Bendición Pastoral, el permiso para establecer una Casa de Noviciado y de recibir

Novicios. Y para que todos los que pertenecen a nuestra grey sean informados del contenido de esta Pastoral, queremos que sea leída en los respectivos púlpitos durante tres Domingos consecutivos traducida a la lengua vernácula y fijada en las puertas de las Iglesias. Mohilow sobre el Dnieper, 30 de junio de 1779”.

“Y he aquí –comenta el P. Luengo– un exceso de obediencia, de obsequio y de sumisión a la Silla Apostólica de aquellos jesuitas de Rusia, pues deseando de ellos su Soberana y siendo fácil hallar razones con que poderla cohonestar, por temer que desagradará al Santo Padre, dejan de hacerla hasta lograr su consentimiento. ¿Qué cosa en la realidad más fácil que demostrar que aquellos jesuitas pueden recibir Novicios sin nueva permisión del Papa? Podían hacerlo antes del Breve de Clemente XIV, que para ellos es lo mismo que si nunca lo hubiera sacado el Papa. Luego pueden también ahora. ¿Y qué? ¿No se ha visto nunca que una Religión extinguida en una parte y conservada en otra, en ésta tenga su Noviciado y reciba los Novicios que necesite? Pues si la Compañía se conserva legítimamente en Rusia, aunque haya sido extinguida en otras partes, ¿por qué no ha de poder recibir allí Novicios sin nueva facultad del Papa? Con todo eso, es muy loable la conducta de aquellos jesuitas, y todos entre nosotros generalmente la alaban y se alegran de que no se haya dado el paso de empezar a recibir Novicios hasta conseguir alguna aprobación de la Silla Apostólica”. En todo caso –añade–, parece que “por medio del Cardenal Juan Bautista Rezzonico han presentado al presente Pontífice Pío VI unos memoriales en los que, después de darle razón de su estado y de las razones de conservarse en él piden a Su Santidad permiso y aprobación para abrir Noviciado por desearlo así su Soberana, la Emperatriz de Rusia”. El Cardenal respondió que el Papa había acogido el memorial con clemencia, pero que no se debía esperar una respuesta más expresiva. El Vice-Provincial creyó entonces que podría abrir un Noviciado, pero en el discernimiento los Consultores creyeron necesario el permiso del Papa. En tres años los jesuitas habían descendido de 201 a 150, a causa de las muertes y las salidas, por obedecer al Breve. El P. Czerniewicz pidió a Catalina que intercediera.

Por una carta de 23 de diciembre de 1777, sabemos que en el Colegio de Polock residían unos 42 jesuitas de mediana edad y 50 jóvenes Escolares que acababan de ser ordenados presbíteros por el mismo Obispo de Mohilow, capaces para ir sustituyendo a sus compañeros ya ancianos. Sólo faltaba erigir el Noviciado.

#### **4. Oposición**

Sin embargo, la erección del Noviciado de Polock hubo de superar muchas dificultades, llegadas particularmente de las Cortes de España y de Roma. Los Ministros de Madrid hicieron que Carlos III escribiera a la Zarina solicitando la supresión de los jesuitas en sus Dominios. Y Catalina II le respondió vigorosamente: “Hago saber a Vuestra Majestad la resolución, que he tomado, de conservar el Instituto de los jesuitas en mis Estados. Resolución a que me he determinado por los motivos conocidos por mí misma. Y así como yo no me he opuesto a las intenciones de Vuestra Majestad para con estos Religiosos, espero que tampoco querrá Vuestra Majestad poner algún obstáculo a lo que yo hago en mi Imperio a favor suyo. Igualmente hago saber a Vuestra Majestad que en todo este negocio no he pedido ni obtenido cosa alguna del Pontífice Reinante. No he hecho sino servirme de las facultades que me fueron acordadas por el difunto Papa Ganganelli. Esto supuesto, prevengo a Vuestra Majestad que no dé a Su Santidad sobre este asunto la menor queja ni disgusto alguno. De otra suerte se las tomaría con mí misma y me vería obligada a tomar su defensa aun con riesgo de mi corona”.

Más dura fue la oposición de Roma. El Cardenal Pallavicini, Secretario de Estado, y Monseñor Archetti, Nuncio de Su Santidad en Varsovia, eran contrarios a los jesuitas. En una nota publicada en la Gaceta de Florencia el 18 de setiembre de 1777, probablemente a instancias del Cardenal Pallavicini, se aseguraba que la concesión de la facultad de abrir “en la Rusia Blanca un Noviciado de los suprimidos jesuitas” era pura ficción y que al mismo Obispo de Mohilow le constaba que su proyecto era contra la intención del Papa. Aún más

tajante se mostró el Cardenal Pallavicini en una Circular a todos los Nuncios sobre “la mala fe” con que Monseñor Siestrzencevicz había interpretado el Breve de Extinción y el Rescripto de la Congregación *de Propaganda Fide*. Y en fin, en su carta de 22 de febrero de 1780 al Marqués Antici, Ministro del Rey de Polonia, “llega a pedir a Su Majestad Polaca que emplee su amistad y crédito en la Corte de Pietroburgo para hacer que ésta lleve a bien que se revoque la Pastoral con que el Obispo de Mohilow abrió el Noviciado de los jesuitas y que se les intime a éstos el Breve de Extinción de la Compañía del Papa Clemente XIV”.

Por su parte, Monseñor Archetti había preguntado al Gobernador de la Rusia Blanca si, lo que había hecho el Obispo de Mohilow, había sido por orden de la Emperatriz. Y éste le respondió: “En cumplimiento de las respetables Órdenes de la Emperatriz y en su nombre le hago saber que, cuanto ha hecho el Obispo y está por hacer, todo es por voluntad expresa e inmediata de la dicha Emperatriz, de inteligencia con el Papa por Su Majestad bien entendida. Debo añadir, en ejecución de las Órdenes Soberanas, haber la Emperatriz oído con indignación la temeraria osadía de algunos Ministros extranjeros residentes en Roma en haber hablado con poco respeto de las determinaciones tomadas por Ella en sus Estados, y que Su Majestad se ha maravillado mucho más de que muchas personas de la misma Corte de Roma hayan desaprobado lo que Ella ha hecho y está por hacer en sus Estados, siendo todas cosas favorables a la Religión Católica Romana”. Monseñor Archetti continuó insistiendo: en carta directa al Obispo de Mohilow le notifica “la sorpresa y amargura del Santo Padre al oír la relación, que yo le envié, de la apertura del Noviciado”.

Y tanto el Secretario de Estado Cardenal Pallavicini como el Nuncio Archetti continuaron durante mucho tiempo intentando, por todos los medios posibles, destruir aquellas pequeñas “reliquias de la Compañía de Jesús, que en su miserable naufragio se han salvado en aquel rincón del norte”, tildando reiteradamente a aquéllos de “desobedientes, refractarios y cismáticos”.

## **5. Inauguración del Noviciado**

A pesar de todos los pesares, el Noviciado de Polock en la Rusia Blanca se abrió el 2 de febrero de 1780 con 8 novicios. Volvieron a la carga los Ministros de Madrid ofreciendo y derramando dinero en abundancia para conseguir echarlo por tierra. Pero por una singular providencia del Cielo, todo fue inútil y sin efecto alguno, y el Noviciado de la Compañía de Jesús de la Rusia Blanca, a despecho de los Ministros de Madrid y de todos sus aliados y amigos, no sólo no fue echado por tierra, sino que se aseguró y arraigó más, y no solamente por parte de la Corte de Pietroburgo sino también por parte de Roma.

La misma Catalina II quiso honrar con su presencia personal el Noviciado de sus jesuitas. Y en cuanto le fue posible viajó desde su Corte de Pietroburgo a sus nuevos estados de la Rusia Blanca. El día 30 de mayo de 1780 por la tarde llegó a la Ciudad de Polock. “Nada decimos aquí –comenta el P. Luengo– de la conmoción de toda la Ciudad de Polock y de otros lugares vecinos, de los vivas y aclamaciones del pueblo, de los arcos triunfales erigidos en honor de Su Majestad Imperial, de las salvas de artillería, del estruendo de las campanas y de otras cosas como éstas, que hicieron festiva, alegre y majestuosa la entrada de Catalina II en la Capital de la Rusia Blanca. Sólo expondremos brevemente una circunstancia algo extraordinaria y singular de este recibimiento. Y ésta es que no solamente estaba sobre las armas la tropa que había en la Ciudad, sino también formada en dos filas desde la puerta de la Ciudad mucha gente de varias clases, que formaban algunos Cuerpos distinguidos; y el Clero Secular y Regular estaba también reunido en la plaza, cerca de la Iglesia de la Compañía, y formado de la manera siguiente. A su frente estaba el Ilmo. Sr. Pousbowski, Obispo Sufragáneo de rito griego unido o Católico de la Rusia Blanca, e inmediatamente le seguían los jesuitas, después de éstos los PP. Dominicos y finalmente los Monjes de San Basilio, pues no debe de haber más Comunidades Religiosas, y todos estaban de sobrepelliz, de respeto y de toda ceremonia. Desde su carroza saludó por tres veces con los ojos la Emperatriz a los jesuitas y lo hizo de tal modo que todos lo pudieron entender, y desde luego

dio materia de conversación a muchos, de envidia a algunos, y a ellos prendas seguras del buen corazón y afecto de la Soberana, de lo que ya estaban aquellos jesuitas bien asegurados por el Conde de Czernicheff, Gobernador de aquella Provincia, su amantísimo protector, por cuya dirección y consejo se gobernaron en todo lo que hicieron en esta ocasión. La noche estuvo muy revuelta y no permitió que pudiese lograrse la iluminación de la Ciudad, y este día 30 no hubo otra cosa digna de ser notada”

“El día siguiente 31 de mayo fue muy alegre y festivo para la Ciudad de Polock con la presencia de la Augusta Emperatriz, que hizo particulares honores y finezas a muchas clases de personas y de muy particular gusto y honor para aquellos jesuitas. En prueba de esto diremos sin ponderación alguna las expresiones que les hizo Su Majestad Imperial. Por la mañana, a buena hora, fueron admitidos a su audiencia los Superiores Regulares, y entre ellos el P. Stanislao Czerniewicz, Vice-Provincial de la Compañía y el principal Superior de aquellos jesuitas, y éste tuvo el encargo de arengar en nombre de todos, como lo hizo, a Su Majestad. Después, por orden expresa de la misma Emperatriz, fueron admitidos solos a otra segunda audiencia el dicho P. Vice-Provincial y el P. Rector de aquel Colegio, y les detuvo en ella Su Majestad no menos que hora y media. Ya se ve que no se puede saber por ahora lo que en ella se trató, pero sin peligro de errar mucho se puede creer que Su Majestad, deseando informarse de varias cosas, les haría muchas preguntas y les daría nuevas seguridades de su afecto y protección”

“Y no se contentó Su Majestad con mostrarle amor y cariño en secreto y privadamente, y bien presto les hizo particulares finezas en público y a vista, por decirlo así, de toda la Ciudad. Antes que se acabase aquella mañana, quiso ir con todo su numeroso y lucidísimo acompañamiento al Colegio de la Compañía. Todo en él, y especialmente en la Iglesia, estaba dispuesto con el aseo, hermosura y magnificencia, que les fue posible, para mostrar su respeto y veneración, y obsequiar, del modo que podían, a su Augusta Soberana y tiernísima bienhechora. Se apeó Su Majestad a la puerta del templo y allí fue recibida por el Ilmo. Sr. Obispo Pousbowski vestido de Pontifical y por la Comunidad de los jesuitas de sobrepelliz, que desde la puerta formaban dos alas o filas hasta el Trono destinado para Su Majestad. Aquí volvió el P. Vice-Provincial a hacer una brevecita arenga a la Soberana y le presentó una Colección de Composiciones poéticas, que Su Majestad admitió benignamente”.

“Antes que la Emperatriz bajase del Trono, en el cual se mantuvo siempre en pie por respeto al lugar en que se hallaba, le presentó el Conde de Czernicheff, Gobernador de la Provincia, los jóvenes Novicios que han entrado en la Compañía desde que se abrió el Noviciado por julio del año antecedente, y eran como unos 7 u 8. Y en esta ocasión le dijo a Su Majestad estas formales palabras: *‘Grande Emperatriz, éstos son hijos vuestros’*. Y Su Majestad respondió: *‘Sí lo son, lo son’*. Y les dio muy particulares muestras de cariño y de ternura. Desde la Iglesia pasó con todo su nobilísimo séquito a lo interior del Colegio y estuvo en varias piezas de él y aun en el Refectorio, que estaba muy bien compuesto. Y habiendo observado en sus paredes varios emblemas e inscripciones, ordenó Su Majestad que se las llevasen todas a Palacio. No es necesario decirlo, para que se entienda, que en una visita tan cariñosa y tan familiar de la Augustísima Emperatriz recibieron aquellos jesuitas mil finezas, así de Su Majestad Imperial como de todas las personas de su nobilísimo acompañamiento. Aun tuvieron aquellos jesuitas la satisfacción y gusto de que Su Majestad aquella noche, en la que se hizo iluminación general de toda la Ciudad, observase muy despacio y atentamente la de la fachada de su Iglesia y que le mereciese particulares elogios”.

El 3 de junio la Emperatriz Catalina II hubo de marchar hacia Mohilow para encontrarse allí con el Emperador de Alemania José II. “En Mohilow, como por sí mismo se entiende, todas las atenciones de Catalina II se las llevó su gran huésped José II. No obstante, tuvo un momento desocupado para admitir a su audiencia en aquella Ciudad al P. Vice-Provincial Czerniewicz, que desde Polock pasó allá, y al P. Rector del mismo Colegio de Mohilow, y les trató en ella con su acostumbrada dignación y bondad. El Emperador por su parte, o por imitar a la Emperatriz de Rusia o por hacerle este obsequio o lisonja, ha dado en

esta ocasión muestras particulares de estima y de amor a aquellos jesuitas, en lo que no habrá tenido que hacer mucha violencia a su corazón, porque tuvo siempre aprecio de la Compañía de Jesús mientras se conservó en sus Estados, y no hay pruebas seguras de que lo haya perdido”.

## **6. Reinserción de ex-jesuitas en Polock**

Desde que empezaron a llegar a occidente noticias sobre la conservación de la Compañía de Jesús en la Rusia Blanca y la apertura del Noviciado de Polock, fueron no pocos los ex-jesuitas que ansiaron reingresar en ella. El primer citado por el P. Luengo, a fines de 1779, es un jesuita italiano llamado Nuparola, que, “luego que supo la apertura del dicho Noviciado, escribió a aquel P. Superior de los jesuitas, pidiendo licencia y consentimiento para sí o para otro, para irse a juntar con ellos y volver a incorporarse en la Compañía. Y ya ha recibido respuesta, en la que le concede lo que le pedía”.

En mayo de 1780 pasó por Bolonia, camino de Polock, el joven jesuita italiano José Marutti. Y, llegado a su deseado término a fines de julio, escribió a un ex-compañero suyo residente en Bolonia, dándole cuenta menudamente de todos los sucesos de su viaje, largo 403 leguas o 1.612 millas italianas. En su viaje se le agregó un ex-jesuita alemán y en la Corte de Varsovia ambos recibieron demostraciones de particular aprecio y estima del Rey de Polonia. Enterado éste de su llegada por dos jesuitas de aquel país, quiso verlos. Y hallándose el Rey en un Sitio Real a alguna distancia de la Corte, se les envió una carroza para que fuesen a presentarse a Su Majestad. El Rey les recibió con muy particular agrado. A cada uno de ellos le habló en su propia lengua, italiana y alemana, y les dio abundantes expresiones de aprecio de la Compañía de Jesús. Marutti habla también de otros muchos recibimientos cariñosos, que ha tenido en su viaje en las casas de varios jesuitas de los que están esparcidos y en varios Colegios en que se conservan reunidos algunos, y más difusamente del que tuvo en Sanon, a cinco leguas de Polock, en el Palacio de una Señora principalísima de apellido Ciava, que, después de detenerle a él y a su compañero algunos días, les hizo llevar a Polock en su mismo coche con tiro entero. Pinta después muy tiernamente su gozo y consuelo al entrar en aquel Colegio de la Compañía de Jesús y vestirse de nuevo la ropa de jesuita, y puntualmente el mismo día de su Padre San Ignacio. Explica brevemente el estado de la Compañía en aquel país. Da alguna razón de lo que sucedió cuando estuvieron allí por el mes de junio el Emperador de Alemania y la Emperatriz de Rusia, y más de una vez asegura y protesta que, mientras viva esta Augustísima Soberana, no tienen temor alguno de que sea extinguida aquella pequeñita Compañía de Jesús de la Rusia Blanca.

Un tercer ex-jesuita, que se incorporó al Noviciado de Polock, fue Agustín Magnani, boloñés, muy piadoso y devoto y muy embebido de aquel espíritu de unión, de amor y de caridad, de familiaridad y franqueza, que debe haber entre los Hermanos e Hijos de una misma Madre, que tanto se recomienda en el Instituto de la Compañía y que con asombro ha admirado siempre el mundo entre los jesuitas de todas las Naciones entre sí y con los de las extranjeras. Después de la extinción de la Compañía consiguió ser ordenado de Sacerdote y se dedicó fervorosamente a los ministerios. Nada le faltaba al joven Agustín para vivir con quietud, con gusto y con alegría. Su patria Bolonia, Ciudad en que se halla lo que puede contribuir a hacer gustosa la vida, las conveniencias y regalo de su casa; la compañía de sus hermanos, de su madre y otros de los suyos, con quienes vivía con mucha paz y armonía; y la mucha estimación que merecía aun a muchos de la más distinguida nobleza; todo en suma debía de hacerle gustosa y agradable la morada en su patria en cuanto a comodidades y gustos del mundo. Además de esto se hallaba ya en mucha proporción para trabajar predicando y confesando para contentar su celo por el bien de las almas y por la gloria del Señor. ¡Qué montes de dificultades no se le presentarían por otro lado en un viaje de 600 leguas, en la entera mudanza de clima, debiendo pasar a vivir a uno frigidísimo, y más siendo delicado, de pocas fuerzas y de poca robustez, y en otras consecuencias necesarias de su determinación de irse a la Rusia Blanca a tomar la ropa de la Compañía! Y con todo eso no hallaba quietud,

sosiego y gusto en su Bolonia, en su casa y entre los suyos, y sentía en sí grandes deseos y ansias de emprender el viaje a Rusia y volver a ser allá jesuita.

Sobre esta su segunda y sumamente ardua vocación a la Compañía de Jesús consultaba aquí a varios jesuitas españoles e italianos, y entre ellos había quienes la aprobaban como inspiración del Cielo, y otros que eran de diverso parecer. Y de parte de los suyos tenía una oposición más vigorosa a su viaje a Rusia. Se hallaba por tanto indeciso y perplejo, sin saber qué partido debía tomar, pero siempre con grandes deseos de unirse a la Compañía de Jesús en Rusia. En estas sus dudas y perplejidades fue a la Ciudad de Faenza, en la que vive el P. Muriel, jesuita de la Provincia del Paraguay, hombre verdaderamente sabio, santo, de mucho espíritu y muy versado en cosas espirituales. A este respetabilísimo jesuita español le abrió todo su pecho el joven Magnani, le comunicó todas sus inspiraciones y movimientos sobre este punto y se puso enteramente en sus manos. El P. Muriel le dijo que el Señor le llamaba y que debía seguirle sin detenerse por cosa alguna. Y desde aquel momento Agustín Magnani no pensó en otra cosa que en tomar sus medidas para emprender el viaje a Rusia. Y de hecho lo emprendió en mayo de 1781, arribando a Polock en agosto. Desde allí escribió una serie de cartas a su familia, a sus antiguos compañeros y amigos. En ellas cuenta menudamente su feliz viaje y los muchos favores y finezas recibidos en Varsovia y otras Ciudades de Polonia, su llegada a Polock y su reunión con inexplicable gozo y consuelo a su Madre la Compañía de Jesús. Cuenta después en las mismas cartas con igual o mayor menudencia y exactitud todas las cosas pertenecientes a la Compañía en aquel país. Habla con grande encarecimiento de la observancia regular. Y precisa que en Polock son ya 17 los Novicios.

## **7. Visita a Polock del heredero de Catalina II**

Seguiremos narrando posteriormente otras reinserciones de ex-jesuitas en la Compañía Rusa. Pero antes, atendiendo a la secuencia cronológica, narraremos otros episodios relativos a nuestra historia.

El Archiduque de Rusia Pablo Pietrowitz y su esposa Maria Federowna de Württemberg Stuttgart iniciaron un viaje de visita a las Provincias meridionales de Europa, y de camino hacia estos países llegaron el día 8 de octubre de 1781 a la Ciudad de Polock. Los días 9 y 10 entraron y estuvieron muy despacio en el Colegio por tres veces, como que no tenían otra cosa que les diese mayor gusto, y no sabían apartarse de aquellos jesuitas. En él quisieron andar por todas partes y verlo todo muy despacio, acompañados siempre de todos los principales Señores y Damas, de todos aquellos Padres y aun de los jóvenes Novicios. Y a todos ellos les trataron con suma dignación y humanidad, preguntándoles a todos sus nombres, sus patrias y otras muchas cosas, y haciéndoles a todos en común y en particular tantas expresiones y finezas que sólo pueden haberlas igualado o excedido las que les hizo el año pasado su madre, la Augusta Emperatriz Catalina II. El día 10, en que celebraron aquellos Padres con la conveniente solemnidad la fiesta de San Francisco de Borja, asistieron a toda ella los Archidukes con mucha modestia y veneración en una tribuna de la misma Iglesia, estando a su lado un Padre que les iba explicando todas las sagradas ceremonias de la Misa. Los jesuitas por su parte, como por sí mismo se deja entender, hicieron a los Serenísimos Príncipes todas las demostraciones de veneración y obsequio, con iluminaciones de su Colegio, composiciones poéticas y otras cosillas a que han alcanzado sus débiles fuerzas, dirigidos para encontrar el gusto de los Archidukes y ayudados por el Conde de Czernicheff, Gobernador de aquella Provincia y su tiernísimo protector. El día 11 partieron de aquella Ciudad los Príncipes y desde su misma carroza, con admiración de todos y verosímilmente con envidia de algunos, con muy particulares cortesías y ademanes cariñosos a la Comunidad de los jesuitas, dieron muchas pruebas de amor y estimación para con ellos. Parece, pues, que el Señor prepara en estos Príncipes unos cariñosos protectores que les protejan y conserven cuando les llegue su día.

Llegados a Roma y en ausencia del Santo Padre, los Príncipes de Rusia fueron recibidos por el Secretario de Estado Emmo. Pallavicini con todos los obsequios y fiestas que

se juzgaron oportunas para cortejarlos, y una de ellas fue la iluminación de la gran Cúpula o Cimborio de la Iglesia Vaticana, según se suele hacer en la fiesta de San Pedro y San Pablo. Se les hicieron también, a nombre de Su Santidad, algunos convenientes regalos de pinturas y de otras curiosidades. Y satisfechos y gustosos por los muchos obsequios, que se les han hecho en la Capital del Cristianismo, salieron de aquella Ciudad el día 15 de marzo.

## **8. Cambio de Gobernador de la Rusia Blanca**

En abril de 1782 llegó a Bolonia una nueva carta del P. Agustín Magnani desde Polock. En ella pinta con viveza la tierna, cariñosa y sensibilísima despedida del Conde de Czernicheff, su Gobernador y más propiamente como el mismo dice, su finísimo protector, su Padre y su Madre amorosa y solícita de su bien y felicidad, por haber sido promovido por la Soberana a otro Gobierno mayor. Y al mismo tiempo le da muy particulares elogios y le representa un Caballero adornado de talentos, prendas y virtudes morales muy sobresalientes. A la verdad no hay cosa alguna, a que nos les obligue a aquellos jesuitas, y aun a todos, el agradecimiento a este ilustre Conde de Czernicheff, y más que con elogios y alabanzas debemos mostrarnos agradecidos con fervorosas oraciones al Señor, como lo harán certísimamente los jesuitas de Rusia, pidiendo a Su Majestad que le haga feliz y le colme de sus bendiciones en este mundo y mucho más en la Eternidad.

Todo esto deben los jesuitas a este ilustre Caballero, pues, hablando sin rebozo y con toda lisura, no hay hombre alguno, y quizá ni aun la Emperatriz misma, a quien se deba atribuir más propiamente que no haya sido borrada del todo de la faz de la tierra la santa Compañía de Jesús, y que en el general naufragio se hayan salvado aquellas pequeñas reliquias de la Rusia Blanca. En estos 8 años de inquietud y turbación para aquellos jesuitas, y en los que se han usado mil astucias y ardidés diabólicos para perderlos, con su diligencia en impedir la intimación del Breve de Clemente XIV, con sus informes honoríficos y ventajosos, con sus recomendaciones eficacísimas a la Soberana y por medio de sus amigos en la Corte, les ha salvado, y a su partida les deja en un estado de bonanza y felicidad, con el Noviciado abierto y, hablando humanamente, con una entera seguridad de conservarse y multiplicarse. Y él mismo, aun ausente de la Rusia Blanca, les ayudará para que lo consigan todo, como se lo prometió, haciéndoles mil expresivas protestas de que, en cualquier parte del Imperio en que se halle, les ayudará, protegerá y defenderá eficacísimamente con toda su autoridad y poder.

Un Gobernador de la Rusia Blanca de este temple y carácter de Czernicheff era necesario para poder sostener contra tantos y tan poderosos enemigos a aquellos desvalidos jesuitas, y era también necesario ser un hombre desinteresadísimo e incapaz de rendirse a las más cuantiosas ofertas, porque, no pudiendo ignorar los Ministros de Madrid que la principal fuerza, que sostenía a los jesuitas de Rusia, estaba en este Conde de Czernicheff, Gobernador de aquella Provincia, se debe tener por cierto, aunque nunca se averigüe, que le ofrecieron mil cosas y le solicitaron de muchos modos para que desistiese de su empeño.

En la misma carta del P. Magnani se cuenta una cosa que puede ser prueba de lo que acabo de decir, y de otras muchas empresas del mismo género de los Ministros de España. En aquella Ciudad de Polock –dice el P. Agustín– ha estado detenido algunos días un Caballero Ruso que viene de Constantinopla, en donde ha sido Ministro de Su Majestad Imperial, y vuelve a la Corte de Pietroburgo. Y éste les ha dicho en términos claros, expesos y formales que en Constantinopla le han solicitado y procurado ganar los Borbones para que en Pietroburgo maneje y se empeñe en el negocio de los jesuitas en orden a conseguir la permisión de la Soberana para que se les intime el Breve de Extinción. Y ahora pueden haber promovido mejor este negocio los Ministros de Madrid en Constantinopla, porque tienen ya en ésta Corte Ministro propio, que entiende en la paz con el Turco y a lo que parece está ya en buen estado. Pocas veces se ha dicho con más verdad que *ex ungue leonem* y que de una cosa pequeña se infieren con seguridad muchas y muy grandes. Asíéntese como un hecho cierto y seguro, pues lo es evidentemente, que los Ministros de Madrid aun en Constantinopla solicitan y procuran ganar, y se supone que con ofertas y regalos, a un Caballero Ruso para

que, restituyéndose a Pietroburgo, les sirva en orden a lograr la extinción de aquellos pocos jesuitas escondidos en la Rusia Blanca.

Aquellas reliquias de la Compañía de Jesús, empero, no salieron perdiendo con el cambio de Gobernador de la Rusia Blanca. A su afectísimo Conde de Czernicheff le sustituyó el Príncipe Potemkin, cuyo afecto y protección les hizo no echar de menos a su querido antecesor.

## **9. Arzobispado de Mohilow**

En esa misma carta comunicaba el P. Magnani la publicación de un Decreto de la Emperatriz Catalina II, por el que el Obispado de Mohilow ascendía a la categoría de Arzobispado, abarcando bajo su jurisdicción “todas las Iglesias y Monasterios Católicos ubicados tanto en Mohilow como en Polotski, en nuestras dos capitales y en todo el Imperio Ruso”. Al nuevo Arzobispo Ilmo. Stanislao Siestrzencevicz se le daba un Obispo Coadjutor que le ayudara en el gobierno de su Arzobispado y que le sucediera después de su muerte. Y para este cargo y Dignidad era elegido el Sr. D. Juan de Benislawski, Canónigo de la misma Iglesia de Mohilow. Benislawski había sido jesuita por muchos años y dejado de serlo por vivir al tiempo de la extinción de la Compañía en un Colegio en que se intimó el Breve de Clemente XIV. Después que se abrió el Noviciado en aquel país, quiso dejar el Canonicato y unirse de nuevo a la Compañía de Jesús. Pero por justos respetos y buenas razones, no se tuvo por conveniente. No puede, según esto, estar al presente mejor establecida en Rusia la Potestad Eclesiástica para que nada tengan que temer de parte de ella aquellos jesuitas.

En fuerza de este Decreto de la Emperatriz, aunque en él se hable como que todo lo hace Su Majestad por sí misma, se ha recurrido a Roma para la erección canónica o eclesiástica del Nuevo Arzobispado, para las Bulas del Arzobispo y para la del Obispo Coadjutor. Catalina II había ya escrito el 30 de enero de 1782 a Su Santidad sobre la elección del nuevo Arzobispo y de su Coadjutor, pidiendo para aquél el Palio y para éste las Bulas para ser consagrado. Y con esta ocasión se derramaba en elogios del Santo Padre y en expresiones de aprecio a su persona, y recordaba su protección y favores para con los Católicos que hay en sus Estados.

La respuesta del Papa se retrasó mucho y más todavía se demoró la entrega del Palio y la consagración episcopal, solicitadas por Catalina II. Volveremos más adelante sobre las varias dificultades surgidas y luego superadas.

## **10. 1ª Congregación General Rusa**

La inauguración del Noviciado de Polock fue sin duda un paso esencial en la ‘resurrección’ de la Compañía. Pero aún faltaban otros. El 30 de setiembre de 1782 se iniciaba un nuevo paso para poner perfectamente la Compañía de Jesús en su estado antiguo y sin que le faltara cosa alguna para conservarse y multiplicarse, y para gobernarse enteramente según sus Constituciones e Instituto: se inauguraba la Congregación General XX (1ª Congregación General Rusa) en el mismo Colegio de Polock.

En los nueve meses transcurridos desde la extinción de la Compañía, por no poder hacer otra cosa, y acaso por esperar que fuese restablecida presto por el Papa, no habían tomado providencia alguna aquellos jesuitas sobre el gobierno interior y elección de Superiores, y se habían conservado haciendo de Vice-Provincial y Superior de todos el que era Rector del principal Colegio, y Rectores o Superiores, en cuanto había sido posible, los mismos que lo eran al tiempo de la extinción. No era posible ni conveniente continuar siempre de este modo. Y no viéndose esperanza alguna fundada de restablecimiento próximo de la Compañía por Roma, se juntaron los PP. Profesos de cuatro votos en Congregación General, para ordenar en ella las cosas que tuvieran por convenientes al presente estado de la Compañía, y especialmente para elegir un Vicario General con la misma autoridad que tenían los Prepósitos Generales, si bien con la expresa condición de que solamente haya de durar mientras que no haya General de la Compañía en Roma.

Los jesuitas de la Rusia Blanca podían dar lícitamente este paso y juntarse en Congregación General sin una nueva licencia o consentimiento del Papa. Existe en aquel país legítimamente la Compañía de Jesús. No puede, pues haber duda razonable en que, sin nuevo permiso de la Silla Apostólica, puede gobernarse según sus leyes e Instituto, y hacer aquellas cosas que en ellas se prescriben y mandan. Con todo eso, aquellos jesuitas, por su particularísima veneración y obediencia a la Santa Sede, así como no quisieron recibir Novicios sin su licencia, así tampoco determinaron juntarse en Congregación sin que les constase con seguridad que en esto no desagradaban al Santo Padre. Para condescender con la delicadeza y nimiedad de sus jesuitas en este punto, Catalina II escribió sobre este asunto una carta atentísima a Pío VI, y con ella y con las negociaciones del Ministro de la Corte de Pietroburgo en la de Viena (adonde había ido Pío VI) se consiguió que diese el Papa su consentimiento para que los jesuitas de la Rusia Blanca tuviesen su Congregación y eligiesen su General con arreglo a sus Constituciones y según su método.

Mediante Decreto de 2 de agosto ordenó la Emperatriz que sus jesuitas se juntasen en Congregación General. El P. Czerniewicz, apoyado por el Príncipe Potemkin, solicitó del Sr. Obispo de Mohilow, en muestra de obsequio y veneración para con su persona y dignidad, su santa bendición para tener la Congregación General. Fueron 31 los Electores congregados por haber estado impedidos otros. También fueron admitidos en la Congregación los Profesos que habían venido a la Rusia Blanca después del Breve de Clemente XIV, estimándose que hubiera sido injusto excluirlos, constanding los dos Breves secretos de Clemente XIV y Pío VI, mediante los que conservan los jesuitas su antiguo estado. Y el 17 de octubre de 1782, fiesta de la gloriosa Santa Eduvigis, Patrona del Reino de Polonia, y Octava de San Francisco de Borja, tercer General de la Compañía de Jesús y propagador de ella en aquel país, fue elegido Vicario General con grande uniformidad de votos el lituano hasta entonces Vice-Provincial P. Stanislao Czerniewicz. El Príncipe Potemkin le hizo saber que era voluntad de la Soberana que fuese a la Corte y se presentase a Su Majestad Imperial. Obedeció al instante y, nombrando inmediatamente Provincial de aquella Provincia al P. Francisco Kareu, hasta entonces Rector del Colegio de Orsa, partió en diligencia a la Corte de Pietroburgo.

“El consuelo y alegría de los jesuitas de Rusia por este felicísimo suceso es inexplicable y excede toda ponderación. Y todos sin duda los que conservan el espíritu de jesuitas y el amor que antes tuvieron a su tiernísima Madre, acá y allá, y en todo el mundo, se alegran extraordinariamente de un suceso tan prodigioso, con el cual, de unas pequeñas reliquias salvadas milagrosamente en el universal naufragio de la Compañía de Jesús, ésta como que se forma de nuevo, se restablece, se perfecciona y se pone en un estado que hace esperar su conservación para siempre, y a su tiempo su dilatación y propagación”. Los jesuitas de Rusia eran entonces unos 200. Al año siguiente serían 20 más los nuevos Profesos. La Compañía reflorecía en letras y en virtud, y se hablaba ya de los más extraordinarios ejemplos del primitivo espíritu de fervor. El P. Martín Kazewski, postrado en cama, fue visitado por el nuevo Vicario General; y a pesar de estar moribundo se levantó, se postró de rodillas, alabando y dando mil veces gracias al Señor, por haberle traído de Roma a la Rusia Blanca para morir en brazos de la Compañía.

## **11. Nuevos ingresos en el Noviciado de Polock**

Para mayor colmo del gozo y consuelo de los jesuitas de Rusia y de todos los demás, poco antes de la Congregación se había visto en aquella misma Ciudad de Polock un suceso que de un modo muy particular demuestra que el Señor se complace en aquella pequeña Compañía de Jesús, y en sí mismo tan extraordinario que en su género y en todas sus circunstancias difícilmente se hallará otro igual en la Historia Eclesiástica de todos los siglos pasados. De él se habla así al final de la carta en que se narran detalles de la 1ª Congregación General Rusa: “Ha llegado a Polock dos meses ha desde las Américas con un viaje de 15.000 millas desde Popayán, entre Quito y Perú, un joven gran Señor a pedir la ropa de la Compañía. Y después de muchas pruebas ha sido recibido. Y es un Ángel con carne”. Más

larga y menudamente se cuenta esta singularísima historia en una carta latina del ya conocido P. Agustín Magnani, que puede compendiarse como sigue:

Ignacio Tenorio Carvajal, joven de familia ilustre e hijo del Gobernador de la Provincia de Popayán en el Reino de Quito de América Meridional, pidió ser admitido en la Compañía antes que ésta fuese desterrada de aquel país el año de 1767, y no le pareció conveniente al P. José Baca, Provincial de aquella Provincia, el recibirle entonces por ser muy niño, pero le prometió que le recibiría cuando tuviese la edad competente. El destierro de la Compañía el dicho año de 1767 de aquel Reino, como de todos los demás del Rey Católico, impidió que se condescendiese con su deseos. Pero este trastorno general, por decirlo así, de la Compañía de Jesús, acompañado de tanta infamia y deshonor, de tantos trabajos y miserias, no fue bastante para que este joven Carvajal se resfriase en sus deseos de ser admitido en la Compañía. Siempre los conservó muy vivos en su pecho y, habiendo llegado a aquellos remotos países el año de 1780 noticia segura de que se conservaba la Compañía en la Rusia Blanca y de se había abierto allí el Noviciado, se le avivaron y encendieron mucho más, y se resolvió a venir, aunque fuese mendigando, a Europa y a esta apartada Provincia de ella, para lograr su cumplimiento.

Se hallaba a esta sazón en Lima, Capital del Perú, y ya después de haber estudiado Filosofía y Cánones, y recibido el grado de Doctor en Derecho Canónico. Y para no errar en un paso de tanta importancia, encomendó mucho al Señor este negocio y comunicó sus deseos a un Religioso Francisco, Catedrático de Prima en aquella Universidad, y a dos Religiosos Mercedarios, y tuvo la fortuna que no tuvieron generalmente nuestros Novicios en Europa. Y aquellos Religiosos aprobaron su vocación y aun de ella inferían de algún modo que la Compañía volvería a restablecerse aun en América y que entonces podría cumplir sus deseos. Pero el joven Ignacio no tuvo paciencia para aguardar tanto tiempo y, habiendo comulgado con particular fervor el día del inocentísimo Novicio de la Compañía de Jesús, San Estanislao de Kotska, que con un largo viaje a pie desde la Corte de Viena a la de Roma había logrado ser recibido en ella, se resolvió a imitarle y a emprender, de cualquier modo que fuese, el viaje inmenso desde Lima a la Rusia Blanca para solicitar ser admitido en la Compañía.

Comunicó sus intentos a una tía suya, que en Lima tenía para con él el lugar de madre. Y si bien aquella Señora mostrase sentimiento de que le hubiese ocultado su resolución, le dio su bendición y licencia, y le proveyó abundantemente para el viaje. Salió, pues, de Lima en diciembre del mismo año de 1780 y, atravesando todo aquel larguísimo continente de América, salió a uno de los puertos de la Corona de Portugal en la ribera oriental de aquella parte del mundo. En él se embarcó en nave portuguesa y llegó a Lisboa a vuelta de 11 meses después que salió de Lima, y siempre constante en llevar hasta su cumplimiento su vocación a la Compañía, aunque en su viaje tuvo terribles asaltos y tentaciones para desistir de ella. Desde Lisboa escribió a su padre una larga carta dándole cuenta de su determinación y de todas sus cosas. Y después de haber estado en aquella Ciudad casi 4 meses, se embarcó en una nave de Hamburgo y, habiendo desembarcado en esta Ciudad, por la Pomerania se fue a Riga en la Livonia, y desde esta Ciudad finalmente a la suspirada de Polock en la Rusia Blanca, en donde estaba el centro de todas sus ansias y suspiros. El día 29 de julio de este año de 1782 llegó este joven Carvajal a la dicha Ciudad de Polock, habiendo salido de la de Lima en el Perú en diciembre del año de 1780. Y así ha tardado en el viaje de 19 a 20 meses. Y no se debe extrañar mucho, habiendo caminado en él por tierra y por mar como unas 5.000 leguas españolas.

Poco después de la llegada del joven Carvajal al Noviciado de Polock, un hermano del P. Agustín Magnani, Juan Natal, contagiado por su resolución, emprendía su aventura. Confió su decisión a algunos jesuitas amigos italianos y españoles, pero la ocultó a su familia y a las demás gentes conocidas de Bolonia por miedo de que se la impidiesen. Y el 17 de agosto de 1782 por la noche marchó con gran diligencia a Módena, donde se le juntó el P. Bernardo Scordialó, Profeso de la Compañía antes de la extinción. Y un poco más adelante, según estaban de acuerdo, se les juntaron dos jóvenes hermanos, jesuitas también, naturales de

Verona, en el Estado de Venecia, llamados Cayetano y Francisco Angiolini. Desde Viena escribió Natal a Bolonia notificando que los cuatro habían hecho un viaje feliz hasta aquella Corte. Volvió a escribir desde Vilna el 13 de octubre. Y de nuevo el 30, ya desde Polock. Habían llegado dos días antes, el 28 de octubre. Al día siguiente tomaron efectivamente los cuatro la ropa de jesuitas. El P. Scordialó, tras algunos días de Ejercicios, renovó su Profesión y los otros tres tendrían que esperar un año para renovar sus primeros votos.

Uno de los dos Angiolini escribió desde Polock el 1º de enero de 1784 una curiosa carta, en la que trata muy exacta y menudamente del clima de aquel país, de nuestro Colegio de aquella Ciudad, de su modo de vivir y del estado en que se hallan las cosas de la Compañía en aquel Imperio. Del clima dice que en enormemente frío, llegando a tanto algunas veces que hay peligro de congelación de narices y orejas, si se sale entonces de casa. Pero que, a pesar de todo se padece menos que en Italia, porque allí tienen estufas en todas las habitaciones de las casas y al salir de casa van vestidos de pieles de pies a cabeza. La Ciudad no debe de ser muy magnífica, pues la mayor parte de las casas son de madera. Ni tampoco debe de estar muy poblada, porque hay en ella mucha falta de artesanos, y la misma escasez de gente hay para el cultivo del campo. Nuestro Colegio es muy capaz, pues hay en él habitación conveniente para 100 jesuitas, y juntamente dos Seminarios de Nobles, oficinas y talleres de casi todas las artes y oficios. La Iglesia del Colegio es Parroquia para una extensión de 20 leguas, y más que de Colegio de la Compañía parece una Colegiata o Catedral.

Por lo que toca a sí mismos, asegura que están llenos de contento y gozo por verse otra vez en el seno de una Madre tan buena como la Compañía de Jesús, y más teniendo unos Superiores tan solícitos y caritativos que merecen por muchos títulos el renombre de Padres. El P. Scordialó, que era Profeso antes de la extinción de la Compañía, ha renovado su Profesión, y queda con esto como todos los demás Profesos a quienes no se intimó el Breve de Extinción. Los otros tres, que no eran Profesos, solamente después de un año renovarán sus votos y aun podrán hacer presto la Profesión, pues han determinado que, en cuanto a este punto, se les cuenten por años de Religión los que han pasado desde la extinción de la Compañía hasta su reunión a ella en Rusia. Entre tanto, todos se ocupan seriamente y con aplicación en el estudio de la lengua del país, y la representan tan difícil que no será poco si a vuelta de dos años pueden emplearse en algunos ministerios.

A mediados de mayo de 1784 se encaminaron hacia Polock otros tres ex-jesuitas italianos y un Sacerdote joven: los PP. Rugnati de la Provincia de Milán, Panizzoni de la Provincia Romana y Angiolini de la Provincia de Venecia. Éste es hermano de los antes citados, así como también lo es el Sacerdote joven. Y aun estaba para marchar otro quinto hermano, que por el momento lo ha dejado. Por otro lado, a lo que se asegura, ha tenido un aumento considerable la colonia de jesuitas de Rusia. Éste les ha venido de China, en donde se conservaban todavía varios jesuitas Misioneros, a quienes no se ha intimado el Breve de Extinción de la Compañía. Y entre ellos cuentan un P. Perou, que está en mucha gracia de aquel Emperador y ha sacado nuevamente mayor libertad para la Religión Católica. No se seguirá de aquí que los rusos reciban muchos socorros de operarios que les ayuden a trabajar en el dilatado Imperio de Rusia, antes por el contrario en más verosímil que de Rusia pasen algunos jesuitas a China, y de este modo se podrá lograr que, aunque el deseado restablecimiento de la Compañía tarde algunos años, no se llegue a extinguir la casta de los jesuitas en aquellas famosas e importantísimas Misiones.

Y no olvidemos que, además de los de China, todos los de Inglaterra y de Francia, a quienes no se ha intimado el Breve de Extinción de la Compañía, son verdaderamente jesuitas y que forman con los de Rusia una misma Religión, aunque por la violencia y poder de Príncipes o Ministros no puedan tener entre sí la unión y comunicación, que debían, como miembros de un mismo Cuerpo. Y se puede esperar con fundamento que la Compañía de Jesús de Rusia se vaya extendiendo y propagando no sólo dentro del mismo Imperio Ruso, sino también fuera de él.

## 12. Nuevo Arzobispo y Obispo Coadjutor de Mohilow

El 4 de noviembre de 1782 la Emperatriz de Rusia escribió una carta muy sentida a sus Embajadores en las Cortes de Varsovia y Viena, para que se la hiciesen saber a los Nuncios del Papa en ellas, y por su medio llegase a Su Santidad: hacía más de nueve meses que había solicitado al Papa el Palio para el nuevo Arzobispo y la consagración de su Obispo Coadjutor, ¡y continuaba sin recibir siquiera una acusación de recibo! Se lamentaba agriamente de la falta de atención de la Corte Romana para con su persona y se mostraba llena de pasmo por la mala política de dicha Corte, que ni aun sabe mirar por sus propios intereses. En el quicio entre los años 1782-1783 pudo llegar esta carta al Papa, el cual se afligió y turbó mucho con ella y, sin perder más tiempo, dio respuesta a Su Majestad con fecha 11 de enero, excusando, del mejor modo que ha podido, su tardanza en responderle y concediéndole las gracias que había pedido para el Obispo de Mohilow y para el Canónigo Benislawski.

Pero no contento el Príncipe Potemkin con la carta que la Emperatriz hizo llegar al Santo Padre por medio de sus Nuncios en Viena y Varsovia, y, temiendo que los enemigos romanos de la Compañía lograran poner nuevos impedimentos a la respuesta del Papa, determinó enviar detrás de la carta un Ministro autorizado a tratar inmediatamente con Su Santidad los puntos controvertidos. Lo más gracioso de todo es que el Príncipe Potemkin escogió para esta embajada a Roma al mismísimo Benislawski. Y éste salió de Pietroburgo para Roma el 17 de diciembre de 1782. El lunes 17 de febrero de 1783, cerca de las dos de la tarde, llegó a Ferrara. Un jesuita aragonés escribió a Bolonia detallando minuciosamente su figura y sus explicaciones: “Benislawski es de mediana estatura, enjuto, ojos vivos, nariz ducal, luengas y desgreñadas guedejas, lleno de fuego, viveza y actividad, pero modestísimo, humilde, deseoso de ver, hablar y satisfacer la curiosidad de los Nuestrs. Venía acompañado de un joven sobrino suyo, de un Oficial también joven y de un criado que hablaba latín, aprendido en nuestras aulas de Mohilow. Casi tres horas logré su amable compañía. Publicado el Breve de Abolición, pero no admitido por la Emperatriz, se mantienen los jesuitas. Y no contentos de su estado, logran que la Emperatriz escriba a Su Santidad la resolución que había tomado de conservarlos sin la mínima mutación, la cual resolución deseaba ver aprobada por Su Santidad. Se le respondió por la vía de Propaganda: *iesuitae maneant ut sunt*. Ganganelli nunca escribió por sí. Nuestro Benislawski, nacido en la Rusia Blanca, que oyó esto corrió a su patria, y su presencia, aceptadísima entonces por Czernicheff y después por el Príncipe Potemkin, fue y es el consuelo y el apoyo de los Nuestrs. Desde luego se vio que sin Noviciado no podían los jesuitas subsistir. Encargado Potemkin de este cuidado, sabiendo que el Obispo de Mohilow estaba ganado por el Nuncio Archetti, imagino valerse de esta combinación para pedir el famoso Breve de Delegado Apostólico para este Obispo, persuadido de que sería más fácil obtenerlo pidiéndolo para una persona partidaria de Roma. En efecto, así sucedió. Vino el Breve, la Corte ordenó que, en fuerza de éste, se abriese el Noviciado; y luego se amontonaron las contradicciones. Archetti escribía al Obispo amenazando, desaprobando; el Obispo remitía las cartas de Archetti a la Corte: pero, como éstas no abrían brecha, se recurrió a España. Dos cartas escribió nuestra Corte: a la primera, que vino acompañada de 300.000 escudos para diversas personas, se respondió en substancia que, como Rusia había dejado obrar libremente a Su Majestad Católica, así esperaba que ésta no querría impedir las resoluciones que Su Majestad Imperial creía convenientes a sus Estados. A la segunda la Emperatriz no quiso responder, y así acabó el empeño de nuestra Corte. Poco después compareció una carta de Pío VI al Obispo, en que se le prohibía servirse del Breve para abrir Noviciado, pero ni ésta tuvo efecto, pues, estando escrita de mano y letra de Archetti, se averiguó que Archetti se había valido, para llevar adelante su empeño, de un pliego en blanco firmado antes por el Papa. Lo que no mudó a la Corte, excitó los escrúpulos de los Nuestrs: les parecía menos legítima la apertura del Noviciado y casi forzada. El Obispo cada día inventaba nuevos motivos de dilación y Potemkin, para satisfacer a los Nuestrs, hizo que se escribiese a Roma, quejándose de las dilaciones del Obispo, que no acababa de servirse del Breve. A esta carta respondió Monseñor Borgia al Obispo: *utatur*

*Brevi in favorem iesuitarum.* Abrióse el Noviciado y, dejando menudencias, se trató de la elección del General. Nuevos enredos. Unos contra la persona del entonces Provincial, que ahora es Vicario General; otros sobre la dependencia de Roma e independencia del Obispo. Pero Potemkin, que tiene el Instituto en su cuarto, que lo ha estudiado y está enamorado de él, persuadió finalmente a la Emperatriz que escribiese la Carta-Orden para la elección. Hecha ésta, Potemkin, el Coadjutor y el Vicario General partieron a Pietroburgo. Fue presentado el Vicario General y la Emperatriz le animó, diciéndole que ella le aligeraría el peso del Gobierno. El General se mantiene en la Corte, no con carroza, como se ha dicho, pero sí estimado y honrado de todos. Se ha encomendado la dirección de las Iglesias de Pietroburgo y Mosca a los Nuestrs. Entre los destinados a Pietroburgo uno es Magnani, de quien hace mil elogios. El Primate Griego es afectísimo a los Nuestrs, a quienes conoció en China, por los servicios que los Nuestrs hicieron a sus griegos en aquel Imperio. Potemkin ha hecho traducir e imprimir en lengua rusa la *Memoria Católica* y otras apologías. Así están nuestras cosas. Pero Potemkin, viendo que Roma no respondía a las cartas de la Emperatriz, dirigió a los Nuncios la publicada en las Gacetas, y no queriendo esperar más dispuso que la Emperatriz enviase a Roma nuestro Coadjutor para terminar a boca las diferencias. Éste partió el 17 de diciembre de Pietroburgo. Pasó por Viena, donde habló con Garampi, el cual le dijo que no tenía valor para remitir al Papa la carta de la Emperatriz, porque preveía la suma aflicción que causaría a Su Santidad. Con esto Garampi avisó a Roma la llegada del Coadjutor, y efectivamente de Roma escribía Cabrera que le esperaban. Sus comisiones son el Palio del Arzobispo; su consagración que la Emperatriz desea se haga en Roma; y estas dos cosas sin ninguna condición, pues con condición de destruir el Noviciado ya les había prometido Archetti la confirmación del General; y por último, como el Ducado de Curlandia está bajo la protección de la Emperatriz y el Duque desea que se restablezcan los dos Colegios de jesuitas que había antiguamente, pide la Emperatriz que de sus jesuitas pasen libremente a Curlandia. Si no se le conceden sus peticiones, tiene orden de volverse inmediatamente y de no admitir ninguna cortapisa. Ferrara y febrero 23 de 1783”.

El Canónigo Benislawski pasó de incógnito por Bolonia el 18 de febrero de 1783. Su posterior llegada a Roma el 1º de marzo como Ministro de la Emperatriz Rusa excitó un tumulto de hablillas y de rumores entre todo género de gentes del partido anti-jesuítico. Más inquieto nos pintan todavía por este suceso al Cardenal Secretario de Estado. El Sr. Santini, Agente de Rusia en Roma, le tenía preparado un conveniente hospedaje y el mismo día dio parte a Su Santidad del arribo del Enviado y le presentó inmediatamente sin pasar por la Secretaría de Estado las convenientes credenciales. El día 3, lunes de Carnaval, aunque no suele el Papa admitir a nadie en esos días, concedió la primera Audiencia a Benislawski, que no fue menos que de hora y media. Después de ella salió el Papa de Palacio y fue a hacer oración a la Iglesia del Jesús, cosa que no ha hecho este Papa sino otra vez en los 8 años de su Pontificado. Benislawski hizo visita de pura atención al Cardenal Pallavicini, que no dejará de sentir mucho el verse excluido de entrar en estos negocios. Y ha recibido después visitas de Ministros, de personas de distinción y de varios Cardenales, entre los que cuentan a Bernis, Herzan, Pallavicini, Carlos Rezzonico, Borromei y Antonelli. Y con este último se ha advertido que ha tenido largas conversaciones, las que es muy natural que sean sobre las cosas de la Religión en Rusia y los negocios de la Congregación *de Propaganda* en aquel Imperio. Y aun se cree que le habrá hablado de tal modo sobre la conducta de los *de Propaganda* en aquellas partes y sobre el proceder de la misma Congregación en Roma, insinuándole también lo muy disgustada que está con ella su Corte, que no le habrá agradado mucho al Emmo. Prefecto.

Por lo demás está con honor, estimación y decoro, aunque no con mucho fausto en aquella Corte. Visita las gentes de distinción que le han visitado a él, y asiste algunas veces a las conversaciones en las casas de los Señores. Y se ha notado que la que más frecuenta es la del Duque Grimaldi, Embajador de España, quien le recibe, le habla y le trata con particular agrado y atención. Pero advierten también que Benislawski no es hombre de quien Grimaldi

haya de sacar alguna cosa ni con halagos ni con artificios. Su conducta en todo lo demás es seria, grave y circunspecta; y está tan sobre sí en las muchas ocasiones que se le han ofrecido, en las cuales han procurado sacarle algunas noticias sobre los jesuitas de Rusia y sobre los negocios de su viaje, que todos han quedado burlados. Ha visitado nuestras Iglesias de Roma y ha dicho Misa en varias de ellas, y se ha dejado ver en el Jesús, en donde están unidos casi cien jesuitas, y ha admitido a su trato y confianza al que fue Asistente de Polonia y a algún otro, que le pueden dar alguna luz en sus negocios. Después de la larga audiencia del Papa el día 3 de este mes, ha tenido otras dos o tres, de las cuales, como de la primera, nada en particular se puede saber en el día. Pero el mostrarse Benislawski contento y gustoso, como lo da a entender en términos generales, es señal bien clara de que están en buen estado sus negocios y pretensiones.

En su carta de 11 de enero de 1783, sin saber todavía nada de la venida de Benislawski a Roma, el Papa ofrecía a Catalina II enviar a su Corte de Pietroburgo un Obispo Católico Romano que oficiase su consagración episcopal. Era, pues, forzoso aguardar la respuesta de la Emperatriz a la carta del Papa para ver si Su Majestad insistía en que Benislawski se consagrara en Roma o por el contrario admitía la oferta del Santo Padre de enviar a Pietroburgo un Obispo que le consagrara en aquella Corte. Y esa respuesta llegó a Roma a principios de abril: la Emperatriz escogía que Benislawski se consagrara en Pietroburgo. Enterado de ello, Benislawski empezó a pensar en regresar a Pietroburgo. Estuvo con los jesuitas de la Casa Profesa del Jesús y les aseguró en términos generales y con mucha alegría y gozo que salía contento de Roma y que había logrado todas las pretensiones que habían sido la causa de su viaje. Se despidió de los Cardenales, Ministros y demás personas de distinción que le habían visitado; tuvo su Audiencia de despedida del Santo Padre y recibió de sus manos un devoto regalo. Y después de todas estas diligencias hechas con sosiego en Roma, salió de aquella Ciudad el día 15 de abril. Y viniendo poco a poco por la vía de Loreto, llegó a esta Ciudad el día 24 del mismo mes a media tarde. Aquella misma noche le visitaron en el mesón algunos ex-jesuitas italianos y españoles. En la conversación dio muestras de venir muy satisfecho del Papa, a quien alabó de hombre de buen corazón. Aseguró que iba bien despachado en todos los artículos de su embajada: las Bulas, el Palio y el restablecimiento de los jesuitas en Curlandia. Y aun añadió que llevaba una cosa de consuelo para los jesuitas de Rusia, con lo que verosíblemente aludiría a que, a petición del mismo Benislawski, en presencia de algún otro testigo de palabra o *viva vocis oraculo* aprobó Su Santidad la conservación de la Compañía de Jesús en Rusia.

### **13. Arbitrios y diabluras de Archetti y Pallavicini**

El elegido por Pío VI para llevar el Palio Arzobispal al Ilmo. Stanislaw Siestrzencevicz y consagrar Obispo al Canónigo Benislawski fue su Nuncio en Varsovia, Ilmo. Sr. Arzobispo de Calcedonia, D. Juan Andrés Archetti. Es natural que los pobres jesuitas rusos se estremecieran de pavor viendo entrar en el Imperio y en la Corte misma con mucho poder y autoridad, y con las manos sueltas, un furioso enemigo suyo, furiosamente encaprichado en arruinar a toda costa y por todos los modos imaginables la Compañía de Jesús en Rusia. Catalina II volvió a intervenir una vez más ante el peligro: escribió al Conde de Stackelberg, su Embajador en la Corte de Varsovia, encargándole que advirtiera al Nuncio que no debía ir a la Corte a otra cosa que a perfeccionar la obra empezada, sin mezclarse en otros asuntos y mucho menos en el punto de los jesuitas.

A principios de julio llegó Monseñor Archetti en calidad de Embajador Extraordinario de Pío VI a la Emperatriz Catalina II. A su arribo a aquella Corte, que pudo ser a principios de julio, fue recibido con mucho cortejo y agasajo de los Caballeros y gente de distinción, y el día 15 del mismo mes tuvo su primera Audiencia en forma pública de la Soberana. A ella fue conducido con el mismo tren, aparato y acompañamiento que se usa en aquella Corte con los Embajadores de los Reyes, e introducido a la presencia de la Emperatriz y ante su Trono con el cortejo y ceremonias que se practican con los mismos. Presentó el Embajador Pontificio,

como es costumbre, sus Credenciales e hizo al mismo tiempo una breve arenga, dando en general razón del motivo de su Embajada, insinuando a la Emperatriz el singular concepto y estima que tiene el Santo Padre de su persona, dándole a nombre suyo gracias por su protección y favores para con los Católicos, y protestando su grande fortuna y dicha en haber sido escogido para presentarse delante de su augusto Trono como enviado del Romano Pontífice. Y después de haber la Emperatriz mostrado su contento con una brevecita respuesta, así de las expresiones del Santo Padre como de la elección para esta Embajada de Monseñor Archetti, éste con las mismas ceremonias y con el mismo cortejo se retiró a su Palacio.

Tenemos, pues, ya en la Corte de Pietroburgo a Monseñor Archetti como público Ministro y Embajador del Romano Pontífice. Suceso a la verdad extraordinario. Y pudiera hacerse mucho más ilustre y glorioso, si la persona escogida por el Papa fuera cual debía ser un Nuncio enviado a una Corte no Católica, y como lo han sido en realidad los que en muchas ocasiones semejantes han enviado los Romanos Pontífices. Esto es, un hombre de una vida ejemplar, cuyo proceder y costumbres irreprochables y santas fuesen una sensible y palpable demostración de la verdad y santidad de la Religión Católica, de un celo, sabiduría, prudencia, humildad y dulzura, que sólo pensase en los intereses y ventajas de la Religión, y para este fin supiese ganarse el amor y corazón de la Augusta Soberana y de los principales Señores de la Corte. Siendo tan buenas, como ciertamente son, las disposiciones de la Emperatriz para con la Iglesia Romana, no hay duda alguna en que un Nuncio de este carácter pudiera en esta ocasión hacer grandes servicios a la Religión Católica, y quién sabe si lograría dar algunos pasos de consecuencia en orden al importantísimo negocio de la reunión del Imperio Ruso a la Cátedra Apostólica. Pero la conducta de Monseñor Archetti en esta Ciudad de Bolonia, siendo en ella Vice-Legado, entremetido en la causa de la Compañía en Roma y en su Nunciatura de Varsovia, no nos permite esperar cosas grandes a favor de la Religión en esta su Embajada de Pietroburgo.

Y seguramente los enemigos romanos de la Compañía de Jesús se habrán alegrado con la lisonjera esperanza de que Archetti, hallándose en la Corte de Pietroburgo tan autorizado y con carácter de Embajador del Papa, pueda llegar a conseguir que se intime el Breve de Extinción de la Compañía. Todo en efecto puede contribuir a avivar esta su esperanza, porque todo les es favorable para lograr la extinción de la Compañía. El genio y humor de Archetti más a propósito para trabajar en echar por tierra a los jesuitas que en dilatar el Catolicismo; las Instrucciones de Pallavicini para que lo intente de todos modos y sus magníficas promesas si lo consigue; insinuaciones vivas, grandes ofertas y dinero en abundancia de los Ministros de Madrid; y por su fortuna la ausencia de Pietroburgo del Príncipe Potemkin, ocupado en negocios de importancia en la Crimea: todas son cosas que les hacen mirar como posible una sorpresa de la Emperatriz Catalina y la intimación del Breve de Ganganelli. Para confirmar tales suposiciones, he aquí lo dicho por el Cardenal Valenti Gonzaga, Legado en Ravena, que, estando de Nuncio en Madrid y conociendo muy bien a aquellos Ministros, explicaba con mucha ponderación y énfasis, aunque en aire un poco burlesco, las promesas que se le han hecho a Monseñor Archetti: “España –dijo– promete a Archetti, si logra la intimación del Breve a los jesuitas de Rusia el Capelo Cardenalicio dentro del medio millón de pesos, después el Papado y todavía después sentarse a la diestra de Dios Padre”.

Se iban ya acercando los días en que se habían de hacer las funciones del Palio y consagración, previstas para octubre. Y entonces Monseñor Archetti presentó al nuevo Arzobispo y al Obispo electo la fórmula del juramento que debían de hacer de antemano. Ambos le representaron al Nuncio que no podían hacer en la Corte misma y ante la misma Emperatriz unas palabras con las que juraban perseguir a los cismáticos. Era necesario omitir aquella expresión o a lo menos moderarla en términos más suaves y más corteses. La representación no podía ser más justa y más razonable, atendidas las circunstancias del tiempo, lugar y concurso de gentes en que se había de hacer la función del Palio y la consagración del Obispo. No obstante, afectando Monseñor Archetti celo, escrupulosidad y

entereza, ha estado inflexible en el empeño de que nada se quite ni altere en la dicha fórmula del juramento. Y no pudiendo los otros acomodarse a ella, no hubo otro arbitrio que suspender las funciones y dar parte de todo a Roma.

La Corte de Pietroburgo, usando de su acostumbrada moderación, se contentó en este lance con escribir al Papa, apoyando las justas representaciones del Obispo y el Canónigo, y se debe suponer que lo ha hecho con empeño, con vehemencia y con fuego, quedando entre tanto suspensas las funciones del Palio y consagración. A últimos de noviembre o principios de diciembre pudieron llegar a Roma estas cartas de Pietroburgo y con ellas se inquietó, se desazonó y se enfadó mucho el Papa, viendo el injusto empeño de su Nuncio. Prontamente respondió Su Santidad a las cartas de Pietroburgo, ordenando expresamente que se quiten o mitiguen todas las expresiones de la dicha fórmula que puedan ofender y disgustar de algún modo a Su Majestad Imperial.

Por fin, el 2 y el 8 de febrero de 1784 se celebraron en Pietroburgo las dos funciones de presentar el Palio al nuevo Arzobispo Stanislao y de la consagración del Canónigo Benislawski como Obispo Coadjutor y sucesor del Arzobispo. Tales funciones resultaban enteramente nuevas en aquel país y en aquella Corte. De ahí que hubiera un gran empeño y curiosidad en asistir a ellas, y que fuera numerosísimo el concurso de gentes de todas clases y especialmente de la Nobleza. Asistieron también, y tuvieron parte en las funciones los Embajadores y Ministros de las Cortes Católicas, entre ellos el de España. Y todo se ejecutó con grandeza, con magnificencia y con esplendor. La Emperatriz concedió Audiencia al nuevo Obispo Benislawski la misma noche del día en que fue consagrado, y le hizo en ella nuevas finezas y favores.

Y entonces acaeció un prodigio imprevisto y maravilloso: ¡Monseñor Archetti cambia del todo y comienza a hablar y escribir de una manera enteramente diversa de los jesuitas de Rusia! Reconoce que su existencia y conservación en Rusia sin mudanza en su estado es irreprochable y legítima; se deshace en elogios y alabanzas de los jesuitas particulares, en quienes les parece que ve unos hombres laboriosísimos, unos santos y unos Apóstoles. ¿Cuál es la causa de semejante mudanza? Al parecer, debe atribuirse a una conversación con el Príncipe Potemkin, dotado éste de gran amor a la Compañía y de gran habilidad política, que le debió de hablar poco más o menos así: “¿Qué pretende V. S. de las Cortes Borbonas por el servicio de oprimir y arruinar a los jesuitas? Sin duda que su principal intento es que por su recomendación y buenos oficios le haga cuanto antes Cardenal el Sumo Pontífice. Siga, pues, mi consejo: mude de conducta, deje de aborrecer y de hacer mal a los jesuitas de Rusia, y trátelos con amor y con agrado; y de esta manera yo le aseguro que, por la poderosísima recomendación de la Augusta Catalina II, logrará presto del Papa la Púrpura que tanto desea”.

No era posible que Archetti pudiera resistir a un discurso como éste y que dejase de comprender que le era mucho más fácil conseguir el Capelo dando gusto a la Corte de Pietroburgo en mostrar algún afecto a los jesuitas que obstinándose en perseguirles en obsequio de las Cortes Borbones. Y así todas las señales son de que se rindió a este razonamiento y abrazó el partido que se le propuso. El hecho es que, al mismo tiempo que a Italia llegó la noticia de la mudanza de Archetti y empezaron a resonar sus alabanzas y elogios de los jesuitas de Rusia, se supo con toda certeza que la Emperatriz Catalina le había recomendado a Su Santidad en orden a hacerle Cardenal lo antes posible. Y poco después se conoció que ya estaba nombrado nuevo Nuncio en Varsovia Monseñor Ferdinando Saluzzo, lo que se habría hecho para que a Archetti, dejando de ser Nuncio en Polonia, se le dé el Capelo por razón de Nuncio Extraordinario en la Corte de Pietroburgo.

No le puede haber salido más felizmente a Monseñor Archetti su viaje y Embajada a la Corte de Pietroburgo, pues llega así al término de sus deseos, que era el Capelo Cardenalicio. Por éste suspiraba y por conseguirlo ha hecho todo el mal que ha podido a los jesuitas de Rusia, en obsequio de las Cortes Borbonas y del Cardenal Pallavicini, Secretario de Estado. De éstos, a pesar de sus grandes servicios, al no haber podido arruinar totalmente a aquellos jesuitas, no hubiera recibido la Púrpura verosímilmente hasta después de aguardarla 6 u 8

años en la Nunciatura de Viena, a la que pasaría naturalmente desde la de Varsovia. Un pequeño servicio hecho de mala gana a los jesuitas rusos, poniendo el palio a un Arzobispo que les abrió el Noviciado, y consagrando Obispo a uno de ellos con cuatro renglones en su elogio, por la singular beneficencia de Catalina II, le han colocado bien presto donde quería llegar pisándolos y echándolos enteramente por tierra.

En efecto, la Emperatriz de Rusia, no contenta con haber recomendado a Monseñor Archetti al Papa para que le hiciese Cardenal, viendo que se dilataba su elección, verosímilmente porque Su Santidad reservaba el nombrarle para la promoción general de los Nuncios, que no puede estar muy lejos, hizo nuevas y más eficaces instancias para que sin dilación se le diera el Capelo. A la verdad es muy digna de alabanza y aun admiración la beneficencia y generosidad para con Monseñor Archetti de la Augusta Emperatriz Catalina, que, sin reparar en los muchos disgustos que le ha dado, persiguiendo de muchas maneras a sus amados jesuitas y dilatando por sus impertinencias muchos meses las funciones del Palio y de la consagración, le ha recomendado al Papa con tanta fuerza y empeño como si en todo le hubiera servido y dado gusto completamente. No pudiendo, pues, Su Santidad dejar de condescender a unas instancias tan vivas de una Soberana tan grande, sin aguardar a la promoción de los Nuncios, dando primero aviso a los Ministros Borbones, tuvo Consistorio el 20 de setiembre de 1784 y en él creó y publicó Cardenal a Monseñor Juan Andrés Archetti, su Nuncio Extraordinario a la Corte de Pietroburgo.

La posta, que le lleva a monseñor Archetti nuevas tan agradables, pasó por Bolonia el 23 y va a buscarle a Grodno en Lituania, donde se va a tener la Dieta de Polonia y por esta causa se ha transferido allá la entera Corte de Varsovia. También Archetti se enderezó a mediados de julio hacia dicha Ciudad para poder recibir de mano del Rey de Polonia la birreta cardenalicia, despedirse de Su Majestad y emprender su regreso a Roma. Antes, por supuesto, se despidió en Pietroburgo de la Emperatriz y de la Familia Imperial, y recibió en regalo un precioso pectoral y muchas martas finísimas. Al atravesar la Rusia Blanca para entrar en Lituania, se portó con mucha esquividad y extrañeza con los jesuitas, no queriendo ver ni hablar a ninguno de ellos. De aquí se infiere que su ‘conversión’ no fue más que una ceremonia aparente para lograr recomendaciones de la Corte de Pietroburgo en orden a conseguir el Capelo. Y que, habiéndolas logrado ya, se ha quitado la máscara que por poco tiempo se puso, y vuelve a mostrarse enemigo de los jesuitas para no desmerecer la amistad y confianza del Secretario de Estado Pallavicini y los favores y gracias de los Ministros de las Cortes Borbonas.

En todo caso, aquellos jesuitas de Rusia se alegran mucho de ver fuera de su Corte y de todo el Estado a este hombre peligroso, siempre pronto y determinado a aprovecharse de cualquier ocasión oportuna que se le venga a la mano para hacerles mal y perderles. Por lo demás están sumamente contentos y alegres, y no menos los antiguos en el país que los que fueron últimamente de Italia y fueron reincorporados a la Compañía con un increíble gozo el día de la Visitación de Nuestra Señora. Todos hablan con grande encarecimiento del fervor, del espíritu, de la observancia que hay en aquellos Colegios, y de la paz, unión y caridad entre unos y otros, aunque de Naciones tan diferentes, y con una entera resolución de la legitimidad de su existencia y conservación en su mismo estado de jesuitas.

Sirva de colofón de esta historia la siguiente nota: a principios de 1785 viajó a Roma el Príncipe de Yousoupouff, Ministro Plenipotenciario de Rusia en la Corte de Turín, con el fin de agradecer al Papa en nombre de Catalina II el envío a su Corte de Monseñor Archetti para dar el Palio al Arzobispo Stanislao y consagrar Obispo al Canónigo Benislawski. El Príncipe fue a una audiencia del Papa con magnífico tren de carrozas y con un vestido riquísimo con botonadura de diamantes. Y, después de haber cumplido con su comisión para con el Santo Padre, volvió a casa y, mudando de vestido, fue después a hacer visita al Cardenal Secretario de Estado.

#### **14. Muerte del Conde de Czernicheff**

Por una Orden de la Corte, intimada por el nuevo Arzobispo Stanislaw Siestrzencevicz, el Provincial llevó consigo a dos sujetos de talentos y de juicio, a fin que se instruyan en cierto método de Escuelas Normales y lo introduzcan en sus Aulas. Los tres jesuitas fueron recibidos en la Corte con mil demostraciones de aprecio y estimación de la Emperatriz, de los Duques sus hijos, y de los principales Señores y Ministros. Pero lo más importante de este viaje acaeció al regreso. Recuérdese lo anteriormente narrado sobre el Conde de Czernicheff, hombre de gran juicio y prudencia, de singular piedad y de excelentes virtudes morales, a quien, después del Cielo, debe sin disputa alguna la Compañía de Jesús su conservación en la Rusia Blanca. No era posible conservar en su pecho más que una sola centella del espíritu de jesuita y no mostrarse agradecido a un bienhechor tan insigne como el Conde de Czernicheff, y no pedir al Cielo para él sus más copiosas bendiciones.

Al volver de Pietroburgo hacia Polock pasando por Moska, se encontraron los tres jesuitas con la triste nueva de que el Conde de Czernicheff, su Gobernador, por haber recibido un golpe mortal al habérsele trastornado el coche, se hallaba en cama en peligro evidente de morir. En Moska se detuvieron para asistir en lo que pudiesen al moribundo, y consolar a su afligida familia. Uno de los tres jesuitas estuvo constantemente a la cabecera del enfermo, le cuidó y trató con toda confianza y, luego se mostró muy alegre, contento y satisfecho por haber ayudado a morir en el seno de la Iglesia Católica.

En Polock hicieron los jesuitas otra conversión a la Iglesia Católica, la de un Eclesiástico del Rito Griego cismático, que era tenido generalmente por el mayor Teólogo de su Religión. Los jesuitas pudieron tratarle en su enfermedad y le convencieron de que la única cabeza legítima de la Iglesia de Jesucristo es el Pontífice Romano, Sucesor de San Pedro. Y, habiéndolo confesado públicamente, fue reconciliado con la Iglesia y murió en su seno.

El difunto Conde de Czernicheff había determinado fundar a la Compañía una Residencia en uno de sus feudos. Murió sin haber conseguido realizar ese proyecto, pero la Condesa viuda y su hijo primogénito y heredero han resuelto realizarlo y para todo ofrecen con generosidad los caudales necesarios. A finales de 1784 se podía afirmar que ya se estaba construyendo el Colegio del Conde de Czernicheff en sus feudos, una Casa Profesa en Moska y un magnífico Colegio en Pietroburgo.

#### **15. Tres cartas de Polock y una oración**

La primera es del P. Pfeifer, alemán, y lleva fecha de 27 de noviembre de 1782. Después de agradecer las noticias recibidas de su corresponsal, prosigue dándole menuda cuenta de la situación de la Compañía en la Rusia Blanca: “Por lo que atañe a nosotros, todo persevera en su antiguo estado, gracias a Dios, después de que marcharon de Pietroburgo el Sr. Archetti y nuestro Rvdmo. Sr. Arzobispo. Las nuevas Misiones, que habían de abrirse para nuestra Compañía en Pietroburgo, Moska, Riga y Chirimga, no están todavía listas ni parece que lo podrán estar pronto. En cambio, la Misión de Czeczerski, cerca de Borysthen bajo Mokilow en el territorio del Conde de Czernicheff, de buena memoria, comenzada a edificar después de la muerte de Bienhechor, cobra incremento gracias al cuidado de su viuda. El número de sujetos de nuestra Compañía es de unos 180, aun cuando todavía no me parece se pueda precisar un Catálogo con toda exactitud. Actualmente sólo hay 7 Novicios, entre los que se cuenta el italiano Angiolini. Además de éste, otros 8 PP. italianos residen en este Colegio: los PP. Panizzoni y Scordialó, antiguos Profesos; el P. Agustín Magnani, Profeso en Polock; los PP. Juan Natal Magnani y los dos Angiolini, Cayetano y Francisco, que hace un mes renovaron sus votos; y en fin los PP. José Angiolini y Rugnati, que vinieron a fines de junio pasado. Todos ellos son muy preclaros en virtud y letras, y por eso han sido muy bien acogidos por todos, y sobre todo por los Superiores. De Alemania propiamente tal sólo somos 5: los PP. Abram Sperg, Jakel, Novagk, Gabriel Gruber y yo, Pfeifer; el 1º y el 3º son de Laibach (Eslovenia), el 2º bohemio, el 4º austriaco de Viena y el último suevo. El P. Abram Sperg había terminado la Teología antes de la extinción; los PP. Jakel y Gruber son antiguos

Profesos; el P. Novagk profesó en Rusia Blanca. De los HH. Coadjutores muchos son propiamente alemanes, muy preclaros y útiles. Los prusianos no son pocos. Y de otras Naciones, por ejemplo, franceses, húngaros, silesios, españoles, portugueses, americanos, etc., no hay ninguno, que yo sepa. En nuestro Colegio de Polock somos 71, incluidos los que residen en Albrichtovia con el Admonitor del R. P. Vicario y están adscritos a este Colegio. En el Seminario de Nobles residen 22 Nobles, uno de los cuales ortodoxo. Y además de éstos hay seminaristas y un conjunto músico fundado por D. Esteban Battorei, que diariamente interpreta música en el templo. La primera Misa es siempre con Bendición y Música, que también continúa hasta el fin de la segunda. En la Misión de Moska hay 4 o 5 Sacerdotes regidos por el ex-jesuita P. Bohomelez como Superior. En Riga hay 3 PP. Franciscanos de los llamados Reformados, que en cierto modo están bajo el mando del ex-jesuita P. Winscha, Capellán de Excmo. Gobernador Sr. Braun. Y en Pietroburgo trabajan 5 Sacerdotes, pero su Superior no es ex-jesuita. El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Benislawski, que no sólo es Obispo Coadjutor sufragáneo, sino también Coadjutor con derecho a sucesión y quizá llegue a tener Diócesis propia, ordenó en las ferias de las Cuatro Témperas de setiembre a uno de los Nuestros en nuestro Templo. Y con esta ocasión tuve el honor de comer con él y al mismo tiempo de hablar sobre temas de Roma y escuchar una mención honorífica de los PP. Sánchez y Korycki. El citado Neo-Sacerdote celebró su Primera Misa en la fiesta de San Francisco de Borja y ese mismo día el Ilmo. y Rvdmo. Arzobispo de Rito Griego o más bien Ruteno celebró también en nuestro Templo y allí mismo presidió la Procesión Teofórica y después comió con nuestro P. Vicario. Estas Procesiones se suelen hacer en Polonia cuando ocurre alguna fiesta, como he visto algunas veces en Cracovia y Varsovia y también en Vilna, aunque en ningún sitio con tanta espléndida pompa como entre nosotros. Aún con mayor solemnidad y esplendor se celebró la fiesta de San Estanislao de Kotska el domingo 13 de noviembre. El Templo estaba pulcra y preciosamente adornado con lirios, tulipanes y muchas flores artificiales. Colgando de los candelabros, sobre los altares y en las paredes lucían grandes cirios y lámparas. Y sólo sobre el altar mayor, contando dos pirámides allí colocadas con arte, ardían 40 velas. En la Misa ofreció un insigne sermón nuestro P. Predicador. Por la mañana clausuró la Solemnidad nuestro P. Vicario presidiendo la procesión. Después, como de costumbre, los Nobles nos acompañaron en la comida. La juventud estudiosa celebró ese día y toda la Octava con extraordinaria devoción. Por otra parte, el 4º Domingo del mes, dedicado al culto del Sagrado Corazón de Jesús, excita más aún la devoción de los fieles. En Mohilow el Rvdmo. Sr. Arzobispo, por estar él indispuerto, se dignó enviar al Ilmo. Sr. Canónigo Berent, antaño jesuita, para que celebrara en nuestro Templo. Agradezco a todos cuantos me recuerden en el Señor y a todos deseo un felicísimo Año Nuevo. Su siervo en Cristo, Col. Pfeifer, S.J.”.

La segunda, fechada a 13 de noviembre de 1783, es del Rector del Colegio de Polock P. Gabriel Lenkievicz al P. Francisco Javier Wois: “Le agradecí mucho su carta de 5 de setiembre, en la que Vuestra Paternidad manifiesta su afán por saber algo acerca de nuestro estado. Pienso que tal deseo nace de un auténtico espíritu de caridad, que nos enseña a gozar en el Señor de los bienes de nuestros hermanos y a compadecernos de sus sufrimientos. Y por ello me decido con gusto a complacerle para ofrecer algún consuelo a mis hermanos dispersos y afligidos. Por una singularísima Providencia de Dios nos hemos librado hasta ahora del rayo lanzado por Ganganelli y mantenemos el nombre, la ropa y el Instituto de la Compañía totalmente del mismo modo que antes de Clemente XIV. Cómo ha sucedido así, se lo contaré desde sus inicios. Todo el mundo sabe que en 1772 Rusia, Austria y Prusia se repartieron Polonia y Lituania. En la parte que tocó a Rusia, estaban ubicados nuestros Colegios de Polock, Witebsk, Orsa, Mszislaw, Mohilow y Duneburg. La Compañía estaba aún íntegra y floreciente. Los que residíamos en aquellos Colegios creímos que íbamos a desaparecer a causa de la antigua Ley promulgada por el Emperador Pedro el Grande, que no permitía a los jesuitas la entrada en el Imperio. Pero Dios, en cuyas manos están los corazones de los Reyes, movió a la verdaderamente Grande Catalina II, que ahora reina en Rusia, a retenernos y

conservarnos. Sucedió luego aquel año fatal que trajo la muerte a casi toda la Compañía. Y entonces creímos con más certeza que íbamos a desaparecer, porque supimos que el Breve de Ganganelli había llegado ya a Varsovia y pensábamos que iba a ser promulgado por el Obispo de Vilna, en cuya Diócesis están todos los Colegios citados (excepto el de Duneburg, que radica en la Diócesis del Obispo de Livonia). Pero aquello no ocurrió. Todos los Rectores de aquellos Colegios recibimos una carta del Obispo de Vilna, en la que se nos ordenaba que, aunque pululaba el rumor público de la llegada de un Breve Pontificio por el que la Compañía de Jesús quedaba extinguida, los Nuestros siguieran ejercitando los ministerios igual que antes, y que los Superiores cuidaran de que las fundaciones de los Colegios no se desperdigarán, hasta que él no determinara lo contrario. Pero luego jamás determinó otra cosa y poco después cambió la escena. El Ilmo. Stanislao Siestrzencevicz, por entonces Obispo Titular Mallense (y que recientemente ha recibido el Palio del Arzobispado de Mohilow, fundado por nuestra Emperatriz), continúa por autoridad del Sumo Pontífice como Delegado de la Sede Apostólica para todas las Provincias transferidas de Polonia al Imperio Ruso, y Catalina la Grande impide la promulgación del Breve de Ganganelli en su Imperio. Los Nuestros, temiendo un rayo del Vaticano por el que se nos imputase desobediencia a la Sede Apostólica Romana o cisma o escándalo para los fieles, fueron a Pietroburgo y suplicaron a la Emperatriz que nos permitiera cambiar de estado, puesto que así lo quería el Sumo Pontífice. Pero la Emperatriz nos negó su permiso y nos mandó continuar en nuestro antiguo estado. Los Nuestros no se quedaron tranquilos y escribieron a Roma, al Cardenal Juan Bautista Rezzonico, Secretario de Memoriales, mandándole juntamente un memorial para Pío VI, entonces ya Sumo Pontífice. Sin embargo, el Sumo Pontífice no les respondió. El Cardenal, en cambio, sí les respondió, aunque con palabras ambiguas, pero en todo caso que no nos precipitáramos por la mudanza. Más aún, nos auguraba *un éxito feliz*: son sus palabras. A continuación el Ilmo. Obispo Mallense recibió un mandato relativo a las Órdenes Regulares existentes en el Imperio Ruso, con objeto de establecer las que juzgare necesarias, y esto con la misma potestad que si fueran inmediatamente establecidas por la Sede Apostólica. Y el Obispo, comprendiendo que aquel escaso puñado de los Nuestros iría desapareciendo poco a poco por la muerte de muchos, nos concedió, con autoridad de la Sede Apostólica y mediante documento público, establecer un Noviciado. Los Nuestros aprovecharon sin demora alguna este privilegio inaugurando un Noviciado en este Colegio de Polock, y nuestra Compañía, gracias a la bendición de la Divina Providencia, también en estas latitudes se ha acrecentado con no pequeña prole que servirá para resarcir las muertes de muchos. Todo hay que atribuirlo después de a Dios, a nuestra Grande Catalina, con cuyo mandato ha sido impelido el Obispo Mallense para concedernos el Noviciado. Todo esto resultaba muy oportuno para nosotros, pero nos faltaba algo, a saber, una Cabeza suprema que rigiese toda esta, aunque exigua, Compañía según las leyes prescritas en nuestro Instituto para nombrar Rectores de nuestros Colegios y dirigir los negocios de mayor monta. En el Rector de este Colegio de Polock, P. Stanislao Czerniewicz, había recaído todo el cuidado de nuestros asuntos en cuanto Vice-Provincial. Y el pasado 1782, sin haberlo nosotros soñado siquiera, nos llegó de la Corte la orden de elegir Vicario General. Nos congregamos en Polock todos los Profesos de cuatro votos, que no estábamos impedidos, en número de 30. Y a tenor de todo lo establecido en la fórmula de la Congregación General, elegimos Vicario General, con plena potestad de Preósito General, al recién citado M. R. P. Stanislao Czerniewicz. Y a fin de que la erección de Noviciado y la elección de Vicario General fuera confirmada, fue enviado por nuestra Curia a Roma el Ilmo. Benislawski, jesuita, Coadjutor del Arzobispo de Mohilow, que expuso al Sumo Pontífice toda la serie de nuestros asuntos. El Papa le recibió con suma afectividad, y como Pedro, antaño encadenado por sus adversarios, escuchó tres veces repetido aquel triunfal “Apruebo, apruebo, apruebo”. Aquello, sin embargo, fue un oráculo *vivae vocis*, porque el Supo Pontífice reconoció que la prepotencia de la Casa de Borbón le impedía darlo por escrito. Luego creció la mies de nuevos rumores incluso en nuestras latitudes. El Nuncio Pontificio, poco adicto a nosotros, al venir de Varsovia a Pietroburgo dio ocasión a tales

rumores. Pero tuvimos noticias nada dudosas de que nada teníamos que temer, y la principal fue que el Canciller del Imperio no permitía al Nuncio que hiciese siquiera una sola mención de los Nuestros. También supimos que entre las Instrucciones dadas al Nuncio por el Papa nada había que nos concerniera. Quiera Dios que cuanto antes se restablezca toda nuestra Compañía y que todos, tanto los fulminados como los ilesos, podamos cantar de nuevo: “Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos.”. Los jesuitas somos aquí 170, suficientes para ejercer los ministerios en los Colegios arriba citados. Pero si aconteciere, como es fácil, que se nos llame de Pietroburgo y de otras poblaciones de Rusia, tendremos que pedir a nuestros compañeros que aumenten nuestro número y nos ayuden. De todo esto podrá inferir Vuestra Reverencia cuánta fe merecen los rumores que corren sobre nosotros. Por lo que a mí respecta, una vez que le he expuesto el genuino estado de nuestra situación, no me queda sino enviarle un abrazo a Vuestra Reverencia, a todos cuantos están ahí e incluso a todos nuestros hermanos del mundo, y encomendarme a su gracia y a sus Santos Sacrificios. Polock, 13 de noviembre de 1783. Su siervo en Cristo, Gabriel Lenkievicz, S.J., Rector de este Colegio.

La tercera es del P. Agustín Magnani y está fechada el 4 de febrero de 1785: “Confirmando lo que otras veces tengo escrito, es a saber, que aquí la Compañía se mantiene floreciente. En el opúsculo *De praestantia Instituti* así auténticamente se refiere Lanzicio, que los terceros serán mejores que los segundos, así como él mismo afirma que los segundos lo fueron respecto de los primeros. En prueba de esta mi opinión de tanto consuelo no haremos más que entresacar algunas flores de bellas virtudes, que aquí, aunque país tan horriblemente frígido, me parece que abundan mejor que en otra parte alguna por la Divina Misericordia. Aunque se han visto precisados los Superiores a contraer algunas deudas, sus entrañas de caridad se extienden a admitir forasteros y gastar mucho para su conveniente comodidad, sin disminuir un punto en el trato común ni en la generosidad con que gastan en la Iglesia, con los encarcelados, con huéspedes y pobres de todas especies. El óptimo P. Provincial, aunque de continuo enfermizo, visita todos los años cada uno de los Colegios o Misiones. El P. Miguel Rott, Misionero en Livonia y juntamente Párroco, cultiva tan excelentemente su campo que en las fiestas toda la mañana, y no pocas veces dos horas después de mediodía, la Iglesia se ve llena de pobre gente que el día antes recorre 4, 6 y 10 millas de camino con una santa ansia de la escuchar la palabra de Dios y de recibir los Sacramentos. El buen Padre y su compañero necesitan levantarse muchas horas antes del día, porque la gente, devotamente indiscreta, toca a las puertas y pide que la confiesen. Se confiesa toda la mañana y, aunque a veces vienen a ayudarles los PP. Tercerones, mucha gente no puede confesarse porque *massis multa et operarii pauci*, según la diversidad total de aquella lengua. Hacia el mediodía dicen Misa y el P. Rott predica sentado, supliendo la falta de fuerzas por su edad avanzada y quebrantada salud la caridad para con su pueblo, a quien ama como Padre. Los Maestros tienen aquí la santa costumbre de proponer cada día brevemente alguna máxima o práctica o historia devota a los discípulos. En los Convictos no se da lección de música o baile, ni tienen Prefectos de fuera: todo el peso carga sobre los Nuestros y por la gracia de Dios florece una devoción y voluntaria frecuencia de Sacramentos que edifica sumamente. De los Profesores de Teología y Filosofía os puedo asegurar que su mayor defecto es algún exceso de solicitud y fatiga por sus discípulos. Nuestros Estudiantes son aquí, *nemine excepto*, todos muy edificativos, de modo que en cada uno se debe bendecir a Dios; y se oyen disputas y composiciones que satisfacen a los forasteros que han estado en Viena, Bolonia y Roma, acostumbrados a lo bueno. Del Noviciado os digo francamente que tenemos un Maestro de Novicios lleno de prudencia, discreción y de las más sólidas virtudes jesuíticas, y así no es maravilla que el Noviciado mismo sea un Paraíso, como lo es verdaderamente y en esto no exagero: amor a la mortificación, celo ardiente de las almas, amor a la obediencia menuda y ciega, y una tierna devoción a María son las pruebas seguras. Y yo soy testigo *de visu et auditu* todos los días. El P. Gruber, profesor de Arquitectura, Mecánica etc., en su aposento (en éste con toda su Mecánica no ha procurado tener alguna de aquellas comodidades que por oficio procura en

los otros) tiene con qué divertir a los forasteros que vienen de Pietroburgo con mecanismos maravillosos y con obras en hierro, cuero, madera, etc., hechas por él o bajo su dirección; con una bella Escuela de Arquitectura, diseño y pintura; y lo bueno es que, saliéndole las cosas felizmente, siempre protesta que todo es obra del Sagrado Corazón de Jesús, del cual siempre tiene en el aposento pinturas que acabar o enmendar o comenzar. El buen P. Francisco Angiolini no sólo sabe el polaco, sino que lo enseña y lo escribe. No son menos apreciables otros que con él trabajan, con tanto mayor mérito cuanto hallan mayor dificultad. Entre los HH. Coadjutores, de los cuales otra vez he hecho el elogio, porque ciertamente un complejo tal ni yo lo he visto ni Vuestra Reverencia, sólo quiero pintarle uno más al vivo. Es de grande ingenio, excelente en todas las obras de metal, aun de oro y plata; y se está con los herreros frecuentemente al yunque, y sobre el tejado de la Casa o de la Iglesia con los albañiles; y es tan activísimo que vale por dos; y escapa muchas veces de la oficina para oír Misas en un rincón de la Iglesia en que sopla maravillosamente este aire tan frío, que ayer, 15 de febrero, creo que bajó hasta 16 o 17 grados. En el trato exterior parece uno de tantos, mas, si se entra con un poco de familiaridad, se descubre en él un ardiente amor a Cristo Crucificado. Se llama Fogt. Tenemos dos Procuradores; se puede hablar con ellos en derechura de cosas espirituales, que es una cosa que edifica y confunde. Uno de los Nuestros, que ha venido recientemente de Polonia, enseña a los niños el tedesco; otro hace *le corone di fioreti* en el Seminario; otro enseña a los Convictos el diseño; dos por turno les hacen el Catecismo contra los errores modernos; otro explica la Doctrina Cristiana todos los días a los pobres, a quienes se da de comer; otros acompañan al infatigable Padre de las Cárcenes; y de este modo se va glorificando a Nuestro Señor según nuestras pocas fuerzas, esperando abrir mayores campos y aumentar las fuerzas según la necesidad. Si el Señor se dignare llamarnos a Pietroburgo, Moska, Kerson, etc., cierto que habrá mucho que sufrir, como aun últimamente hemos sabido de un P. Franciscano, que ha estado en los tres dichos lugares y no ha podido durar. Parece que se verifica a la letra aquello de las dos turbas famélicas, una de cuidar, otra de ser ayudada; mas esta segunda, aunque se muere de hambre todavía padece náusea. Sea Dios bendito, que nos llena de buenos deseos de trabajar mucho a gloria suya. Vuestra Reverencia y todos rueguen por nosotros a fin de que nuestros defectos no retarden el curso de las Divinas Misericordias. De Juan Natal tendría mucho que decir a gloria del Señor, pero bastará esto, que el Filósofo se ha hecho *puer con pueris* con mucha y constante paciencia por llevarles a Cristo y hacerse a sí mismo semejante a Jesús, amante de los niños, y de este modo copiar un bello retrato de nuestro prototipo, esto es de Jesucristo Crucificado. Agustín Magnani, S. J.”

Al mismo tiempo envió este P. Agustín un papelito con una oración muy devota para pedir al Señor el restablecimiento general y glorioso de la Compañía, y la propone como un contrato espiritual a todos los que tengan gusto de entrar en él. Hela aquí, traducida del original latino: “Señor Jesús, recordando las palabras con que me llenaste de esperanza al decir que, ‘si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos’: te ruego, Señor Jesús, en unión de todos los que se han puesto de acuerdo conmigo, por tu Sacratísimo Corazón y por el Santísimo de tu Madre María, que el último acto de nuestra vida sea sobrenatural y un acto de perfecto amor de Dios; y que nuestra Compañía de Jesús sea restablecida cuanto antes en todo el mundo, y mejor que antaño. Padrenuestro, Avemaría y el Salmo *A Ti, Señor, me acojo*”.

## **16. Muerte del R. P. Stanislaw Czerniewicz**

Nueva carta del P. Agustín Magnani, esta vez con la triste noticia del fallecimiento del P. Vicario General del P. Vicario General Stanislaw Czerniewicz. Al parecer llevaba algún tiempo sufriendo de úlceras en una pierna. Había ido a una granja del Colegio de Polock, llamada Stayki. El 6 de julio de 1785 celebró la Misa con mucha devoción. Después de la comida sintió fuertes dolores de estómago. Y el 7 al mediodía murió. El cadáver fue llevado

al antiqüísimo templo, anejo a nuestra Casa de Campo, donde luego fue sepultado, por no permitir las Leyes del Estado enterrar a los muertos dentro de las Ciudades.

El miércoles 12 de octubre de ese mismo año publicó la Gaceta de Venecia un extenso artículo sobre la vida y obras del P. Czerniewicz, a manera de 'elogio' suyo que merece reproducirse en este lugar: "Nació en el seno de una ilustre familia del Gran Ducado de Lituania el 15 de agosto de 1728. Apenas cumplidos sus 15 años de edad, el 16 de agosto de 1743, ingresó en el Noviciado jesuítico de Vilna. En todos sus aspectos y cualidades, tanto en virtud como en ciencias, tanto durante su época de escolar como de profesor, fue siempre a la cabeza de quienes más se distinguían. El P. Ricci, General de la Compañía, lo llamó a Roma en calidad de Sustituto y de Procurador General de la Asistencia de Polonia. Vuelto a su patria, en 1770 fue nombrado Rector del Colegio de Polock en la Rusia Blanca. Y en el tiempo de su Rectorado, a raíz del primer reparto de Polonia (1772), se encontró incluido en la Franja Rusa, juntamente con otros 3 Colegios, 2 Residencias y 6 Misiones. No había pasado todavía un año, cuando se promulgó el famoso Breve con el que Clemente XIV extingüía la Compañía (1773). El Provincial de Masovia, P. Sobolewski, sabedor de que la Dieta estaba dispuesta a acoger el Breve e intimarlo a sus súbditos, pero dudoso aún sobre lo que haría la Emperatriz Rusa, nombró Vice-Provincial de la Rusia Blanca al Rector del Colegio Máximo de Polock, que fue llamado a Pietroburgo con ocasión del Breve de Extinción". El 'elogio' continúa aseverando con firmeza que el P. Czerniewicz no fue desobediente o refractario. "Bien sabía que un tal Breve no concernía ni a fe ni a costumbres, y que sólo concernía a disciplina mutable, y consecuentemente que su naturaleza era la misma de tantos reglamentos de Papas a los que tantos Personajes ilustres, incluso elevados al rango de Santos, había rehusado muchas veces no aceptar". El autor acumula reiteradamente hechos históricos probatorios de tales rechazos. Baste citar los dos primeros: "El mismo Apóstol Pablo había echado en cara al Apóstol Pedro, Primer Supremo Pontífice: Me enfrenté con él cara a cara, porque era censurable (Gal.2,11)". "Y San Policarpo, discípulo de los Apóstoles y próximo al tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, no consistió nunca en suscribir la opinión del Papa San Aniceto, con sentimiento de éste, acerca del tiempo en que debía celebrarse la Pascua". Y después de recordar esos hechos históricos, el autor prosigue: "El P. Czerniewicz sabía perfectamente todo esto, repito. Y sin embargo no se atrevió a seguir la senda que había abierto y explanado tantos Santos y por tantos siglos, queriendo mostrar al Breve del Papa una obediencia sin ejemplo hasta entonces. Por eso remitió a Su Majestad, la Emperatriz de todas las Rusias, una Memoria para que a los jesuitas de la Rusia Blanca les fuese permitido conformarse con la voluntad del Sumo Pontífice, prometiéndole al mismo tiempo que ellos, aun secularizados, se dedicarían con el mismo celo y ardor que antes para ser útiles al país. Pero la gran Catalina comprendía muy bien que toda la fuerza y virtud del Instituto de los jesuitas dependía del vínculo con las Religiosas Constituciones; y que suprimir el tal vínculo era lo mismo que cortar la cabellera a Sansón y transformar a un vigoroso atleta en un hombre débil y lánguido. En consecuencia, la Emperatriz rehusó el Breve y publicó un Edicto para impedir que el Instituto y Gobierno de los jesuitas sufrieran el más mínimo cambio en su Imperio. Y con este sólo Edicto hizo lo que no hubiera logrado sacando considerables sumas de su Tesoro. De hecho, en cuanto se propaló por Europa tan gran suceso, se vio que los jesuitas, a quienes se había intimado la supresión, abandonaban sus patrias y corrían en masa y a sus propias expensas hacia la Rusia Blanca, a fin de consagrar de nuevo sus talentos y sus luces el servicio de su antigua Compañía. El difunto Vicario General dio además una evidente prueba de su escrupulosa sumisión al Breve de Clemente XIV. Aun cuando la Compañía había permanecido íntegra en la Rusia Blanca, transcurrieron 6 años sin que se atreviese a recibir Novicios a pesar de haberse construido ya el Noviciado de Polock, y no quiso inaugurarlos hasta después de haber obtenido el 28 de junio de 1779 el permiso formal y auténtico, y haber sido publicado en todas las Iglesias por el celoso e ilustre Ordinario del Lugar. Finalmente, a tenor de la Orden de 18 de julio de 1782 dada por la Serenísima Emperatriz y debidamente informado nuestro Ilustre Prelado, los jesuitas de la Rusia Blanca,

reunidos en Congregación General, eligieron el 17 de Octubre de 1782 Vicario General, con toda la autoridad de General al P. Czerniewicz, que ha vivido en tal cargo dos años, 9 meses y un día.

### 17. 2ª Congregación General Rusa

El día 8 de julio de 1785, en presencia de los Profesos de este Colegio, el Profeso más antiguo de todos abrió el sobre dejado para el caso por el difunto P. Vicario, que nombraba Vicario General hasta nueva Congregación al P. Gabriel Lenkievicz, Rector del Colegio de Polock, a quien toda la Comunidad acudió a continuación a besarle la mano.

La Orden de la Corte para la elección de Vicario General, solicitada por el Vicario General en funciones, conformada por el Ilmo. Benislawski y firmada el 22 de julio, fue directamente entregada a éste, por lo que Benislawski se halló en Polock al tiempo de la Congregación. Y éste aprovechó la ocasión para declarar ante los Congregados, con toda solemnidad y con juramento, cómo había oído al Papa Pío VI aprobar y confirmar la Compañía de Jesús de Rusia *vivae vocis oraculo*.

En setiembre se juntaron en Congregación los 30 Profesos que habían de participar en ella. Y el 27 de setiembre según el cómputo antiguo, día de los Santos Mártires Cosme y Damián (día glorioso y de mucha devoción para todos los jesuitas por ser el 245º aniversario de la aprobación de la Compañía por Paulo III), al primer escrutinio salió elegido por Vicario General el mismo P. Gabriel Lenkievicz. En la Congregación participaron dos italianos, los PP. Luis Panizzoni y Agustín Magnani, a quienes debemos sendas cartas sobre lo sucedido en ella, así como una tercera al alemán P. Columbano Pfeifer. El P. Panizzoni rebosa de gozo, de alegría y consuelo, no solamente por el suceso mismo de la Elección, sino también por la unión y concordia de unos con otros, aunque de tan diferentes Naciones, por el espíritu y fervor, por el amor tiernísimo de todos a la Compañía de Jesús, y por la exactitud y esmero con que se observaban aun los más menudos ápices del Instituto de San Ignacio.

El P. Magnani se encargó de comunicar menudamente los asuntos posteriormente tratados. La Congregación confirmó lo que se había determinado en orden a la reunión de los que habían sido jesuitas en otras partes hasta la intimación del Breve de Clemente XIV: a los antiguos Profesos no se les obligaba más que a hacer 8 días de Ejercicios, a confirmar privadamente su Profesión y a entregar a los Superiores un ejemplar de ella firmado de su puño. A los no Profesos se les contarían los años pasados después de la extinción de la Compañía, y después de un año se les admitiría a los Últimos Votos. A instancia de muchos, aun de italianos, americanos y españoles residentes todavía en Italia, se había presentado un Postulado sobre la Devoción al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen, que se aprobó en el sentido de que se dijese todos los días en la Letanía de los Santos la oración del Sagrado Corazón de Jesús y que se hiciese todos los años y en todos los Colegios un Solemne Triduo; y así mismo se determinó que todos los sábados se dijese la Letanía de la Virgen. Y una y otra cosa en acción de gracias por haberse conservado con tantos prodigios la Compañía de Jesús en la Rusia Blanca aquella Provincia y para alcanzar del Cielo su restablecimiento glorioso en todas partes. Sobre cosas de estudios se hicieron también varios Reglamentos oportunos. Los PP. Congregados tuvieron más tiempo y sosiego que en la otra Congregación, ya que ésta hubo de concluirse con cierta prisa por haber debido marchar pronto a la Corte el Vicario General. Y sobre todo se deliberó con reflexión y madurez, y se resolvió con paz y concordia lo que pareció más acertado.

Por su parte, el P. Pfeifer subraya también el gozo de todos por la misma elección y por la prontitud con que se logró. “La alegría se manifestó paladinamente en el canto del *Te Deum* mientras nos dirigíamos al templo. Hubo varios Electores que no pudieron contener las lágrimas. Acabado el Himno Ambrosiano, se pasó al besamanos. El nuevo P. Vicario General se mostró un tanto conmovido hasta que logró recuperar su habitual serenidad. Fueron entonces elegidos PP. Asistentes el lituano Kareu, el alemán Wichert, el polaco Lubowicki y el italiano Rakiety. Y como Admonitor el P. Loustia. Cuando escribo esto, son 13 los

Novicios, uno de los cuales está a punto de terminar el Noviciado, tres muy recientes y uno que todavía no ha recibido la sotana. De todos éstos sólo 7 son Escolares”.

No es extraño que el P. Luengo concluya en el año 1785 su Diario con estas consideraciones esperanzadas: “La mínima Compañía de Jesús, a pesar de todos los esfuerzos y astucias del Infierno en perderla y arruinarla, se conserva, y cada día más firme, más constante y más inmóvil en aquel rincón de la Rusia Blanca. Allí crece y aumenta alguna cosa con los que vienen de fuera y con los Novicios que recibe. Y aquellos jesuitas, en número de 172, como consta por el último Catálogo, juntamente con otros muchos, a quienes no se ha intimado el Breve de Extinción, forman la presente Compañía de Jesús, no poco numerosa, aunque solos los de Rusia estén reunidos más propiamente en forma de Cuerpo y distribuidos en algunos Colegios y Residencias. Estos aguardan con ansia y al mismo tiempo con resignación el momento favorable, destinado por el Cielo, para extenderse por el Imperio Ruso y sacrificarse al servicio de la Religión, trabajando entre tanto gloriosamente en el país en que están establecidos”.

En otra carta fechada a 26 de enero de 1786, el P. Pfeifer asegura que la Emperatriz Catalina ha confirmado por su parte la elección del nuevo Vicario General de la Compañía, y que por medio del Senado se han remitido al Gobernador de la Rusia Blanca y al Ilmo. Sr. Arzobispo de Mohilow cartas públicas y autorizadas aprobando la dicha elección; con este paso de la Corte el nuevo Vicario General queda sólidamente reconocido y establecido.

## **18. Misiones apostólicas**

El mismo P. Pfeifer indica en esa carta que han padecido un insólito cambio de tiempo y han pasado unas vacaciones navideñas con un frío espantoso. Y a continuación cuenta su destino a la Misión de Dagda, para sustituir al celosísimo Misionero P. Miguel Roth, recién fallecido. Para mayor detalle adjunta un elogio del mismo, publicado en la Gaceta de Varsovia. El P. Miguel Roth era alemán de nacimiento. Entró en la Compañía y recién ordenado Sacerdote, todavía joven, se ofreció a trabajar en las Misiones. Era de poca salud y de complexión muy delicada. Sus Superiores le destinaron a la Misión de Dagda, en la actual Estonia, fundada por una piadosa viuda de Minsk, hermana del Obispo de Smolensko.

“No parece que se podía creer lo que en esta relación se nos asegura de un modo digno de crédito; y esto es que en un rincón de Europa, no distante y aun rodeado en alguna manera de Provincias y Reinos que han sido por muchos siglos Católicos, o por lo menos Cristianos, hubiese todavía en estos tiempos una Nación, y no poco numerosa, tan inculta, tan bárbara y tan feroz como las más salvajes de América, con una lengua tan propia suya que en nada se parece a las de las Naciones vecinas, y, lo que es más que todo, sin más religión que algunas supersticiones que les habían quedado del Paganismo, haciendo todavía sus sacrificios a las encinas y a los castaños. Así se nos pintan estas gentes a cuya conversión se dedicó este fervoroso Misionero. Y para decir mucho en pocas palabras basta asegurar aquí que en 35 años de Misión, aprendiendo con increíble trabajo aquella lengua extrañísima y escribiendo en ella varios libritos oportunos, ganando el corazón de aquellas gentes con su mansedumbre, dulzura y beneficencia, instruyéndoles, bautizándoles, predicándoles y haciéndoles todo el bien que ha podido, ha hecho de tantos brutos otros tantos hombres racionales, y de tantos idólatras y supersticiosos tantos fieles adoradores de Jesucristo y fervorosos Cristianos. Es esto tan cierto que se llega a asegurar en el dicho artículo que en los días de fiesta entre año y en los Domingos, con asombro de los forasteros, se veía un concurso tan grande a recibir los Sacramentos de la Penitencia y Comunión como en una Ciudad Católica bien poblada en las Solemnidades de Pascua”.

“Ya mayor, no pudiendo ir a la Iglesia por su males y mucha debilidad, se hacía llevar, a ejemplo de San Juan Evangelista, en una silla con ruedas, y aun en un estado tan deplorable se empleaba en predicar, confesar y ayudar de todos los modos posibles a sus amados Hijos en el Señor. Hasta en su última enfermedad prosiguió trabajando en beneficio de sus queridos Neófitos, no pareciéndoles que era vivir si no se empleaba en hacerles algún bien. Así murió,

rodeado de sus Hijos, llorado amargamente por todos ellos y aclamado con razón como el Apóstol de Letonia. Y murió puntualmente, como para confirmación de su fervoroso Apostolado el mismo día 3 de diciembre del año pasado de 1785, en el que se celebra la fiesta del grande Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, a quien verosímilmente había tomado el P. Roth por su guía, modelo y abogado en su penosísima Misión”.

El P. Pfeifer indica que no es este P. Roth el único Misionero cuya pérdida lloran aquellos Padres de Rusia. Antes en la misma carta da noticia de la muerte de otro celoso y dignísimo Superior de otra Misión dependiente del Colegio de Duneburg, aunque no cuenta en particular sus trabajos y el fruto de ellos. Pero esto en realidad no debe causar mucha admiración, pues siempre, en todas las Provincias y en todos los países, supo la Compañía de Jesús, con la gracia del Señor, formar en su seno excelentes Varones Apostólicos y Misioneros celosísimos. Y resulta más prodigioso que en estos tiempos se sigan encontrando tantos hombres de una piedad poco común y de una santidad y virtud verdaderamente extraordinaria y singular.

### **19. Historia compendiada**

A mediados de junio de 1786 se recibió en Bolonia una breve historia compendiada de la Compañía en la Rusia Blanca, escrita por el P. Natal Magnani. El P. Manuel Luengo la juzgó muy estimable, la tradujo al castellano y la asumió en su Diario. Aunque se repitan en ella sucesos ya conocidos, aporta algunos detalles concretos e interesantes que pueden resultarnos novedosos. De ahí que me haya decidido a insertarla aquí.

Empieza la historia en el año de 1772 y ya hacia el fin, cuando la Emperatriz Catalina II entró en posesión de aquella parte de Polonia, a lo que se siguió que todos los Cuerpos hiciesen juramento de fidelidad, y la Soberana prometiera por su parte no inquietar a nadie con motivo de su Religión y de su estado. Respecto a la Compañía de Jesús hubo particulares dificultades por antiguas leyes del Imperio, que ordenaban expresamente que jamás se admitiese un jesuita en el Estado. No obstante, la Emperatriz abrogó dichas leyes y, no queriendo seguir el ejemplo de tantos Monarcas que les habían desterrados de sus Reinos, quiso resueltamente conservarlos en su Estado. Y así fue a Pietroburgo el P. Stanislaw Czerniewicz, Rector de Polock, a hacer juramento de fidelidad en nombre de todos los jesuitas de Rusia, y en esta ocasión conoció al Conde de Czernicheff, y le dio a conocer la Compañía, y éste fue después, siendo Gobernador de la Rusia Blanca, su protector y conservador.

Por febrero del año 1773 volvió a Pietroburgo de esta expedición el P. Stanislaw, y por setiembre del mismo año llegó allí la tristísima nueva de la extinción de la Compañía por el Papa Clemente XIV. Pero, antes que se acabase el siguiente mes de octubre, ya vieron por una parte un severísimo Edicto de la Corte que prohibía la introducción y publicación del Breve, y por otra una Orden de su Obispo de Vilna de que se estuviesen tranquilos en su estado hasta que se les mandase otra cosa. ¿Qué razón puede haber de dudar que aquellos jesuitas podían estarse quietos y tranquilos y seguros en su conciencia, y esperando que por alguna parte se les hiciese saber con la legalidad conveniente el Breve de Extinción? Pero no se contentaron con esto y dieron muchos pasos, practicaron muchas diligencias y suplicaron de palabra y por escrito en orden a conseguir de la Corte que diese su consentimiento para que se les intimase el Breve del Papa. Ejemplo de obediencia y de respeto a la Silla Apostólica, que tendrá pocos semejantes en toda la Historia Eclesiástica, y que con mucha razón asombró a toda la Corte y a sus principales Ministros. Y hasta mereció elogios del Ilmo. Stanislaw Siestrzencevicz, que con el título de Obispo de Mohilow entró por aquel tiempo en la jurisdicción episcopal de aquella Provincia, separada de la Diócesis de Vilna, y que por entonces era muy contrario a los jesuitas.

La Corte estuvo constante en su resolución de no admitir el Breve de Extinción de la Compañía, y el P. Stanislaw, en calidad de Vice-Provincial por Rector del Colegio Máximo, empezó a gobernar aquella media Provincia, compuesta de 201 jesuitas, y él mismo tuvo

mucho cuidado de informar de todo menudamente al Nuncio del Papa, Monseñor Garampi, asegurándole al mismo tiempo que los jesuitas siempre estaban prontos a obedecer a la Silla Apostólica. Y lo mismo practicó después con su sucesor Archetti. Pero los dos guardaron una misma conducta y política de no responder una palabra, ocupándose entre tanto, especialmente el último, en discurrir medios y arbitrios para lograr la intimación del Breve de Extinción e infamarlos en Europa. Ninguno, pues, de los dos Nuncios, ni el Obispo de Vilna, mientras tuvo jurisdicción, ni el que le sucedió en ella, han hablado jamás una palabra en orden a intimación del Breve con que se extinguió la Compañía. Todos cuatro, y son los únicos que podían haberlo intimado legítimamente, han respetado, como era justo, el Edicto de la Corte.

Pero no han faltado algunos temerarios, que sin autoridad para ello, han procurado de un modo o de otro se diese ejecución al Breve. Dos ejemplares de éste fueron enviados desde Vilna, por persona a quien no se quiere nombrar, a dos Sacerdotes, para intimarlos a los jesuitas, procurando sacar el permiso de los Justicias. Pero, por haber tardado en presentar los dichos ejemplares, fueron desterrados del Estado. Más daño que éstos hizo a aquellos jesuitas el Ilmo. Félix Jovianski, Francisco Conventual y discípulo en Roma del Papa Ganganelli, Obispo Sufragáneo en la Rusia Blanca, aunque ya sin autoridad alguna en aquella parte de la Provincia. Éste, con cartas anónimas, esparcidas en el público y remitidas a los mismos jesuitas, sobre la obligación de conformarse al Breve de Clemente XIV, y prohibiendo a sus Religiosos asistir como antes a la fiesta de San Luis Gonzaga, a la que se siguió que los Basilio y Dominicos dejasen de asistir a las de San Estanislao y San Ignacio, les hizo mucho mal, aunque de todo se arrepintió más adelante, se reconcilió con los jesuitas y el año de 1782 murió en un Colegio de la Compañía, en donde estaba hospedado. Y su entierro se hizo en aquella Iglesia por los jesuitas la víspera de San Luis Gonzaga, habiendo muerto el día antecedente. A ejemplo de este Religioso Conventual, otros muchos de varias Órdenes trataron de desacreditar a los jesuitas en los pueblos, haciendo sospechosas las confesiones en sus Iglesias, llamándoles desobedientes al Papa, y aun hubo quien tuvo la osadía de llamarles desde el púlpito cismáticos. El nuevo Obispo por su parte les mortificaba mucho, no quería ordenar a los jóvenes y quiso entrar en el gobierno interior de los Colegios. Este estado de abatimiento y tribulación, que a pesar de la protección de la Corte, duró varios años, sacó de la Compañía muchos, especialmente de los jóvenes.

Llegó finalmente el año de 1779, en el cual, habiendo concurrido por una parte que la Corte hubiese entrado en deseo de que se conservasen y multiplicasen los jesuitas, cuya industria y aplicación a la juventud le había agradado mucho, y por otra que al Obispo de Mohilow se le hubiesen enviado de Roma facultades muy amplias sobre todos los Regulares del país, el dicho Ilmo. publicó el día 29 de junio una Pastoral en la que dio facultad a los jesuitas para recibir Novicios. Y aquí, sin decir el Historiador una palabra sobre los manejos que hubo en el negocio entre el Nuncio, el Arzobispo y la Corte, pasa a contar los extranjeros que se han agregado a la Compañía en los años siguientes a la apertura del Noviciado: desde 1780 empezaron a entrar Novicios y ex-jesuitas tanto polacos como de otras naciones; en 1780 un bohemio, un húngaro, un alemán, un italiano; en 1781 otro italiano; en 1782 un americano venido desde Popayán; en 1783 cuatro italianos; en 1784 cuatro italianos y dos alemanes; en 1785 un italiano y un alemán; y en 1786 esperamos alemanes y franceses. Sin contar los Coadjutores Temporales extranjeros ni los Polacos, Padres o Hermanos. Y no pueden omitirse dos Padres, que aunque vivieron mucho tiempo fuera del Imperio Ruso, nunca fueron secularizados: uno, al oír que en 1776 se había promulgado el Breve en Silesia y temiendo que pudiera promulgarse también en Borussia (aneja a la Provincia Lituana), se acogió al Colegio de Duneburg; el otro en 1781, cuando parecía inminente la promulgación en Regiomonte de Borussia, también huyó a Polonia. Y además hay que contar a siete Escolares de la Provincia de Lituania que en 1773, antes de la promulgación del Breve en Vilna, se fueron a Duneburg.

En el año de 1782 fue nombrado Arzobispo por la Emperatriz el Obispo Stanislao y su Coadjutor el Canónigo Benislawski, al cual y al Conde Czernicheff debieron aquellos jesuitas que se les diese facultad este mismo año de juntarse en Congregación, como lo hicieron, y fue en ella electo Vicario General, con todas las facultades de Prepósito General de la Compañía, el P. Stanislao Czerniewicz, hasta entonces Vice-Provincial y Rector de Polock. Tardaba Roma en despedir las Bulas para el nuevo Arzobispo y para su Coadjutor, y la Emperatriz resolvió enviar a Roma al mismo Coadjutor Benislawski. Y esta determinación fue causa de que el Santo Padre pensase en el despacho de este negocio y escribiese a la Emperatriz ofreciendo enviar a su Corte un Nuncio con el Palio para el Arzobispo y consagrar por sí mismo en Roma a Benislawski. Pareció mejor que todo lo hiciese el Nuncio en Pietroburgo, y así, vuelto Benislawski de Roma a Pietroburgo, trajo las tres pretensiones del Palio para el Arzobispo, de las Bulas para sí y de la Confirmación para la Compañía. Y, después que se vencieron algunos ridículos embarazos puestos por el Nuncio Archetti, fue allí consagrado por éste, que hizo también la ceremonia de imponer el Palio al nuevo Arzobispo.

El P. Vicario General Stanislao Czerniewicz vivió pocos años después de su elección y falleció el día 18 de julio del año pasado de 1785. Y en el mismo año, a 8 de octubre, en Congregación General fue elegido por su sucesor el R. P. Gabriel Lenkievicz, que ahora gobierna con autoridad de Prepósito General aquel pequeña Compañía de Jesús de Rusia. Este viene a ser el compendio histórico del modo con que se ha conservado la Compañía de Jesús en Rusia, escrito por el P. Natal Magnani, que tiene todos los papeles en la mano. Y cuando los tiempos lo permitan se verá sin duda escrita por él mismo o por otro una historia circunstanciada y muy curiosa sobre este mismo asunto.

A la narración histórica del P. Natal Magnani añade su hermano, el P. Agustín, una relación exacta y menuda de las Misiones que tiene allí la Compañía, particularmente de la de Dagba, en la que tanto trabajó el célebre Misionero Roth, de quien especifica que nació el 1º de octubre de 1721, ingresó en la Compañía en 1737 e hizo su Profesión Solemne en 1755. Anota además que visitaba con frecuencia las casas de aquellas gentes, consolaba a los enfermos y les ofrecía las medicinas que traía de Riga, adonde iba cada año a conseguirlas. Y que compuso cuatro libros: uno de oraciones, otro de Doctrina Cristiana con preguntas y respuestas, otro de Historia Sagrada y otro con un breve Catecismo. Después enseñó a leer a los niños.

El P. Agustín explana a continuación más en general los estudios, la observancia religiosa de los jesuitas de la Rusia Blanca, los ministerios que ejercitan. Concreta que los Nuestros son 203: 95 Sacerdotes, 228 Escolares y 80 Coadjutores, aunque parece ceñirse sólo al conjunto *de personis in gradus tributis*. Señala que hay 77 en el Colegio de Polock, 25 en el Duneburg, 20 en el de Orsa, 19 en el de Mszislaw, 15 en el de Witebsk y 16 en el de Mohilow; y quizá prescinde de los que están en Residencias, Misiones y Noviciado. Admonitor del P. Vicario es el P. Loustia y Asistentes los PP. Kareu, Rector de Polock, Jerónimo Wichert, Rector de Orsa, Francisco Lubowicki, Provincial y Rector de Duneburg (donde está también el Terceronado), el P. Rakiety, al mismo tiempo Secretario de la Compañía y Socio del P. Provincial. Al italiano P. Panizzoni se le había encargado la tarea de recopilar las Instrucciones aún inéditas de los Generales, sus Respuestas y Prescripciones, para que todo pudiera observarse de acuerdo con las normas del Instituto.

Y concluye con una intensa acción de gracias al Sagrado Corazón de Jesús, cuya devoción florece allí maravillosamente y se reaviva continuamente mediante la Exposición mensual del Santísimo Sacramento y las frecuentes Comuniones ofertadas en todos nuestros templos. “Nuestra esperanza está anclada en este Divinísimo Corazón, en el que se esconde la fuente inagotable de todos los bienes. ¡Ojalá todos imitemos sus virtudes y ardamos en su celo!”.

De ahí, además, que todo merezca la aprobación de la Corte, de los Ministros, de los Gobernadores de la Provincia, y generalmente de todas las gentes del país, de todas clases y condiciones, de legos y eclesiásticos, y no menos de los Religiosos que de los Sacerdotes

Seculares. Y que no haya actualmente en aquel país persona alguna que no les tenga por verdaderos jesuitas. Con esto se hallan contentos y trabajan gustosos con empeño y aplicación en la Rusia Blanca, suspirando siempre porque llegue el momento feliz en que les sea permitido extenderse por todos el Estado.

## **20. Más reinserciones**

Con ocasión de una persecución de los Católicos en China, pocos años después de la extinción de la Compañía por Clemente XIV, regresaron a Europa algunos de aquellos ex-jesuitas misioneros. Y aun en 1786 llegaron uno o más Coadjutores, que, habiendo sido muy cortejados en la Corte de Varsovia y en otras partes, se han incorporado en la Compañía de Jesús de Rusia, y han sido allí muy bien recibidos, así por las noticias que pueden dar del país de China, como por sus talentos y habilidades.

En contraste con estas nuevas reinserciones reviste cierto gracejo el episodio contado por el mismo protagonista a su paso por Bolonia en mayo de 1786. Monseñor Pacca, nuevo Nuncio en Colonia, quiso llevarse consigo como Secretario o Teólogo al P. Carlos Bulardi, ex-jesuita natural de Roma. Por supuesto, era necesario pedir previamente a Su Santidad su permiso. El Papa accedió gustosamente en ello. Y en la audiencia de despedida Pío VI, un tanto festivamente, le espetó a Bulardi: “Temo que desde Colonia os habéis de escapar para ir a haceros jesuita en Rusia”. Con ello aludía claramente el Papa a lo hecho por varios jesuitas italianos, marchados a la Rusia Blanca para reincorporarse a la Compañía. “No, Beatísimo Padre –fue la respuesta–, yo no me escaparé a Rusia, porque espero ser presto jesuita sin ir tan lejos”. Y el Papa aplaudió su respuesta con un “¡Bravo, bravo!”, como se usa en Italia.

## **21. Paso de Catalina II por Mszislaw**

El 12 de enero de 1787 emprendió un gran viaje desde su Corte de Pietroburgo a sus nuevos Estados en Crimea. Y hacia el 29 de enero llegó a la Ciudad de Mszislaw, en la que tienen los jesuitas de Rusia un pequeño Colegio. Toda la Ciudad se iluminó a la entrada de la Emperatriz, que fue poco después de haber anochecido, y la iluminación del dicho Colegio con gran número de luces, con muchos jeroglíficos, emblemas y pinturas, estaba de un gusto muy particular y exquisito, y hacía un golpe de vista extraordinario y singular. Una casualidad, que nadie pudo prever, hizo que sobresaliese más y se hiciese más notable un pequeño obsequio de aquellos jesuitas a su benéfica y amantísima Soberana. Un viento fuerte, que se levantó de repente, apagó o deslució en gran parte la iluminación de otros monumentos. Pero la de la fachada de nuestro Colegio, o por el sitio en que está o por la dirección del viento, no padeció cosa alguna y se conservó con toda su hermosura, lucimiento y esplendor. Acudieron a aquella Ciudad los dos Obispos Católicos de la Rusia Blanca, Latino y Griego, y acudió también, como era justísimo el P. Vicario General de la Compañía de la dicha Provincia de Rusia.

Fue muy breve la detención de la Emperatriz en aquella Ciudad, como suele ser en todas, no siendo las Capitales o habiendo alguna razón particular para detenerse. Con todo eso, se dignó la Augusta Soberana admitir a su audiencia a nuestro P. Vicario General por un buen rato de tiempo. En esta ocasión no sólo practicó el P. General para con la Emperatriz todos los habituales actos de obsequio, de reverencia y de acción de gracias por sus singulares beneficios, sino que se atrevió a presentarle un libro de composiciones poéticas que sus súbditos han compuesto el elogio de Su Majestad y en muestra de su reconocimiento por sus muchos y particularísimos favores. La Emperatriz, según escriben los mismos jesuitas de Rusia, recibió el presente del P. Vicario General con muestras de muy particular gusto y contento, le dijo al mismo Padre muy tiernas expresiones de cariño y estimación de su persona, de la Compañía y de sus Hijos, y le renovó las seguridades de su poderosa y augusta protección.

Con ella están segurísimos de conservar su estado en aquel país y en este particular están ya en el día tranquilos y sin el menor susto. Y esta misma seguridad es causa de que

cada día tengan en mayor número pretendientes que desean unirse a ellos, ya de los que fueron antes jesuitas y ya también de jóvenes que quieren empezar a serlo. Pero la falta de rentas no les permite recibir sino muy pocos. No obstante, parece cierto que de la Ciudad de Augusta, en donde se conservan con poca mudanza los jesuitas, han ido a Rusia 7 jóvenes, y parece que, después que estudien y se críen allá, han de volver a su patria para ser en ella jesuitas propiamente, si ya entonces lo fuesen, o a lo menos como lo son ahora los que viven allí, y trabajar como éstos en todo género de ministerios y en la enseñanza. A este Colegio de Augusta, a lo que se ha asegurado, se le han vuelto finalmente en virtud de sentencia que se ha ganado, las haciendas que poseía en algunos Estados vecinos, y se las arrebataron el tiempo de la extinción de la Compañía. De este modo se halla mejor en estado de poder contribuir a la manutención de los 7 jóvenes que envía a Rusia y evitar que sean gravosos a aquellos Colegios.

## **22. Muerte de Carlos III**

En noviembre de 1786 llegó a Bolonia la noticia de que Carlos III, Rey de España, firmante de la Pragmática Sanción por la que los jesuitas fueron desterrada de todos sus Dominios, y cuyo Embajador Moñino presionó al Papa Clemente XIV para que firmase el Breve de Extinción de la Compañía de Jesús, había sufrido un prolongado desmayo. Un año más tarde volvió a sufrir otro semejante. Tenía ya la por entonces avanzada edad de 73 años. La quebrantada salud del Rey Católico, la poco robusta de su principal Ministro Moñino y la edad decrepita de su Confesor hacían vislumbrar un cercano cambio de posturas del Gobierno de Madrid respecto a los jesuitas. En el Ministerio se habían producido algunos cambios. Había sido nombrado D. Antonio Valdés como Secretario de Estado de las Indias, que no concordaba con Moñino en punto a jesuitas. Inopinadamente le había visitado el Príncipe de Asturias y ambos habían dialogado largamente. Con ocasión del segundo desmayo del Rey, el Príncipe de Asturias comenzaba a introducirse en el Gobierno de España.

Carlos III murió en Madrid el 14 de diciembre de 1788. El Diarista P. Manuel Luengo dedica una serie de páginas, empapadas en sincero cariño, a narrar y comentar su vida. Valgan los siguientes párrafos:

“No es juicio temerario en pensar que, en las cosas evidentemente malas, reprobables e injustas que se han hecho en su nombre, ha sido Carlos III engañado y sorprendido de tal modo que la sorpresa y el engaño le haya sido una excusa legítima en el Tribunal de Jesucristo. Así cuerdamente piensan muchos de los jesuitas a quienes yo trato y no habrá ahora entre todos los desterrados que no diga de corazón que así le haya sucedido. A la verdad, el carácter de Carlos III inclina no poco a pensar de esta manera. Por una parte era un Príncipe sin vicio alguno personal. Viudo desde la edad de 44 años, no ha dado motivo de que se diga de él en materia de castidad ni la más leve ligereza. Su porte era en todo regular y cristiano, asistiendo diariamente a Misa, frecuentando los Sacramentos y haciendo todos los días y en ciertos tiempos otras muchas acciones cristianas. La caza le llevaba mucho sus atenciones y mucha parte del día, pero no gastaba ni un cuarto de hora de la noche en los teatros. Era liberal y generoso, recto, justo, benigno, amante de sus vasallos, muy inclinado a hacer el bien a todos, compasivo y misericordioso, aun con los reos y culpables de graves delitos, de lo que se pudieran traer varios ejemplares. En realidad, no se podrá creer sin temeridad que un Monarca de este corazón hiciera gravísimos males a 5.000 Religiosos verdaderamente inocentes, sino por haber sido sorprendido y engañado de tal modo que les creyó reos de gravísimos delitos. Yo mismo he oído más de una vez en el destierro al P. Isidro López, que conoce el corazón y carácter de Carlos III tan bien como cualquier otro, de los que han estado cerca de su persona, que si su Confesor le hubiera dicho un día por a mañana: ‘Señor, los jesuitas son inocentes y es malo y ofensa de Dios lo que se ha hecho con ellos’, antes de la noche quedaba revocada la Pragmática Sanción con que fuimos desterrados de todos sus Dominios”.

“Por otra parte era por genio cándido, sencillo e inocente. No estaba dotado de ingenio particularmente perspicaz. Nada instruido y versado, como regularmente sucede a los hijos de grandes Príncipes, en cosas de mundo, en ardidés y astucias de los políticos, expuesto a persuadirse de que todos sus Ministros eran buenos, files, celosos o incapaces de hacer la menor injusticia, distraído del Gobierno por la malignidad de sus mismos Privados en fomentarle tanto la inclinación a la caza que ésta vino a ser su principal ocupación en todo tiempo, lo mismo con los fríos y nieves y rigores del invierno que con los ardientes calores del verano. Éste ha sido en la realidad Carlos III: un Rey en su fondo justo, benigno, buen cristiano, poco aplicado al Gobierno, entregado a la caza y muy satisfecho de estar bien servido de los Ministros. Con un Rey de este carácter sus Ministros favoritos y confidentes han tenido un poder absoluto e ilimitado para hacer cuanto han querido. Y por desgracia los eligió entre gente baja: D. Manuel de Roda, el P. Fray Joaquín de Eleta, D. José Moñino y D. Pedro Rodríguez Campomanes”.

De estos cuatro faltaban ya dos al morir el Rey: Roda había fallecido 6 años antes, en 1782, y pocos días antes de Carlos III, quizá el 3 de diciembre, emprendió el mismo camino a la eternidad su antiguo y estimadísimo Confesor, el Religioso Alcantarista Fray Joaquín. Los páginas, con que el P. Luengo le recuerda, son más bien duras y totalmente diversas a los dedicadas al Rey: el Diarista concluye calificándolo como “el más rabioso y perjudicial enemigo de la Compañía de Jesús”. Prefiero dejarlas en el olvido.

### **23. Coronación de Carlos IV**

Sucedió a su padre en el trono de España el Príncipe de Asturias, Carlos IV. Tenía ya 40 años, por haber nacido el 11 de noviembre de 1748. El Diarista P. Manuel Luengo narra con cierta extensión las fiestas celebradas en Madrid por la coronación del nuevo Rey. Empezaron el día 21 de setiembre, en que el Rey y la Reina y toda la Familia Real, con el tren y grandeza que por sí mismo se entiende, hicieron entrada o paseo público por la Corte. Al día siguiente hubo toros en la Plaza Mayor con todas las ceremonias acostumbradas en fiestas reales, asistiendo en público los Reyes, los Consejeros y toda la gente lucida de la Corte y forastera. Y el día 23 se hizo con la acostumbrada solemnidad la ceremonia de jurar el Príncipe de Asturias en la Capilla de San Jerónimo del Palacio del Buen Retiro, adonde fueron los Reyes y la Familia Real a pasar aquel día. En estos días de fiestas hubo mucha gala en la Corte, besamanos, iluminaciones y otras cosas como éstas. Y no faltaron tampoco con esta ocasión premios y promociones. A la ceremonia de Jura asistieron también, como miembros de las Cortes, una serie de Arzobispos y Obispos. “Y en estas Juntas de Obispos ¿no se ha hablado de los pobres jesuitas españoles desterrados a Italia? Nos lisonjamos de que algún otro de los Obispos, y en especial los de Orense y León, con gusto hablarían a favor nuestro si tuvieran esperanzas de hacernos algún bien. Pero no hay el menor indicio en carta alguna, y mucho menos en los efectos que se ven, de que los dichos Prelados ni algún otro se haya acordado para cosa alguna de los desterrados jesuitas. ¡Gran desconsuelo para nosotros que una Junta de 15 Arzobispos y Obispos de España, reunidos en la misma Corte, ni mire como una gravísima violación de la Inmunidad Eclesiástica el destierro notoriamente injusto, despótico y tiránico, por la malignidad de unos pocos Ministros, de 5.000 inocentes Sacerdotes y Religiosos!”.

En un primer momento, sin duda, los desterrados jesuitas españoles habían concebido la ilusión de que su suerte iba pronto a girar hacia un horizonte mejor. Pero poco a poco comenzaron a pensar que Carlos IV había heredado de su padre, con el trono, su decisión de abandonarles. Y es que comenzó por designar primer Ministro a su favorito D. José Moñino, Conde de Floridablanca. Y éste nombró Gobernador en propiedad del Consejo de Castilla a D. Pedro Rodríguez Campomanes y le condecoró con la Gran Cruz de la Orden de la Concepción y le dejó por Presidente de las Cortes. Poco después de las fiestas Carlos IV se marchó a Aranjuez para dedicarse a la caza. “Y el 28 de setiembre se firmó en Madrid el

funesto y durísimo despacho en el que se viene a ordenar que todos los jesuitas españoles, sin exceptuar uno, continúen para siempre en su destierro en Italia”.

“Un tomo entero no bastaría para trasladar la mitad de las expresiones de sentimiento, de disgusto y de indignación que se oían en todas partes en aquellos primeros días. Quién se mostraba indignado de que los astutos y malignos Ministros de Madrid hayan inducido también al bueno y justo Carlos IV a que nos condene, como su padre, sin darnos lugar a decir una palabra en nuestra defensa. Quién se horrorizaba de que los mismos hombres malvados hayan podido llegar a hacer a un Soberano tan piadoso y compasivo, tan generoso y benéfico para con todos sus súbditos, duro y despiadado para con solos los jesuitas, a quienes en otro tiempo estimó mucho y amó con ternura. No pocos se asombraban, más que de todo, de que haya podido ser engañada e inducida a que abandone también a los jesuitas españoles la nueva Reina D<sup>a</sup> Luisa, de cuyos talentos, memoria para con su abuela la Reina D<sup>a</sup> Isabel, amor a la Compañía y mucha cabida para con el Rey su Esposo, se prometían grandes cosas. Muchos, disgustadísimos de este país en que viven, y justamente deseosos de ver a los suyos y de pasar el resto de su vida tranquilamente sin los afanes, cuidados y aun peligro del destierro, se afligieron y consternaron extrañamente con este nuevo rayo o anatema, pragmática, despacho o decreto, que les condena a continuar viviendo desterrados en Italia”.

#### **24. Nuevas finezas del Príncipe Potemkin**

La desilusión de los ex-jesuitas españoles desterrados en Italia contrasta con la ilusión renovada de los jesuitas de Rusia, gracias a la cariñosa y constante proyección de Catalina II y del Príncipe Potemkin.

El viaje de la Emperatriz Catalina a sus nuevos Estados de Crimea, del cual volvió sin desgracia a su Corte, irritó tanto a los Turcos, que improvisadamente le declararon la guerra, encerrando en un Castillo, como ellos acostumbran, a su Embajador en Constantinopla. Y pasando de las palabras a las obras, han atacado ya los Turcos, aunque hasta ahora sin efecto, la plaza de Kerburg, que les debe de embarazar mucho para el feliz éxito en sus empresas militares. La Corte de Pietroburgo ha reaccionado y envía sus tropas al distante teatro de la guerra. El Príncipe Potemkin fue nombrado Generalísimo de los Ejércitos Rusos contra los Turcos y “este mismo año de 1789 ha dado a los jesuitas tales muestras de cordialidad y cariño, que prueban en él un amor y aprecio muy particular hacia ellos. Por el mes de marzo, después de haber dado las órdenes convenientes para la seguridad de la Plaza de Oczakow, gloriosa conquista suya por el mes de diciembre, se puso en camino hacia la Corte de Pietroburgo, y se detuvo una noche en una Ciudad en que estaba el P. Vicario General de la Compañía, y admitió la visita de éste, le hizo mil expresiones y le obligó a él y a su compañero a cenar con él a su mesa. Por el mes de junio dio la vuelta hacia el Ejército y un día, que se detuvo en la Ciudad de Orsa, convidó a comer en su Compañía al P. Vicario General y al P. Natal Magnani, su compañero, estuvo a visitarles en su Colegio y allí con suma dignación y familiaridad tomó un agasajo de refresco que le hicieron los Padres”.

A estas consoladoras nuevas hay que añadir la fundación de un nuevo Colegio fundado por el Conde de Czernicheff en la Ciudad de Czeczersk, que está en los confines de la Rusia Blanca, hacia el interior del Imperio. A él ha pasado a vivir el P. Agustín Magnani. “Y él mismo escribe que ya han empezado a trabajar y que está muy ocupado, así en los ministerios como en la enseñanza. Y se muestra muy contento porque espera hacer algún bien en aquellas gentes, y especialmente en los jóvenes, a quienes pinta de buena índole, de candor y docilidad”.

#### **25. Dos muertes muy sentidas**

Durante el bienio 1789-91 no hay novedades que señalar en esta nuestra historia de la ‘resurrección’ de la Compañía de Jesús iniciada en la Rusia Blanca. Se puede aplicar a este período lo que anota el P. Luengo al finalizar el año 1791: “En este año, de que acabamos de salir, ni para mal ni para bien ha habido mudanza alguna en el estado de la Compañía de

Jesús. No se ha restablecido en el menor rincón del mundo, pero tampoco se ha arruinado en donde, o propiamente y en cuerpo, como en Rusia y acaso en algún otro pequeño país de Alemania, o con menos propiedad y sin unión, como en Francia e Inglaterra, se había conservado hasta ahora. Las esperanzas del restablecimiento de la Compañía en el Reino de Polonia casi se han desvanecido del todo”.

Sin embargo, no debemos omitir dos noticias dolorosas: los fallecimientos de dos personas que han jugado un papel importante en las páginas precedentes. El día 2 de mayo de 1791 murió en Czeczersk de la Rusia Blanca, en donde se fundó poco tiempo ha un nuevo Colegio, el P. Agustín Magnani, natural de Bolonia, de cuya vocación para ir a incorporarse con los jesuitas de Rusia, después de haber vivido algunos años en la Compañía en Italia, viaje, llegada a Polock, y de otras cosas pertenecientes al mismo, así antes de salir de esta Ciudad de Bolonia, como desde que llegó a Rusia, se ha hablado en varias partes de este Diario. Con ocasión de su muerte ha escrito su hermano, P. Natal Magnani, una larga carta a una tía de ambos, y aun dice que escribirá su vida. En esa carta aparece el P. Agustín un insigne jesuita, un hombre exacto y fervoroso en todo lo que pertenece a la propia y personal conducta, un ejemplar Religioso, instruido en las cosas propias de un jesuita para la enseñanza y los ministerios, celosísimo de la salvación de las almas, gran propagador de la tiernísima devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y laboriosísimo hasta donde alcanzaban sus fuerzas. Y aun se tuvo por cierto, y él mismo tuvo algún escrúpulo al morir, que había muerto oprimido del peso de las ocupaciones de enseñanza, de sermones, de catequesis, de confesiones, de visitas a cárceles y hospitales, de asistencia a moribundos y de otras muchas cosas que llevaba sobre sí. Pérdida muy sensible para aquella pequeñita Compañía de Jesús, por ser un sujeto tan apreciable y tan útil, hallándose todavía en los 45 años de su edad, pues nació el 8 de mayo de 1746. Su muerte se ha sentido de un modo extraordinario en Polock, Mohilow y otras partes en que ha vivido, y sobre todo en la Ciudad de Czeczersk, donde ha muerto. El modo de su muerte ha sido algo singular. El mismo día 2 de mayo, lunes después del Domingo *in Albis*, en el que confesó toda la mañana e hizo otras muchas cosas, después de haber dormido bien, se levantó. Pero, sintiendo una extraordinaria debilidad, reconoció que estaba inminente su muerte. Se confesó, recibió el Viático y la Extrema Unción, y dos horas después de mediodía murió plácidamente.

El 16 de octubre murió en Jassi el Príncipe Potemkin de un modo muy extraño. En Galatz, en donde iba dando las disposiciones para el Congreso de la Paz con el Turco, se vio atacado de un mal contagioso que había en el país, y se retiró a Jassi. Y no teniendo por bastante sano aquel aire, siguió después de algunos días su camino, huyendo siempre del Danubio y acercándose al Dniester. Pero en este mismo viaje le apretó tanto su mal que se vio obligado a bajar de su coche en un despoblado y allí, a cielo descubierto, murió entre los brazos de los suyos. De sus talentos políticos y militares, de sus empresas en la Campaña y en la Corte, de la felicidad en todas ellas, de las grandes cosas que ha acabado en edad de 52 años, de sus títulos, honores, riquezas, favor y gracia de la Emperatriz, y de otras cosas como éstas, hablarán otros en sus historias. “Pero yo –escribe el P. Luengo– no debo hablar aquí sino de dos obras de este famoso Príncipe, que son muy propias de nuestro Diario, y una es ya pasada y antigua, y otra estaba en proyecto. La primera es la conservación de la Compañía de Jesús en la Rusia Blanca. La primera determinación de la Emperatriz de Rusia en conservar en sus Estados la Compañía no fue obra de este Príncipe Potemkin. Pero pocos años después entró a ser Gobernador de la Rusia Blanca y al mismo tiempo empezó a ser persona muy autorizada en la Corte, y poco más adelante árbitro absoluto en todos los negocios. Por tanto, se debe tener por cierto que todo lo que se ha hecho en Pietroburgo en estos 8, 10 o 12 años, ya para impedir la intimación del Breve de Clemente XIV a aquellos jesuitas y ya de alguna ventaja para ellos por otros títulos, se debe de un modo particular a este Príncipe Potemkin, que personalmente les ha hecho mil favores y finezas en todas las ocasiones que han ocurrido. La segunda, y sólo en proyecto, es la reunión de la Iglesia Griega Rusa a la Iglesia Católica Romana. Aquellos jesuitas de Rusia, a insinuación de este Príncipe, escribieron sobre este

asunto un libro, en el que se probaba que el único verdadero Centro de la Religión Cristiana es el Romano Pontífice. Potemkin lo leyó y quedó convencido y resuelto a emplear su brazo y todo su poder en esta grande obra de la reunión del Imperio Ruso a la Iglesia Católica Apostólica Romana. Y sólo faltaba, para poner con empeño las manos en ella, ajustar las paces en el Congreso que se debía de haber abierto en Galatz o en Jassi en el mes pasado de noviembre”.

## **26. Primeros fulgores de una nueva aurora**

El 28 de febrero de 1792 fue depuesto repentina y absolutamente de todos sus empleos y cargos el Excmo. Sr. D. José Moñino, Conde de Floridablanca, primer Secretario de Estado y del Despacho de Negocios Extranjeros, y por su mucha privanza con el difunto Rey Carlos III y con el presente Carlos IV por muchos años árbitro absoluto de todas las cosas de la Monarquía. Hay quien pensó que de la deposición de Moñino se iban a seguir mudanzas en la causa de los jesuitas. En España no se vio por el momento ningún cambio favorable. Sí, en cambio, se vislumbraron en otros sitios los primeros fulgores de una nueva aurora.

El Serenísimo Duque de Parma e Infante de España D. Fernando, viendo a la mitad del mes de marzo que ya no tenía poder en la Corte de Madrid D. José Moñino, ni otro hombre parecido a él en el furor contra la Compañía, contra sus Santos y todas sus cosas, determinó al instante celebrar este año con toda la solemnidad posible en la Iglesia del Sitio Real de Colorno la fiesta de San Luis Gonzaga y mostró deseo de que predicase el panegírico del Santo el ex-jesuita P. Gerardo Pennazzi, natural de la misma Corte de Parma, que, por estar desterrado como todos los demás jesuitas súbditos del Serenísimo Duque, vivía en la Ciudad de Forli, del Estado del Papa. Al instante se ofreció el P. Pennazzi a dar gusto a su Soberano, no obstante ser un hombre tan anciano que había cumplido ya sus 80 años de edad. Y algunos días antes de la fiesta de San Luis pasó por Bolonia, en buen estado de salud y bastante robusto, y se hospedó en una casa de jesuitas españoles, que le obsequiaron cuanto pudieron. Llegó el día de la fiesta de San Luis y el venerable anciano predicó su sermón con particular esfuerzo, con mucha devoción y ternura. Dadas las circunstancias de ser natural de Parma, de haber estado desterrado de su patria durante 24 años, de la novedad de la función, del esmero y magnificencia en todo, del numeroso concurso de gente distinguida y de la presencia y devoción de los Soberanos y de sus hijos, la fiesta resultó lucidísima y devotísima.

En la misma Corte de Parma, por determinación del mismo Duque o por devoción particular de la Archiduquesa María Amalia, su esposa, se celebró el mismo día otra fiesta al Santo y con no poca solemnidad. Y en ella hubo dos circunstancias muy dignas de notarse. Una, el haberse celebrado en la Iglesia del Colegio jesuítico de San Roque, que había estado cerrada no menos que 24 años, desde que fueron desterrados los jesuitas. La otra, el haberse dejado ver aquella mañana cinco jesuitas en los Confesonarios de aquella Iglesia, como hacían antaño cuando vivían en aquel Colegio. ¡Que espectáculo para la Ciudad de Parma a vuelta de 24 años que no veía abierta aquella Iglesia ni jesuitas confesando en ella públicamente! Aquel mismo día de San Luis se les entregaron las llaves de los aposentos del Colegio por si querían volver a vivir reunidos en su antiguo Colegio.

Más aún: los jesuitas de Parma habían tenido un Seminario de Nobles muy numeroso y lucido. Con motivo de su destierro a principio de 1768 habían tenido que dejarlo en manos de los PP. Escolapios. El Serenísimo Duque D. Fernando ordenó resueltamente que el Seminario volviera a las manos de sus antiguos Directores y Maestros, y que los ex-jesuitas desterrados de su Estado por más de 24 años, volvieran y se hicieran cargo de su dirección y enseñanza. Y esto se logró y ejecutó en los últimos días de octubre de 1792. Poco antes partió de Bolonia, donde residía, el P. Carlos Porcia, para hacerse cargo del Rectorado del Seminario. Y con él se congregaron otros ex-jesuitas, como el castellano P. Gervasio Gil, de la Provincia del Paraguay, para enseñar Física experimental. Los 13 ex-jesuitas allí reunidos resolvieron de común acuerdo vestir siempre de ropa talar y vivir en todo como jesuitas, esperando que la memoria de la Compañía, la buena educación tenida en ella, la caridad y

unión entre sí suplirán la fuerza de los votos religiosos. En todas las demás cosas del Seminario, como la administración de las rentas, economía interior y así de todas las otras, por voluntad expresa del Serenísimo Duque, habían de tener la misma libertad e independencia que antiguamente, cuando era suyo el Seminario.

Por supuesto, en cuanto a Rusia no se puede hablar de fulgores de aurora. Allí sigue brillando un sol esplendoroso sobre la Compañía de Jesús. Y conseguida la paz tras las victorias sobre el Gran Señor de Turquía, se abren nuevas perspectivas. A principios de 1785 se habían puesto en camino hacia Pietroburgo, por voluntad de la Emperatriz, tres jesuitas insignes: el P. Gruber, Matemático insigne, el P. Pfeifer, hombre sabio y muy instruido, y el P. Natal Magnani, joven de buenos talentos para todo. Al ser convocada la 2ª Congregación General, dichos jesuitas pidieron permiso para regresar a Polock. Lo obtuvieron a condición de estar dispuestos a volver de nuevo, cuando se les llamara. Al parecer ellos estaban enterados del porqué de la llamada a Pietroburgo, pero no podían revelarlo, dado el secreto que se les había impuesto. En todo caso, parece que, aunque en público se imaginaba por motivo de este viaje alguna obra de Matemáticas dirigida por el P. Gruber, capaz de cualquier cosa en este género, parece más creíble que fuera más bien algo relativo a la suspirada reunión del Imperio Ruso con la Iglesia Católica Romana.

## **27. Parma**

En 1789 se desencadenó la Revolución Francesa con toda su comitiva de horrores y ríos de sangre. El 21 de enero de 1793 Luis XVI fue ajusticiado en la guillotina. Su esposa M<sup>a</sup> Antonieta lo fue igualmente nueve meses después, el 16 de octubre. Toda Europa se estremeció. Y en particular los Duques de Parma: M<sup>a</sup> Amalia era hermana de M<sup>a</sup> Antonieta y Fernando pariente muy cercano de Luis XVI. El Duque se sintió aún más impulsado a proseguir el camino iniciado el año anterior. Tenía que librar a sus jóvenes del contagio de la Revolución y nada mejor para conseguirlo que volver a abrir los colegios de los jesuitas. En marzo de 1793 escribió a Pío VI que entregaba a los ex-jesuitas sus antiguos Colegios de Parma, Piacenza y Colorno. Y el 23 de junio de 1793 escribió a Catalina II de Rusia y al Vicario General de la Compañía pidiendo que se le enviara desde Rusia Blanca un jesuita con poderes para reincorporar a la Compañía, lo antes posible, a los ex-jesuitas que anhelaban hacerlo en el Ducado de Parma.

En el Colegio de San Roque, en el que ya vivían desde hacía tres meses algunos jesuitas, se celebró el 31 de julio de 1793 una fiesta magnífica, lucidísima y con un concurso numerosísimo en honor de San Ignacio de Loyola. Los Duques vivían habitualmente fuera de la Corte, pero aquella mañana fueron los dos a la Iglesia de San Roque y juntos hicieron oración y oyeron Misa delante del altar del Santo. El Duque recibió ese día a cuatro ex-jesuitas españoles, los PP. Martín Bergaz, Joaquín Zabala, Pedro Goya y José Echezábal. En efecto, sin haberlo solicitado por su parte, fueron introducidos a besar la mano de Su Alteza y el Duque los recibió con mucha humanidad y agrado y con muestras de aprecio y de compasión. Les detuvo en conversación familiar y bastante larga, y toda ella sobre el paso por aquella Ciudad de tantos millares de jesuitas españoles cuando él era jovencito, sobre las cosas de la Compañía, de la Iglesia y de la Religión, con mucho juicio e inteligencia, con no menor piedad, y como hombre que estaba fundadamente instruido de las causas de los presentes males y desconciertos. Y después de todo esto concluyó: “Ya era tiempo de que los Príncipes se desengañasen. Dios lo hará”. Hace dos años sólo pasar un jesuita por la Ciudad de Parma era un delito de Lesa Majestad, o poco menos, y era aún mayor en Madrid que en Parma. Pero ahora que ya no hay Abogados como Moñino ni otros hombres semejantes al lado del Rey Católico, el Duque Fernando, hermano de la Reina de España, no sólo acoge benignamente a sus vasallos jesuitas, sino que tiene también la bondad de admitirles a su presencia, de darles a besar su mano y de darles muestras de estimación.

En respuesta a la petición del Duque D. Fernando, el R. P. Gabriel Lenkievicz destinó a Parma a los italianos PP. Antonio Messerati, como Viceprovincial, Luigi Panizzoni y

Bernardo Scordialó, griego. Salieron en los últimos días del año de la Ciudad de Plozko, cruzaron Alemania con los caminos cubiertos de nieve y, a una hora de la noche del 7 de febrero de 1794, llegaron al Seminario de la Ciudad de Parma. Estos tres jesuitas habían viajado desde Italia a la Rusia Blanca hace algunos años, después de haberse abierto el Noviciado. Hay que notar una extraña concurrencia, no intentada ni siquiera imaginada de antemano por éstos: los tres jesuitas rusos entraron en el Seminario de Parma puntualmente en el mismo día y a la misma hora en que 26 años antes salieron de él los jesuitas desterrados que hubieron de encaminarse hacia el Estado Pontificio.

La mañana siguiente a su llegada los tres, vestidos modestamente como Sacerdotes Seculares, como con justos motivos habían hecho su viaje desde Plozko a Parma, fueron al Sitio de Colorno, en donde vivía de asiento el Duque y allí se detuvieron todo el día 8 y la mitad del 9, y fueron tratados no solamente con regalo, sino con muestras muy particulares de cariño y estimación. Y tuvieron largas audiencias del Duque y conferencias con su principal Ministro, el Conde Ventura, sobre el objeto de su venida. Presentaron por su parte las cartas de su Soberana, la Emperatriz Catalina, y las Órdenes del Vicario General de la Compañía, el R. P. Gabriel Lenkievicz. Por otra parte se informaron sobre el estado en que tenía la cosa el Duque, especialmente por lo que toca al Papa, a fin de dar al instante el paso decisivo en el negocio o para suspenderlo hasta que todo estuviera maduro y en sazón.

Volvieron después a Parma y tras detenerse allí algún día partieron para la vecina de San Donilo, en donde les hospedó el Obispo en su Palacio, a solicitud del Duque. Y en aire de hombres desocupados, a la espera de las resultas de lo hablado con el Duque, se tomaron un tiempo para visitar a parientes y amigos. El P. Messerati se fue a Milán. Y los PP. Scordialó y Panizzoni a Cremona para hacer una cariñosa visita por encargo del P. General a una Familia Noble, que ha sido bienhechora muy insigne de la Compañía de Jesús en Rusia. En aquella Ciudad fueron recibidos y agasajados con muy particular cariño y atención por todas las Familias Nobles, que a porfía les convidaron a comer en sus casas. Todos, allí y en todas partes, decían con franqueza que los jesuitas rusos venían a restablecer la Compañía de Jesús en el Ducado de Parma, incorporándola a la conservada en la Rusia Blanca. Y que consecuentemente pensaban abrir Noviciado en uno de sus Colegios para recibir en él tanto a quienes antaño habían sido ya jesuitas como a los que todavía no lo había sido. Éste es, a juicio de todos y con tanta seguridad como si se vieran los documentos auténticos, todo el objeto y todo el fin de esta venida de los tres jesuitas rusos a Parma. Aquí no se trata menos que de restablecer legítimamente en el Estado de Parma, y propia y verdaderamente según su Instituto y Constituciones, y con facultad para conservarse y propagarse en lo sucesivo, la Religión de la Compañía de Jesús, extinguida hace más de 20 años en toda la Iglesia con el famoso Breve del Papa Ganganelli Clemente XIV.

A pesar de tan buenos y favorables augurios, el proyecto del Duque Fernando no acababa de arribar a buen puerto. La Corte de Madrid no parecía oponerse a él. Y el Papa parecía inclinado a dar algún visto bueno verbal en secreto. Pero esto no bastaba: según las Órdenes del P. Vicario General los tres jesuitas enviados a Parma no debían dar paso alguno sin un Breve expreso de Su Santidad. Y por más que el Duque siguiera suplicando, Pío VI llegó a pedirle que no insistiera más sobre el asunto. Sin embargo, los tres jesuitas rusos se mantenían en el Convictorio de San Roque y ejercitaban los ministerios como los demás. Y por su parte, el Duque D. Fernando no abandonaba la empresa...

El 3 de junio moría en Parma el P. Borgo. Él había sido allí el principal agente y promotor de todo aquel ideal de restablecimiento de la Compañía. Comenzó consiguiendo instalar el Convictorio jesuítico en el Colegio de San Roque y poco después en el Colegio de Piacenza. Él sólo trabajó en el negocio de la venida de los tres jesuitas rusos. En una palabra, él fue el 'restaurador' de la Compañía en Parma. ¡Y puntualmente ha muerto cuando estaba ya a punto de coronar su empeño! Por eso se comentó que el mismo Duque le había comparado a Moisés, quien, después de sus innumerables trabajos para introducir al Pueblo de Israel en la tierra de promisión y teniéndola ya a la vista, murió sin poner el pie en ella. En la misma

Iglesia del Colegio de San Roque se le hizo el Oficio y se le dio sepultura. Y en su lugar entró el P. Messerati, que continuará trabajando hasta que se logre éxito o hasta que, perdida toda esperanza, se vuelva a Rusia.

El Duque Fernando, no contento con que los jesuitas se encarguen de la dirección del Seminario y de que traten de santificar con el ejercicio de todos los ministerios sagrados las Ciudades de Parma y de Piacenza, ha mostrado gusto de que salgan a hacer Misiones por los lugares y campiñas del Estado. Y en efecto, aunque son más bien pocos y mayores en edad, han salido varios a hacerlas, y aun alguno de los tres venidos de Rusia. Por su parte, el P. Rivarola, que residía en el Convictorio de Piacenza, salió en otoño para una gran Misión en algún lugar grande de aquella zona, al que fácilmente podía concurrir mucha gente de las cercanías. Y he aquí una circunstancia muy digna de ser notada: las Señoras Ursulinas de Piacenza, al ver que los Padres se disponían para salir a Misión, les ofrecieron los instrumentos utilizados 26 años por sus antecesores, que ellas habían conservado solícitamente y guardado como si fuera un tesoro; el Santo Cristo, las disciplinas, dogales y campanillas. El mismo P. Rivarola reconoció que así podrían hacer la Misión enteramente a la jesuítica y a la antigua con todas las piadosas invenciones y arbitrios que los antiguos usaban. Y aseguró luego que todo había resultado excelentemente y a su entera satisfacción. Pero por su humildad atribuyó el buen suceso en mucha parte a lo mucho que habían trabajado los Padres del Convictorio y en particular los españoles. Otra circunstancia ha habido en esta Misión: el Duque les envió un estandarte o lábaro con una hermosa pintura del Corazón de Jesús. Y sin duda ha colaborado para que la Misión haya tenido un éxito tan feliz y la gente haya obtenido tantísimo fruto.

Durante el otoño vinieron a Parma dos jesuitas, de los que viven reunidos en la Ciudad de Augusta, para informarse sobre cómo iba el proyecto de restablecimiento de la Compañía, porque aspiraban a lograr lo mismo en Augusta y en todo el Estado de Treveris, en cuanto el Duque de Parma lograra su intento. Más adelante llegarían el P. Felipe Asensio al Convictorio de Piacenza y los PP. Pedro Cordón y José Carrillo al Colegio de Parma.

## **28. Fallecimiento del P. Natal Magnani**

El 2 de noviembre de 1794 falleció en Polock el P. Natal Magnani, natural de Bolonia. Al tiempo de la extinción de la Compañía era Escolar. Continuó con aplicación sus estudios y algunos años después fue ordenado Sacerdote. Estaba muy bien instruido en las Lenguas griega, latina, española y francesa, en Matemáticas y convenientemente en Teología, y había logrado ya algunas facultades para predicar y confesar. Nada, pues, le faltaba para vivir con regalo, con honor y aun con el consuelo de trabajar a beneficio de las almas en su Ciudad de Bolonia. Y no obstante, siguiendo el ejemplo de su hermano Agustín y abandonándolo todo, partió secretamente hará 8 o 10 años a la Rusia Blanca para entrar desde luego, trabajar y morir en la Compañía de Jesús. Allí ha sido Maestro de Filosofía, Secretario del P. Provincial y ahora era Maestro de Novicios. Y efectivamente tenía prendas, instrucción y virtud para tan diferentes y tan importantes empleos.

En la carta, en que se da aviso de su muerte a su hermano Antonio, también jesuita, al presente Bibliotecario de la Librería pública de la Instituta, se atribuye principalmente a su caritativo empeño en asistir a un preso de la cárcel, llagado y apestado. Y en su propia enfermedad, no poco larga y penosa, mostró no solamente una paciencia cristiana, sino también una tan perfecta resignación, que por miedo de faltar a ella no se resolvió a hacer un voto al Sagrado Corazón de Jesús si le concedía la salud, como se lo suplicó instantemente un amigo suyo. Y tuvo al fin una preciosa muerte.

## **29. El P. Messerati en Bolonia**

El 22 de abril de 1795 llegó a Bolonia el P. el P. Antonio Messerati, uno de los tres llegados hace año y pico desde la Rusia Blanca y ahora hace de Superior de todos los Convictorios de Parma. En Bolonia se detuvo dos días, al parecer con el fin de dar gracias en

nombre del P. Vicario General y de toda aquella pequeña Compañía de Jesús a varios Señores boloñeses y algunos ex-jesuitas italianos y españoles que les habían hecho algunas limosnas y regalos, y de invitar a algún otro jesuita para los Convictorios de Parma. Esto es lo que se le ha visto hacer allí, yendo a las casas de los que comúnmente son mirados como jesuitas bienhechores de los de Rusia. Y al parecer enseguida conquistó a un joven ex-jesuita italiano para llevárselo consigo a Parma.

Éste es el P. Bartolomé Avezani, que desde hace 6 u 8 años vivía en la Casa de los PP. de la Congregación de San Felipe Neri en Bolonia. En aquella Casa habían vivido también los PP. Ascanio y Pozzia: el primero murió en ella y el segundo salió de ella para ir como Rector al Seminario de Parma. Uno y otro se habían hecho mucho lugar en la Casa por sus talentos, prendas y laboriosidad en los ministerios y merecieron particular estimación de los PP. Filipinos. Acaso les ha excedido en esto el P. Avezani, y con toda verdad se puede decir, y lo dicen con sinceridad varios de los PP. Filipinos, que era el alma de la Casa en el ejercicio de los ministerios, en la dirección y educación de la juventud, que ya era bastante numerosa, y aun en el gobierno de ella, aunque por sus pocos años de Filipino no tenía todavía voto en sus Juntas ni oficio alguno de importancia. El P. Messerati logró convencerle para que fuese a uno de los Convictorios de Parma y el día 28 se marchó secretamente de la Casa de los Filipinos, sin decir nada a nadie. Envió después una carta al P. Superior, notificándole la resolución que había tomado y las causas que le habían movido.

Con esta novedad hubo en la Casa propiamente un tumulto religioso y todos los PP. se mostraron sumamente consternados y afligidos. Y en sus expresiones de pena, acompañadas con lágrimas en varios de ellos, no se quejaban del modo, al parecer poco atento con que les había dejado, ya porque en semejantes casos es entre ellos muy común, y ya también porque, como ellos mismos decían, si no hubiera salido de ese modo, absolutamente no hubiera salido, porque era imposible que pudiese resistir a las eficacísimas instancias y ruegos de todos para que no saliese. Sus lamentos eran principalmente de que les ha faltado a una palabra que les había dado muchas veces. Al ver abiertos los Convictorios de Parma, temieron los PP. Filipinos que les dejase su estimado P. Avezani y a fuerza de súplicas y de ruegos le obligaron en alguna manera a que les diese palabra de no dejarles mientras no fuese restablecida la Compañía de Jesús, y hasta ahora no lo había sido. Pero, siendo, todo lo que se ha visto en Parma, algún principio de restablecimiento de la Compañía, no es gran falta no haber esperado hasta ese día tan deseado, y los mismos PP. Filipinos lo confiesan. Y así toda la causa de su dolor y pena por la marcha del P. Avezani viene a parar en un singular honor de éste, pues se viene a reducir a la mucha estimación que tenían de su persona y a la falta que les hacía para muchas cosas de la Casa.

El P. Avezano se ha ido en derechura a un nuevo Convictorio que se ha abierto en el Estado de Parma, el Colegio jesuítico de la Ciudad de San Donino, cuya Iglesia se abrió para el culto y ejercicio de los sagrados ministerios, después de haber estado cerrada durante 27 años, el día del Apóstol San Matías, 24 de febrero de 1795. En él habían entrado algunos días antes para disponer las cosas los otros dos jesuitas venidos de Rusia, PP. Scordialó y Panizzoni, y el P. Tartani, que vivía en el Convictorio de Parma. La Ciudad de San Donino es una población pequeña. Y no obstante, hubo aquel día un numeroso concurso de gente a confesarse y a toda la fiesta que se hizo en el templo por la mañana y por la tarde. En aquel Colegio no sólo se han preparado 5 o 6 aposentos con las cosas necesarias, sino que se va continuando en disponer otros muchos, cuales son las camas y otros muebles convenientes. Y estando destinado este Colegio para Noviciado, infieren de aquí muchos que está ya pronto el restablecimiento de la Compañía de la Compañía en Estado de Parma, y por lo menos se debe inferir que no es negocio desesperado, como piensan algunos pusilánimes, y que el Duque no ha abandonado la empresa.

El Cuerpo de la Ciudad de San Donino, después de haber visto y observado por espacio de unos meses la laboriosidad de aquellos jesuitas en el ejercicio de los ministerios, escribió al Duque con fecha de 28 de enero de 1796 una carta de acción de gracias sumamente

expresiva por el beneficio que les había hecho al abrir aquel Convictorio. Y en ella se asegura resueltamente que “ya se ve con claridad el provecho espiritual, no menos que el temporal, causado en aquella población por el pasto de la palabra divina, anunciada con tanto celo y empeño mucho más frecuente que antes, por el cuidado solícito y continua dirección de la juventud, y principalmente por el restablecimiento de la Congregación de los Artistas, con la cual, con edificación de todo el pueblo, se han disminuido no poco los desórdenes y escándalos que se habían hecho demasiado frecuentes”. Y llenos de gozo por este felicísimo suceso, se atreven a pedir a Su Alteza la continuación de su celo en orden al restablecimiento de la Compañía, “obra –dicen– cuanto grande y ventajosa al mundo, tanto deseada y esperada por todas las gentes”.

Por otra parte, el mismo Duque D. Fernando escribió de su puño y letra al P. Messerati, ordenándole que en la Iglesia de San Roque de Parma se hiciese con esplendor la Novena a San Francisco Javier, dando principio a ella el 4 de marzo. Y así se ha ejecutado con el conveniente lucimiento, con piedad y fervor y con buen concurso de gente, en especial de la distinguida y desocupada. Una determinación tan piadosa y de tan particular devoción para con el Santo Apóstol del Oriente, y propia del Serenísimo Duque sin que jesuita alguno se la haya podido inspirar, es prueba suficiente de que Su Alteza habrá querido honrarle personalmente. Y de hecho ha hecho oración en el altar del Santo mientras se ha ido celebrando la Novena.

Al finalizar el año 1796 podía certificar el P. Luengo que en el Seminario de Parma y en el Convictorio de dicha Ciudad, al que se había agregado el P. Javier Perotes, de la Provincia de Castilla, todo iba con la regularidad conveniente, y el piadoso Duque D. Fernando se mostraba cada día más contento de tener de algún modo jesuitas en su Estado, ya que todavía no había podido conseguir tenerlos con toda propiedad como miembros del Cuerpo de la Compañía. A Piacenza, en cuyo Convictorio no sólo se atendía al ejercicio de los ministerios, sino también a la enseñanza pública, se había agregado en setiembre el P. Joaquín Millars, de la Provincia del Paraguay, y se había encargado de la Cátedra de Lógica y Metafísica, de la que por falta de salud había tenido de dejarla el P. Pedro Goya.

### **30. Muerte de Catalina II**

La Emperatriz de Rusia Catalina Alekséyevna II sufrió el 16 de noviembre de 1796 un cólico violentísimo y al día siguiente murió en Pietroburgo en edad de 67 años y 7 meses, y después de haber reinado 34 años cumplidos. Fue aclamada Emperatriz a causa de una revolución que derrocó a su marido el Zar Pedro III. El Diarista P. Luengo afirma que no tiene datos suficientes para hacer con exactitud el retrato interior de sus talentos, prendas y virtudes. Pero añade: “Por los efectos se conoce que era una Señora de mucha capacidad, de talento para conocer y ganar las gentes, de mucho espíritu, de resolución, de gran firmeza y constancia, de un juicio muy bien puesto y muy asentado, y de un gran fondo de equidad, de justicia y de rectitud. Todas estas prendas de la Emperatriz Catalina II y otras varias no menos apreciables se descubren en la solidez, regularidad, igualdad, sabiduría, acierto, moderación y quietud de su gobierno en los 34 años de su Reinado, y puntualmente en un tiempo en el que apenas ha habido una Corte en toda Europa en el que no se hayan visto inquietudes, revoluciones, violentos trastornos, manifiestas prepotencias, opresiones, arbitrariedades, despotismos y tiranías. De aquí ha provenido que, desde que reventó y dio el gran estallido la Revolución Francesa, todos los Reinos y Estados de Europa, y por lo menos los más principales, han sido dentro de sí mismos un mar inquieto, agitado y tempestuoso por los tumultos y conspiraciones domésticas, y sólo el grande y dilatadísimo Imperio de Rusia, gobernado por la Emperatriz Catalina, ha sido un mar pacífico y sosegado, sin que en la agitación general de toda Europa se haya visto en él un motín del pueblo o una conjuración contra el Trono”.

“Y en su conducta en el negocio y causa de la Compañía de Jesús, ¿en qué grado tan subido no se descubren y tocan con la mano piedad, justicia, magnanimidad, desinterés y

constancia! Una brevísima y sencillísima exposición de este extrañísimo, increíble y casi incomprensible suceso pondrá con evidencia delante de los ojos estas y otras virtudes suyas. El Papa Ganganelli Clemente XIV, a instancias de muchos Príncipes Católicos, y consintiendo los demás, publicó el año 1773 el Breve de Extinción general de la Compañía de Jesús en todo el mundo, y fue remitido para su ejecución a todos los Príncipes Católicos y no Católicos en cuyos Dominios había jesuitas. Y generalmente todos aquellos en cuyos Estados había algunos Colegios, con mayor o menor presteza lo pusieron en ejecución y lo conservan en el mismo estado de vigor y fuerza. En este caso bastaba no estar enteramente ciego con alguna violenta pasión de odio o de interés, para entender claramente y con una absoluta evidencia que de la extinción de la numerosa y dilatada Compañía de Jesús no había otras causas ni motivos que sorpresa y engaño en varios Monarcas, odio, malignidad, prepotencia y furor en sus principales Ministros, lisonja, abatimiento, codicia y venalidad en los Romanos, y que en la substancia y en el modo era una determinación injusta, violenta, cruel y tiránica”.

“La Emperatriz Catalina conoció muy bien todo esto y, habiendo empezado un año antes a ser vasallos suyos los jesuitas de la Rusia Blanca, no quiso que fuesen oprimidos por los furiosos Ministros Borbones y por los venales Romanos, y prohibió severísimamente la intimación del Breve de Extinción de la Compañía a los jesuitas vasallos suyos. Tomada esta resolución, se ha mantenido la Emperatriz firme, constante e inmóvil por el largo curso de 23 años, y no han sido bastantes ni para rendirla ni para engañarla todos los tesoros del Erario del Rey Católico, todo el furor de los Ministros de las Cortes Borbónicas, todas las astucias del Jansenismo, todos los ardides de Congregaciones, Cardenales y Nuncios de Roma, ni las ardientes súplicas de los mismos jesuitas, sus vasallos. A pesar de todo el mundo y de todas las personas más autorizadas, Eclesiásticas y Seculares, Catalina II, reconociendo su inocencia, ha conservado y salvado en un rincón de su Imperio la Compañía de Jesús, aborrecida y anatematizada por los Reyes Católicos y por los Papas. Y con toda verdad y sencillez, sin rodeos ni figuras se debe publicar en todos los siglos venideros que a ella sola en este mundo se le debe que no se haya interrumpido su existencia legal y que legítimamente se haya conservado hasta este día. ¡Cuánta debe ser la gratitud a esta beneficentísima Soberana ahora y siempre de todos y de cualquiera de los jesuitas que amen, como deben, a su tiernísima Madre la Compañía de Jesús! Si ésta se ha conservado en alguna parte y por consiguiente no ha llegado a morir, se debe únicamente a la Emperatriz de Rusia, a la que no había tenido ocasión de hacer servicio alguno, y de la que apenas era conocida. Gran prodigio del Cielo y hecho grande y heroico, beneficio y gracia singularísima e inestimable de la Augusta y gloriosa Catalina II, Emperatriz de Rusia. Las bocas y las plumas de todos los jesuitas de todas las naciones, que vengan en adelante, lo publicarán así sin rebozo y harán que llegue la memoria de este singularísimo favor, y el ilustre y glorioso nombre de la grande e inmortal Catalina hasta los más remotos y lejanos tiempos”.

“Es indudable, y lo han asegurado cien veces los jesuitas rusos que vinieron a Parma, que la piadosa Emperatriz tenía grandes e importantísimos proyectos, así a favor de la Compañía de Jesús como a beneficio de la Religión Católica y sobre la grande obra de la unión de su Imperio a la Santa Sede. La determinación de enviar a Roma al Ilmo. Benislavski, que por la revolución de los tiempos y de los Estados no se puso en ejecución, es algún indicio de estas piadosas intenciones de Su Majestad Imperial. Y para ir preparando y facilitando la reunión no habrá servido poco una obra que por su orden escribieron sobre este asunto los jesuitas”.

Ha sucedido a Catalina II su hijo Pablo. Y la pequeña Compañía de la Rusia Blanca ha entrado en una nueva y humanamente cierta y duradera seguridad de que se conservará sin alteración alguna en el Reinado del nuevo Emperador. Pablo I escribió a Pío VI con expresiones muy tiernas de aprecio y veneración, mostrando ardientes deseos de que vaya adelante y se efectúe la grande obra de la reunión del Imperio Ruso con la Santa Sede, centro de la verdadera Religión Cristiana. No dejaría de ser algún consuelo para el Pontífice esta expresiva carta de un Príncipe tan grande, que en los deseos está ya unido con Él. El

Emperador mostró en su carta deseos de que el Nuncio de Su Santidad en Varsovia asistiese a su Coronación en la Ciudad de Moska. En efecto, Monseñor Lorenzo Litta, milanés, cumpliendo las Órdenes de Roma se puso en camino para la dicha Ciudad. En su tránsito se hospedó en el Colegio de los jesuitas de Orsa y se detuvo en él un día, y se mostró contentísimo, asegurando a los Padres que en mucho tiempo no había tenido un día tan gustoso.

El P. Vicario General escribió a Monseñor Litta, dándole gracias por su dignación en haber honrado el Colegio de Orsa, y ofreciéndole para su hospedaje, a su vuelta, todos los Colegios de la Compañía. El pasado mes de junio recibió el P. Panizzoni cartas de Rusia y particularmente su nombramiento para suceder al recién difunto P. Messerati en el cargo de Superior. El 16 de marzo de 1797 se hizo en la Catedral de Moska, con gran piedad, con muchas sagradas ceremonias, con gran pompa y magnificencia, la solemne coronación del nuevo Emperador Pablo I. Después que se acabó en Moska todo lo perteneciente a la fiesta de la Coronación, quiso el Emperador dar un giro por algunas Provincias de su Imperio y llegó a la Ciudad de Orsa hacia últimos de abril o primeros de mayo. E informado el P. Vicario General a tiempo de aquel viaje, se halló en la dicha Ciudad al tiempo de su arribo. El día siguiente bastante de mañana, habiendo llegado a Orsa ya de noche, fue Su Majestad Imperial al Colegio de la Compañía. A la puerta de la Iglesia fue recibido por el P. Vicario General y por los demás jesuitas que se hallaban en aquel Colegio. Hizo Su Majestad oración ante el altar del Santísimo Sacramento y en el de Nuestra Señora, y alabó mucho el aseo en todas las cosas de la Iglesia. Recibió con muy particular agrado al P. Vicario General, que besó la mano de Su Majestad, y el Emperador tuvo para con él la particularísima dignación de darle ósculo en el rostro. Y, en la hora y media que se detuvo en el Colegio, hizo muchas demostraciones de aprecio y de cariño al P. Vicario y al resto de los jesuitas. En esta visita acompañaban al Emperador sus hijos, los Príncipes Alejandro y Constantino, que conversaron especialmente con algunos Hermanos Escolares, haciéndoles muchas preguntas sobre cosas de la Compañía. Después de esta honorífica visita del Emperador, han quedado todos los jesuitas muy asegurados de la especial protección de su Majestad Imperial. La Posteridad y la Historia de la Compañía reconocerán necesariamente muchos prodigios del Cielo en esta su constante conservación en aquel rincón del Imperio de Rusia.

### **31. Muerte de Pío VI**

La Convención Nacional de Francia, necesitada de dinero, decidió buscarlo en Italia y puso al frente del Ejército invasor a un buen Capitán, joven y poco conocido hasta entonces, corso de nación, llamado Napoleón Bonaparte. En 1797 Napoleón invadió Italia y el 29 de junio creó la República Cisalpina, con Capital en Milán. A mediados de noviembre invadió la parte norte del Ducado de Parma. En Parma, Capital, se oyó naturalmente este latrocinio con asombro y disgusto. El Duque D. Fernando estaba contentísimo con su pequeño Estado, amaba verdaderamente a sus súbditos como padre y era amado por ellos. Pocos días antes de la citada rapiña tuvo el Duque otro disgusto no menor: el General Bonaparte le exigió dos millones y medio de francos. Para no gravar a sus súbditos, el Duque decidió poner en venta sus propios bienes y entre ellos, doloridamente, los Colegios de la Compañía.

El 10 de febrero de 1798 el General Bertier conquistó Roma, apresó al Papa Pío VI y le despojó de su Soberanía. El 20 le intimó su exilio de Roma y su marcha a la Toscana. El Papa llegó el 24 a Sena. Desde allí pasó a la Cartuja de Florencia donde fue encerrado, gozando sólo de la compañía de uno o dos Prelados y del ex-jesuita Mariotti como Secretario. El 29 de marzo le llevaron a Bolonia y el 1º de abril a Parma. El Papa se encontraba enfermo y por eso los franceses lo entregaron al Serenísimo Duque, que le ha acogió con gusto. Cuatro días después llegó una Orden de París, mandando que Pío VI continuase su exilio hasta la República Francesa. El 14 de julio de 1799 llegó a Valence (Francia). El 19 enfermó. Su Confesor, Monseñor Espina, le administró el Viático el 27 y la Extrema Unción el 28. Y en Valence falleció el 29 de agosto de 1799.

La situación de la Iglesia a la muerte del Papa aparecía extraordinariamente grave: Roma estaba ocupada y los Cardenales todos dispersos. El Conclave se reunió en Venecia como el sitio más seguro. A fines de noviembre de 1799 estaban en la Ciudad Ducal 35 Cardenales. De nuevo se produjo en este Conclave la división entre Cardenales Celosos y Cardenales Regios. Los primeros se inclinaban por el Cardenal Mattei, Arzobispo de Ferrara, hombre muy piadoso y afecto a la Compañía de Jesús; los segundos, por el Cardenal Bellisomi. Pero el 14 de marzo de 1800 fue elegido un Cardenal, en quien nadie se había fijado previamente: el Cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti, quien tomó el nombre de Pío VII. Este Cardenal era el Obispo de la ciudad de Imola donde estaban exiliados los ex-jesuitas de Chile. Y como había sido cariñoso con ellos, toda la extinguida Compañía miró su elección como una gracia especial del Señor.

El jesuita Panizzoni, Superior de los venidos de Rusia a Parma, dependiente del P. Vicario General, acudió a Venecia tras la elección del Pío VII y en diversas ocasiones tuvo tres audiencias con el Santo Padre. En todas ellas fue recibido con agrado y muestras de afecto. Siguiendo las instrucciones del P. Vicario, presentó al Papa un expresivo memorial, en el que se pedían dos cosas: la primera, que declarase legítima y justa la conservación de la Compañía de Jesús en la Rusia Blanca; y la segunda, que le concediese la facultad de extenderse por todas partes, lo que viene a equivaler, como es claro, a una revocación del Breve de Extinción del Papa Ganganelli y una verdadera determinación de restablecimiento de la Compañía en todo el mundo en cuanto depende de la Silla Apostólica. El Papa no tuvo dificultad alguna en reconocer y declarar la legitimidad de la conservación de la Compañía de Jesús en la Rusia Blanca. En cuanto al restablecimiento de la Compañía, la respuesta del Papa se vino a reducir a mostrarse pronto de su parte a restablecerla si se lo piden los Príncipes y los Obispos.

Pío VII ha estado constante en su determinación de irse cuanto antes a Roma y entrar en posesión de su Corte, permitiéndoselo los Príncipes que la sacaron de manos de los franceses y echaron por tierra la República Romana formada por ellos. En cumplimiento de su resolución se hicieron prontamente las disposiciones para el viaje. Por muchas razones, y una de ellas será el no pasar por Imola y por su patria Cesena, embarcándose Su Santidad en Venecia, iría a desembarcar en Ancona o en algunos de aquellos puertecillos inmediatos. El 4 de junio salió de Venecia y se vino a Chioggia a esperar una fragata del Emperador, que se estaba preparando para conducirlo. Hacia el 12 de junio embarcó Pío VII en la fragata y el 17 desembarcó en el puertecillo de Fano del Ducado de Urbino. No tomó desde allí el camino de Ancona y de Loreto, acaso por no afligirse viendo los estragos que se había hecho en aquella Santa Casa. Por el otro camino, que llaman del Furlo se dirigió hacia Roma, adonde llegó hacia el 4 de julio. A la entrada del Papa debió de haber muchos vivas y aclamaciones, especialmente por el mucho elogio con que se hablaba del Papa Chiaramonti y por no haberse visto Papa en la Ciudad durante 28 meses.

### **32. 3ª Congregación General Rusa**

El P. Gabriel Lenkiewicz falleció en Polock el 10 de noviembre de 1798 a sus 76 años de edad. El 27 de enero se reunió en Polock la Congregación General, compuesta por 30 jesuitas Profesos. Y el 1º de febrero fue elegido Vicario General al P. Francisco Javier Kareu, lituano como sus dos predecesores. El nuevo Vicario escribió entonces al Papa una súplica en la cual, después de narrar sucintamente todo lo ocurrido desde el Breve de Clemente XIV, pedía la concesión de un Breve apostólico en el que se aprobara pública y oficialmente la existencia canónica de la Compañía en Rusia. Y para apoyar su petición pidió y obtuvo, sin dificultad, una carta del zar Paulo I, quien además entregó a los jesuitas el templo de Santa Catalina de Pietroburgo. Los dos documentos llegaron a Roma el 11 de agosto de 1800. Por entonces había en Rusia Blanca 214 jesuitas: 94 Sacerdotes, 74 Escolares y 46 Coadjutores. El Papa Pío VII estaba decidido al restablecimiento de la Compañía, pero por el bien de la Iglesia creyó que era necesario contar con la benevolencia de la Corona española. Escribió a

Carlos IV una carta informándole que se proponía aprobar, formalmente, a la Compañía de Jesús en Rusia.

El 7 de marzo de 1801 el Papa expidió el Breve *Catholicae Fidei*, desvaneciendo así todos los escrúpulos de los ex-jesuitas acerca de la rectitud canónica de la Compañía que vivía en Rusia. El P. Francisco Javier Kareu fue reconocido como Preósito General de la Compañía de Jesús. La restauración se hizo sólo para los territorios del Imperio Ruso, pero tuvo la virtud de suscitar sobre Polock una verdadera ola de peticiones para ingresar en la Compañía de Jesús en Rusia proveniente de personas y grupos de Europa y hasta de los Estados Unidos de América.

### **33. Guerra de Rusia con Francia**

El Emperador Pablo I de Rusia se había coaligado con el Emperador de Alemania Francisco II y había declarado la guerra a la República Francesa. Y probablemente lo que más le había incitado a ello fue la opresión del Pontífice Pío VI, a quien conoció y trató personalmente en Roma. A mediados de abril de 1799 envió un formidable Ejército ruso al mando del General Suvórov, que a marchas forzadas llegó al teatro de la guerra. El Ejército coaligado ruso-austriaco fue consiguiendo victoria tras victoria. El 12 de junio fueron vencidos los franceses cerca de Módena. Y hacia el 20 de ese mismo mes entraron en Bolonia los aliados austriaco-rusos. Una tercera batalla se dio en un lugar llamado Trebia: el Ejército coaligado, mandado por el General Suvórov, derrotó a los franceses tras una pelea muy reñida y muy sangrienta. Los resultados han sido enormes: casi no ha quedado un palmo de la fértil República Cisalpina en manos de los franceses. También los napolitanos han logrado echar de sus tierras a los franceses. El Emperador Pablo I, no Católico, cuya Corte de Pietroburgo dista de Italia 500 leguas, ha librado Italia de la bárbara opresión del Gobierno de la República Francesa.

Pero, a su vuelta de su expedición a Egipto, Napoleón Bonaparte, recién nombrado Cónsul, se puso al frente del Ejército francés, y atravesando Suiza, entró el 2 de junio de 1800 en las llanuras de Lombardía y reconquistó Milán. Génova también se le rindió. El 14 de junio se libró la batalla de Marengo, en el Piamonte, que terminó con victoria de los franceses contra los austriacos. Hay que tener en cuenta que el Ejército Ruso se había desligado ya del Austriaco, por desavenencias entre ambos Emperadores. Fruto de la victoria de Marengo fue el ventajosísimo armisticio, por el cual los franceses se extendieron de nuevo con rapidez por toda Italia. En Roma, el mismo Pontífice Pío VII, rodeado de tropa francesa, tuvo que firmar una especie de paz o Concordato con el Cónsul Bonaparte. Pero en agosto de 1801 la tropa francesa se vio obligada a abandonar de nuevo el Estado del Papa.

### **34. Noviciado de Colorno**

En julio de 1799 el P. Luis Panizzoni estaba en Polock para tratar con el Vicario General de la Compañía sobre la fundación de un Noviciado en Parma conforme a los deseos del Duque D. Fernando. Previamente había obtenido el visto bueno del Papa Pío VII, quien, además, le delegó para que transmitiera la bendición apostólica a Polock y diese al P. Kareu una Reliquia de la Vera Cruz. La fundación del Noviciado se hizo con una renta asignada por el Duque y con la generosidad de la Condesa de la Acerra y de la Duquesa de Villahermosa. Los Padres Dominicos cedieron el antiguo Convento de San Esteban, que ellos habían cerrado, en la villa de Colorno, residencia ordinaria del Duque. El P. Panizzoni nombró en noviembre de 1799 al P. José Pignatelli, de la Provincia de Aragón, como Rector y Maestro de los 6 novicios que esperaban, desde hacía un tiempo, la admisión. Era, por cierto, un Noviciado especial, un tanto “camuflado”, dadas las circunstancias de los tiempos y especialmente por no irritar a la Corte de Madrid contra el Duque de Parma, hermano de la Reina de España D<sup>a</sup> María Luisa. Además, la Compañía de Jesús no había sido oficialmente reconocida, sino permitida. La conexión con ella no podía tener valor sino en el fuero interno.

Con el mismo secreto están también unidos a la Compañía de Jesús de Rusia todos o los más de los que habitan en los Convictorios del Duque de Parma, en los que continúan viviendo tranquilamente y ocupándose en los ministerios y en la enseñanza, estimados siempre y protegidos por el piadoso Duque D. Fernando. En la misma Ciudad de Parma tienen los jesuitas su Seminario de Nobles y un Convictorio para el ejercicio de sus ministerios. En la Ciudad de Piacenza tienen estudios públicos, como antiguamente en nuestros Colegios, y ejercitan también los ministerios de confesar y predicar. Y en la pequeña Ciudad de San Donino hay también un Convictorio de 3 o 4 jesuitas empleados en los sagrados ministerios. Es de suponer que todos los que viven en estas Casas dependen del P. General de Rusia, como los de Colorno. La mayor publicidad de su legítima conservación en la Rusia Blanca y esta pequeña y oculta extensión en el Estado del Duque de Parma son todas las ventajas que obtuvo la Compañía de Jesús en el último año del siglo XVIII.

En setiembre de 1802 ya habían hecho en Colorno su Noviciado, coronado con los votos del bienio, algunos jóvenes. Dos o tres habían pasado al Colegio de Piacenza para hacer en él sus estudios. Y algún otro había pasado a la Rusia Blanca para hacerlos en el Colegio de Polock.

El 9 de octubre, vigilia de San Francisco de Borja, murió repentinamente el Duque de Parma D. Fernando. En Parma sintió algún mal después de haber tomado chocolate y en este estado fue a la Casa de Campo del Seminario de Nobles, adonde había llamado al P. José Pignatelli para tratar con él algunos negocios. Y el negocio único de que pudo tratar fue el disponerse para una santa muerte, como ocurrió, asistiéndole el P. Pignatelli hasta que expiró en sus manos.

### **35. Muerte de Pablo I de Rusia**

El 24 de marzo de 1801 murió en Pietroburgo el Emperador Pablo I. Parece que fue asaltado en su misma habitación y muerto a puñaladas. Estaba todavía en la edad robusta de 46 años, habiendo nacido el 1º de octubre de 1754. Entró inmediatamente en su lugar su hijo Alejandro I nacido el 23 de diciembre de 1777; había cumplido por tanto 23 años. El nuevo Emperador visitó la Ciudad de Polock y dio a los jesuitas las mismas muestras de benevolencia y afecto que su padre y su abuela. El P. Vicario General no pudo acompañar a Su Majestad en el Colegio por hallarse gravemente enfermo y el Emperador tuvo la dignación y la bondad de visitarle en su mismo aposento muy despacio y de recomendarle mucho, a su principal Médico, el que con sus remedios y solicitud le ha alargado algunos meses la vida.

### **36. 4ª Congregación General Rusa**

A pesar de los citados remedios el P. General Francisco Javier Kareu murió el 30 de julio de 1802, a sus 70 años. El Nuncio de Roma en la Corte de Pietroburgo, Monseñor Arezzo, escribió un bellissimo elogio del difunto P. General y una exacta relación de su muerte. Parece que tuvo algún presentimiento de ella, y también del restablecimiento general y glorioso de la Compañía de Jesús. Era natural de la Ciudad de Orsa, donde había nacido el 10 de octubre de 1731, fiesta de San Francisco de Borja. Y murió en la víspera de la fiesta de San Ignacio de Loyola.

La 4ª Congregación General se celebró sin dificultad ni embarazo alguno a partir del 4 de octubre de 1802, y eligió pacíficamente como General al P. Gabriel Gruber, nacido en Viena el 6 de mayo de 1740 e ingresado en la Compañía a sus 15 años. Tras la extinción de la Compañía, el P. Gruber reingresó en la misma en 1784 en Polock. En 1800 fue nombrado primer Rector del Colegio Aristocrático de la Universidad de Pietroburgo. El difunto Emperador Pablo I le estimó muy particularmente. El P. Gruber ha escrito ya a Monseñor Arezzo con sincerísimas protestas de obsequio y veneración para con la Santa Sede y para con el presente Pontífice Pío VII.

Con esta ocasión los Nobles Católicos de Irlanda y de Inglaterra, así como diez jesuitas irlandeses, han comenzado a moverse y han dirigido al Papa Pío VII sendos

Memoriales, en los que piden a Su Santidad su consentimiento para unirse a los jesuitas de Rusia. Y a pesar de la cautela de Pío VII respecto a posibles disgustos de la Corte de Madrid, no se desconfía de que al fin se logre tal consentimiento, aun cuando sea de un modo oscuro e indirecto. Por su parte, el Rey de Suecia ha pedido al P. General la fundación de un Colegio en su misma Corte de Estocolmo. En 1803 se unieron a la Compañía Rusa los jesuitas ingleses, y algunos otros de otras partes a quienes no se había intimado el Breve de Extinción.

### **37. El P. Cayetano Angiolini en Roma**

Se recordará que hace un año cuatro hermanos Angiolini marcharon a Polock para incorporarse a la Compañía de la Rusia Blanca. Uno de ellos, Cayetano, que tenía el empleo de Asistente junto al P. General, pasando por Viena y Venecia, llegó a Roma a una hora de la noche del 4 de julio de 1783 y se hospedó en un mesón. A la mañana siguiente fue a decir Misa en el altar de San Ignacio, de la Iglesia del Jesús, diciendo francamente quién era. Mientras celebraba su Misa, corrió la voz entre los ex-jesuitas de aquella Casa. Al concluir la un español le convidó a tomar chocolate y otros muchos acudieron a verle, y hubo un inocentísimo y alegrísimo bullicio: todos exultaban viendo dentro de la Casa del Jesús a uno de aquellos verdaderos jesuitas que con mil prodigios del Cielo se habían salvado en aquel remoto rincón de Europa. El Conde Casini, Agente en Roma de la Corte de Pietroburgo, le sacó del mesón y le llevó a vivir en su casa. No es posible explicar, de modo que se entienda, la curiosidad de todas las gentes para verle y para hablarle, el contento y gozo, la admiración y el pasmo de la mayoría, viendo en Roma, 30 años después de extinguida la Compañía, a un verdadero jesuita de la Compañía conservada en la Rusia Blanca. Muchos fueron a visitarle y otros le pidieron que fuese a la suya. Tuvo que empezar a celebrar alguna Misa en muchos Conventos de Monjas. La Archiduquesa Mariana quiso también ver a este jesuita de los antiguos y el Príncipe Albani dio este gusto a Su Alteza, llevando en su coche al P. Angiolini. La visita fue bastante larga y la Archiduquesa le hizo mil preguntas sobre los jesuitas rusos y sobre su conservación; el P. Angiolini satisfizo a todas. Por último la Archiduquesa le convidó a comer otro día y el Padre se excusó modestamente.

Después de haber estado varias veces privadamente con el Cardenal Secretario de Estado, y presentado los papeles convenientes para ser tenido por lo que es, el 9 o 10, acompañado en el coche del Agente de Rusia en Roma, fue a la Audiencia pública del Papa, que le recibió con mucho agrado y le saludó expresamente con el nombre de *P. Procurador General*. Por su parte, y en nombre del P. General y de toda la Compañía de Rusia, hizo a Su Santidad las más sinceras expresiones de obsequio, de veneración y de obediencia. El Papa le citó para un día por semana, a fin de oírle sobre sus negocios, y ya ha empezado a ir solo a la Audiencia de Su Santidad. Tales negocios se ceñirán propiamente a Rusia, y a lo más se tratarán de su extensión a Suecia, de la reunión con los jesuitas ingleses y quizá de las Misiones encargadas por Su Majestad Imperial. En todo caso, el negocio más importante es demostrar que ha sido reconocido por el Papa como verdadero jesuita y como Procurador General de la Compañía de Jesús en Rusia, que ésta verdaderamente existe y nunca ha dejado de existir legítimamente. Éste es el grande e importantísimo efecto de la venida a Roma del P. Cayetano Angiolini, sea lo que fuere de sus particulares negocios.

Dentro de Rusia ha tenido la Compañía algunas ventajas, en cuanto a ejercitar los ministerios sagrados en mayor proporción y en cuanto a estudios y seminarios. A una leve insinuación de Su Majestad Imperial ha abrazado la Compañía unas penosas Misiones en los confines del Imperio; y es de suponer que el P. Angiolini haya hecho todo lo posible para que no se entremeta en ello la Congregación *de Propaganda*. Fuera de Rusia se ha extendido este año la Compañía a Inglaterra, sujeta al P. General de Rusia. En Italia hay también una especie de Provincia gobernada por el P. Panizzoni y con el Noviciado de Colorno dirigido por el P. Pignatelli, que últimamente ha sustituido al P. Panizzoni.

### 38. Restablecimiento de la Compañía en Nápoles

Inesperadamente, mediante una carta de la Reina de Nápoles de 28 de febrero de 1804, comunicada por el Cardenal Bellvedere, ha sido expresamente llamado a Nápoles, y con la mayor presteza, el P. Cayetano Angiolini. Ni el Cardenal ni Angiolini hicieron un misterio de este llamamiento ejecutivo a la Corte de Nápoles para restablecer en ella y en los Dominios de Su Majestad Siciliana la Compañía de Jesús, en unión y dependencia del P. General de Rusia. Hay que tener en cuenta que la Reina de Nápoles era la Archiduquesa de Austria María Carolina, hija de la Emperatriz María Teresa (como la ajusticiada Reina de Francia, María Antonieta) y estaba casada con Fernando IV de Borbón, Rey de las Dos Sicilias, tercer hijo del Rey Católico Carlos III de España. A instancias de su propio Ministro Bernardo Tanucci y de la Corte de Madrid, Fernando IV había desterrado de sus Dominios a los jesuitas. María Carolina adquirió pronto un gran peso en las decisiones políticas de su esposo y se enfrentó con Tanucci. Y una vez destituido éste por la Reina, ésta y su marido decidieron resueltamente restituir en sus Estados a la extinguida Compañía de Jesús.

Llegado Angiolini a Nápoles, comenzó a indagarse qué haciendas no se habían enajenado, a disponer o desocupar este y aquel Colegio, y otras cosas semejantes. Y los Reyes tuvieron la complacencia y satisfacción de experimentar el aplauso de la Nobleza por su decisión. Sólo restaba la aprobación del Papa, exigida por Angiolini como condición necesaria. Angiolini, pues, firmó una súplica en la que pedía a Pío VII la reposición de la Compañía en Nápoles, en unión y dependencia del General de Rusia, para condescender con los deseos de los Reyes. Pero, desgraciadamente, Pío VII continuaba temiendo la negativa reacción de la Corte de España. De todas maneras se siguió adelante en las providencias relativas a las haciendas que fueron de la Compañía para restituírselas al instante que sea restablecida, así como las relativas a las Casas y Colegios en que han de entrar prontamente algunos jesuitas. En particular se instalaron ya algunas camas en el Colegio llamado del Salvador o *del Jesús viejo*, que podrían servir para algunos jesuitas que quieran reunirse en él, aun antes del restablecimiento de la Compañía.

Además, el P. Angiolini ha escrito la siguiente circular a todos los ex-jesuitas de las Provincias de Nápoles y Sicilia: “Habiéndose dignado Su Majestad, el Rey de las Dos Sicilias, llamarme con el fin de restablecer en sus Estados los Colegios de la Compañía, al mismo tiempo que por comisión de Su Majestad comunico a V. R. esta su soberana clementísima determinación, le suplico que me haga saber si podrá y querrá reunirse a los antiguos Hermanos para profesar el antiguo Instituto y ejercitar los ministerios propios de él. Su Majestad la Reina, empeñadísima igualmente que su esposo el Rey en esta empresa, me asegura que en breve se conseguirán del Sumo Pontífice todas las facultades necesarias para reponer como antes en estos Reinos la Compañía de Jesús. Y como para la ejecución de las Órdenes de Su Majestad es necesario saber anticipadamente el número cierto de sujetos que querrán reunirse, suplico a V. R. que me diga prontamente su intención al respecto. Encomendándome en sus Santos Sacrificios..., Nápoles, 17 de abril de 1804, Gaetano Angiolini, Procurador General de la Compañía de Jesús”.

El P. José Pignatelli llegó a Roma el 1º de mayo por la tarde y se aposentó en un mesón de la Plaza de España. Desde algunos meses antes era ya Provincial de todos los jesuitas incorporados en Italia a la Compañía Rusa, italianos y españoles, que son en gran número, especialmente de las Provincias de Aragón, de México y Paraguay. De paso para esta Ciudad se hospedó en el Convictorio de Viterbo, donde ya estaban el P. Pedro Goya como Maestro de Teología, el P. Francisco Aspuru como Maestro de Matemáticas, el P. Domingo Oyarzabal como Operario, y dos Hermanos, un Roperero y un Sacristán. En su detención en Roma visitó dos o tres veces a nuestro Ministro y a varios Cardenales y Monseñores. Tuvo varias Audiencias de Su Santidad y en general dijo que Pío VII tenía estimación de la Compañía y deseos de poder restablecerla en todas partes. El día 7 continuó su viaje para Nápoles, adonde llegaría el día siguiente.

A mediados de julio el Cardenal Fabricio Rufo, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Siciliana, se presentó a Su Santidad con dos cartas: una del Rey de España Carlos IV, en la que éste declaraba que no se oponía a que el Santo Padre concediera a su hermano Fernando IV, Rey de Nápoles, la reposición de los jesuitas en su Reino; otra de Fernando IV con la súplica de tal reposición de la Compañía, sujeta al General de la Compañía en Rusia. El Papa respondió que no tenía dificultad alguna en conceder lo que Su Majestad le pedía. Y el 30 de julio de 1804, víspera de la Fiesta de San Ignacio, Pío VII firmó el Breve *Per alias nostras*, mediante el cual la aprobación de la Compañía en Rusia se extendía también al Reino de las Dos Sicilias: ¡un nuevo paso para el restablecimiento universal de la Compañía de Jesús!

El 14 de setiembre entraron en el Colegio del Salvador los PP. Cayetano Angiolini y José Pignatelli, que ahora empezaba a ejercer como Provincial de Nápoles, y otros dos, un Sacerdote y un Hermano. Y la primera noche, que durmieron en el Colegio, les dio una magnífica cena el General Pignatelli, pariente del Provincial. Superiores y súbditos se afanaron luego para disponer aquella gran Casa al estado conveniente para que sirva de Colegio. Se les entregaron las haciendas, que no son pocas. Y personas particulares les dieron buenas limosnas. Todo fue necesario para proveer las oficinas comunes y las habitaciones de los sujetos que venían a habitar allí. A comienzos de 1805 los jesuitas de la Provincia de Nápoles eran 124: 42 Sacerdotes, 23 Escolares y 59 Hermanos Coadjutores. Y en el Reino de Sicilia había 63 Sacerdotes, 63 Escolares y 73 Hermanos Coadjutores, en 4 Colegios, una Casa de Probación y 2 Residencias.

El 3 de diciembre se celebró en Nápoles por todo lo alto la fiesta de San Francisco Javier. Se presentó viva y en Cuerpo de Comunidad la Compañía de Jesús que por tantos años había desaparecido de aquel país. Previamente se había celebrado una Misión predicada por el P. Mozzi. Concurrió tanta gente que no cabía en la Iglesia. Las Confesiones fueron abundantes. La antevíspera de la fiesta estaba programada una procesión desde la Catedral hasta la Iglesia del Colegio con una estatua de San Francisco Javier, que no pudo llevarse a cabo por la lluvia, que cayó a raudales. La estatua tuvo que ser llevada en una carroza del Rey. Pero el día del Santo todo salió de maravilla. El concurso de gente fue tan grande y estaba la gente tan apiñada y apretada que no fue posible abrir camino para que el Ayuntamiento pudiera entrar por la puerta normal de la Iglesia y fue necesario que entraran por la portería y por dentro del Colegio. El P. Angiolini hizo de Preste en la función.

El día 3 por la mañana, además de un concurso no pequeño de gente para confesarse y comulgar, se celebró una Misa solemne, con música y con panegírico. Y por la tarde fue lo más exquisito y singular de esta gran fiesta. Los Reyes y toda la Familia Real llegaron a Nápoles desde el Sitio de Cesena, llegaron al Colegio del Salvador y asistieron en su Iglesia a un solemnisimo *Te Deum* que se cantó en acción de gracias a Dios Nuestro Señor por el felicísimo suceso del restablecimiento glorioso de la Compañía de Jesús.

### **39. Coronación de Napoleón como Emperador de Francia**

Envalentonado con sus triunfos, el Cónsul Napoleón Bonaparte aspiró a la Dignidad Imperial y quiso autoproclamarse Emperador de Francia y ser coronado por el mismo Papa. Pío VII intentó zafarse con diversas excusas, pero al fin no tuvo otro remedio que acceder. El 1º de noviembre de 1804 emprendió el viaje hacia París. Desde el Palacio del Vaticano hasta el primer puesto en que se mudan los caballos, la Storta, que está como a dos leguas y media, todo el camino estaba cubierto de gente que se desahogó con muchas expresiones de compasión y sentimiento, sabiendo todos que iba de muy mala gana. Y al mismo Pontífice se le cayeron algunas lágrimas. El 25 de noviembre llegó a Fontaineblau. Y el 28 entró en París en la misma carroza del Emperador. El 2 de diciembre llegaron a la Catedral, el Papa una hora antes que el Emperador. A las 10 de la mañana llegaron el Emperador y la Emperatriz, precedidos de Reyes de Armas, pajes y Mariscales del Imperio, llevando cada uno alguna de las Insignias de la Dignidad Imperial, entre ellas la Corona y la Espada del Emperador

Carlomagno, y seguían a Sus Majestades muchas Damas y Gentilhombres. Conducidos al Presbiterio, se sentaron en los tronos que se habían preparado. El Papa se bajó de su trono y delante del altar entonó el himno *Veni Creator Spiritus*. Napoleón, puesta la mano sobre los Evangelios, hizo la profesión de fe. Se cantaron las Letanías de los Santos, el Emperador y la Emperatriz se arrodillaron delante del altar y el Papa les ungió a los dos en la frente. El Papa comenzó la Misa y al Gradual bendijo las insignias imperiales. A la Emperatriz le puso la Corona el mismo Emperador y él mismo se puso la suya. Tras los vivas de rigor, entonó el Papa el *Te Deum laudamus*, con lo que acabó la función.

El Papa parecía no poder regresar a Roma. Por fin el 4 de abril de 1805 salió de París y, pasando por Fontaineblau, Clalons, Lion, Turín, Parma, Módena, Florencia, Perugia, el 16 de mayo entró en Roma, después de casi medio año de ausencia. Por la Calle del Corso siguió hasta el Puente del Santo Ángel y llegó a la Plaza del Vaticano. Y en la Iglesia, postrado el Santo Padre delante del altar de San Pedro, se cantó un *Te Deum* en acción de gracias por el feliz regreso de Su Santidad.

Mes y medio más tarde Napoleón se autoproclamó Rey de Italia y se autocoronó con la Corona de Hierro de los Longobardos en la Catedral del Duomo de Milán, el 26 de mayo de 1805. Y luego agregó Génova y Parma al Imperio Francés.

#### **40. Provincia de Nápoles**

Los jesuitas de Nápoles abrieron estudios públicos a principios de 1805 en su Colegio del Salvador o *del Jesús Viejo*. Siete son los Maestros de las Facultades mayores, Teología, Filosofía y Matemáticas, cinco de ellos españoles: Menchaca, castellano, y Gustá, aragonés, son Maestros de Teología Escolástica; el viejo Aguirre, castellano, enseña Teología Moral; Azpuru, castellano, es Maestro de Física; y González, del Paraguay, lo es interinamente de Lógica y Metafísica, que en el nuevo método van unidas y se enseñan en un año para dejar más tiempo a la Física General, experimentos, Mecánica, Química y Matemáticas, que son estudios de moda.

En las Facultades menores, que se reducen a Gramática Latina, Retórica, Poesía y Lengua griega, serán 9 o 10 los Maestros, porque los niños matriculados para estudiar Gramática pasan de 1.000 y ha sido necesario señalar 5 Maestros para solas las clases inferiores o de los principiantes. De éstos, 3 son españoles: Vicente Requejo, Manuel Arrieta, Inocencio González; el primero es muy conocido en Nápoles por sus escritos y edifica mucho verle en un oficio tan humilde como el de enseñar a niños los primeros rudimentos de la lengua latina; el tercero vino desde Génova a Nápoles por mar y logró ser recibido en la Compañía pocos días antes de la apertura de los estudios, y hará bien este oficio pues no le falta talento y también afición a la Mecánica y Física Experimental. Aquel ejército de niños ha causado impresión y curiosidad en la Corte de Nápoles, en particular cierto aire de piedad y modestia que en corto tiempo han sabido imprimirles los jesuitas. La misma Reina quiso verles por sí misma y una mañana se puso en un sitio apropiado para contemplarles cuando iban a la Iglesia para oír Misa. Y experimentó un gusto especial, como ella misma lo aseguró a los Superiores. Agradecido por el restablecimiento de la Compañía en el Reino de las Dos Sicilias, el P. General ha ofrecido 12 Misas por Sus Majestades.

En Nápoles van entrando en el Noviciado algún Sacerdote Secular y algunos jóvenes para Escolares y Coadjutores. Por mar han llegado 4 jóvenes calabreses, que han estado con mucho peligro de perecer en una terrible tempestad. De la Casa de Jesús de Roma han marchado el P. Pedro de Goya y los HH. Juan de Villanueva y Antonio de Goitia, todos de la Provincia de Castilla. Por no haber abandonado todavía los Religiosos Alcantaristas nuestra Casa Profesa del Jesús Nuevo, han tenido que demorar su entrada en el Colegio del Salvador o *del Jesús Viejo*, donde todos están tan apretados, los PP. Francisco Ocampo, ya pobre anciano, y F. Vallés, ambos de la Provincia del Paraguay, que vivían en la Casa del Jesús de Roma. El P. Angiolini ha invitado al famoso P. Biagini para que predique la Cuaresma en la Corte de Nápoles. Y la Reina ha querido que la predique en la Capilla Real, para escucharle

ella misma. Otros dos jesuitas, Carluzi y Salvatori, predicaron respectivamente en la Iglesia del Salvador y en el Catedral. Los tres han tenido numerosos auditorios, han agradado mucho y han merecido particulares aplausos. Los demás jesuitas napolitanos, en número de ciento, se han empleado en dar Ejercicios o en hacer pequeñas Misiones en cárceles, en diversas Iglesias dentro y fuera de la Ciudad con tanto fruto que no bastaban todos ellos para recogerlo en el Confesonario. Ha habido también un bullicioso fervor por enseñar la Doctrina Cristiana. Oprimido del trabajo de las Misiones, ha muerto el italiano P. Ligni, el primero que muere con la sotana jesuítica después de la resurrección de la Compañía en Nápoles. En Nápoles se ha sentido mucho su muerte, porque en verdad tenía mucho talento para hacer Misiones.

La prontitud y fervor de los resucitados jesuitas de Nápoles en reiniciar la Causa de Beatificación del Venerable Francisco de Jerónimo no puede haber sido mayor, más eficaz y más ejecutiva. Apenas empezaron a existir, pusieron los ojos en esta causa y nombraron Postulador al P. Muzarelli, Teólogo de la Penitenciaría. A causa del destierro se había suspendido la Causa en 1767. Con los papeles comunicados a todos los miembros de la Congregación de Ritos, el 30 de abril de 1805 se celebró la Congregación preparatoria sobre los milagros. Y el 19 de marzo de 1806 Francisco de Jerónimo era beatificado.

Se consiguió por fin, gracias a la Reina, que el 1º de mayo los Alcantaristas entregasen las llaves de la Casa Profesa del Jesús Nuevo y la abandonasen, aunque muy deteriorada. Dada la probabilidad de que un pronto arreglo de la misma y del consecuente desahogo del Colegio del Salvador, el mismo 1º de mayo ha partido hacia Nápoles el P. Bartolomé Hernández, de la Provincia del Paraguay, llevando consigo a dos hijos de un Caballero napolitano para el Seminario de Nobles de Nápoles. El P. Pignatelli, que ha quedado como Provincial en Nápoles tras la marcha a Sicilia del P. Angiolini, ha llamado a los tres fundadores del desgraciado Convictorio de Viterbo, que estaban detenidos en Roma por desavenencias con el P. Angiolini. Son los PP. José Doz, Osorno y Roca, de la Provincia de Aragón. Y con ellos ha ido el H. Juan de Villanueva, que fue uno de los famosos Novicios de Villagarcía que tan bien se portó con sus Hermanos en el viaje a Santander; aunque tiene ya 67 años, sigue fuerte y robusto, y seguramente dará pruebas de su incansable laboriosidad en los arreglos de la Casa del Jesús Nuevo. Según él, aunque se trabaje al máximo, no podrá estar lista antes de un par de meses. El día 20 marcharon también el P. Romo, el P. Diego Goitia y el H. Antonio Goitia. El día 27 fueron los PP. Diego del Val, Pedro Montero, Lorenzo Ramos y Juan Ambrosio Fernández. El 14 de junio partieron de Roma para Nápoles los aragoneses PP. Soldevilla (dos), Monzón (dos) y Soriano; y en su compañía ha ido también un anciano Padre que fue de la Provincia Romana. El 10 de julio partieron también de Roma dos españoles, los PP. Zuñiga y Alcoriza. El 24 los PP. Ríos y Berrueta. En los últimos días de agosto los PP. Lubelza y Soler, y los HH. Villaspiz y Eixare

El P. Roque Menchaca ha llevado a Nápoles 42 cajones de libros, el P. Pignatelli 26 o 27, y el P. Juan Andrés toda su librería. De los otros españoles hay algunos que han llevado varios baúles. Llegarán, pues, a algunos millares los tomos que han llevado a Nápoles los jesuitas españoles, que podrán servir para empezar a formar una buena librería en el Colegio del Salvador o en la Casa Profesa.

En la noche del 26 de julio un violento terremoto causó no pocos daños en Nápoles. La Casa Profesa fue algo privilegiada, aunque la Iglesia ha sufrido no pequeños daños. El Colegio del Salvador, en que vivían la mayor parte de los jesuitas, ha padecido mucho, aunque, gracias a Dios, no ha perecido ninguno. El Noviciado se ha trasladado del Colegio del Salvador a la Casa Profesa.

La navegación de una colonia de jesuitas destinada para Palermo se fue dilatando un poco, por falta de una fragata que les escolte para no caer en manos de los Corsarios Moros. En Palermo se han reunido ya unos cuantos jesuitas para recibir a los sicilianos que vengan de Nápoles, de modo que se vaya formando la Provincia de Sicilia, separada de Nápoles, como lo estaba antes del destierro. Al fin el Rey les concedió una fragata de escolta y 38 jesuitas zarparon para Sicilia a fines de marzo, pero tuvieron que regresar a puerto a causa de una

violenta tempestad. El 28 de abril se reemprendió el viaje a Sicilia con el P. Angiolini al frente, a quien la Reina había escrito una carta de despedida, deseándole buen viaje y feliz regreso a Nápoles. Más importante es otra carta de la Reina al P. General de Rusia, en la que se muestra muy contenta de la laboriosidad de los jesuitas y vuelve a subrayar su afecto y estimación por la Compañía de Jesús. En este segundo reembarque se añadieron los PP. Pedro Goya, de la Provincia de Castilla, y José González, de la Provincia del Paraguay. La navegación no pudo ser más feliz, pues sin tropiezo alguno arribaron a Palermo en unas 30 horas. El 30 de mayo acudieron al muelle con lucidos coches el Virrey y otras distinguidas personas del Clero y de la Nobleza. Y como en triunfo, acompañados y aclamados por un numerosísimo pueblo, fueron conducidos hasta el Colegio, en el que volvieron a entrar a vuelta de 37 años. En aquel Colegio vivía ya el P. Tomasi como Rector y algún otro jesuita italiano y lo tenían todo muy bien dispuesto para recibirles, de modo que desde el primer día se hallaron mejor tratados que los que quedaban en Nápoles. El 4 de setiembre llegaron desde Nápoles a Sicilia dos hermanos Soldevilla, Soriano, Zúñiga, Alcoriza y Manuel Granja. En la Casa Profesa son ya 95 sujetos, de los cuales 37 Novicios, 27 Escolares y 10 Coadjutores. Maestro de Novicios es el veneciano piadoso P. Pozzia.

La Casa del Jesús de Roma sirve de hospedería para quienes pasan hacia Nápoles. A fines de marzo habían pasado dos: un Portal, ex-jesuita de Francia, y un Canónigo de Milán, hombre de mucha autoridad y que a sus 70 años de edad quiere ingresar en el Noviciado. El P. Portal, que fue de los que embarcaron para Sicilia, debió de salir ya enfermo y a pocos días murió en el Colegio de Palermo. Se ha sentido mucho su muerte, porque según sus talentos e instrucción y su no mucha edad, podía trabajar todavía bien en la enseñanza y en los ministerios. También murió pocos días después de su arribo un jesuita siciliano de 83 años, que estaba aguardando a vestir la sotana la de la Compañía para tener el consuelo de morir con toda propiedad como jesuita.

A principios del año académico 1805-06 se tuvo en el Colegio del Salvador la oración latina de apertura de clases, con un concurso numerosísimo y muy distinguido, y ha merecido tanto aplauso que todo el mundo lo ha alabado como algo muy singular. De los estudios de Gramática, Retórica y Poesía se ha hablado con la misma ponderación que el año pasado en cuanto al gran número de niños que concurren a ellos y en cuanto a la satisfacción por el número y los talentos de los Maestros.

#### **41. 5ª Congregación General Rusa**

El 26 de marzo de 1805 murió en Pietroburgo el R. P. General Gabriel Gruber. Al tiempo de la extinción había sido Maestro de Retórica y de Matemáticas. Y, extinguida la Compañía, fue destinado por el Gobierno como Director de la construcción de buques en el Puerto de Trieste y del desagüe de lagunas en Eslovenia y en Hungría. Pero, en cuanto le fue posible, se fue a la Rusia Blanca, y dada su antigüedad y su fama, fue elegido General de la Compañía en 1802. Era hombre muy instruido en las Ciencias más estimadas por entonces: Física, Química, Matemáticas y aun Pintura. Y no menos alabado por su piedad y su conducta religiosa. Un incendio casual cerca de su habitación le asustó tanto que le produjo un ataque de apoplejía, del que murió repentinamente. Tenía 68 años de edad. Entre sus papeles se halló una nota, en la que, para el caso de su muerte, nombraba Vicario General al P. Antonio Lustig, Provincial y Asistente.

En carta del 9 de junio le contaba al P. Luengo desde Nápoles el P. Lázaro Ramos: “Ayer se hicieron las honras por nuestro P. General en la Casa Profesa con asistencia de todos los Sacerdotes de esta Ciudad no impedidos y de los Novicios Escolares. Cantamos los tres Nocturnos, y la Misa la cantaron músicos con el órgano”. En la misma Casa Profesa se había tenido la Congregación Provincial previa a la elección del nuevo P. General, en la que han participado los 25 Profesos que se hallan presentes en Nápoles. En ella se han nombrado como Vocales de la Provincia de Nápoles a tres o cuatro italianos que están en Rusia.

El 2 de setiembre fue elegido General el P. Tadeo Brzozowski con toda paz y guardando todas las prudentísimas precauciones ordenadas por nuestro P. San Ignacio. Ha sido muy elogiado, como el hombre más a propósito para gobernar la Compañía en un tiempo tan delicado e intrincado. No tiene más que 56 años, pues nació a 21 de octubre de 1749. Y a continuación se aprobaron dos Decretos: uno por el que se prohíbe que los jesuitas aprendan música y otro por el que se manda que en las fiestas de la Santísima Virgen se añadan la letanías lauretanas a las de todos los Santos.

Por ese tiempo se recibió en Nápoles una interesante comunicación de Rusia: en Londres se hallaban por julio o agosto un jesuita italiano llamado Grassi y otros dos, llegados de Rusia, para buscar embarcación que les lleve a China. Y serán los primeros que van a aquellos remotos países después del restablecimiento y resurrección de la Compañía de Jesús, como fue el primero San Francisco Javier después de su fundación y nacimiento.

#### **42. José Bonaparte, Rey de Nápoles**

Napoleón, Emperador de Francia y Rey de Italia, continuó con sus ansias de apoderarse por completo de toda Europa. El día 10 entró en el Reino de Nápoles el Ejército francés, mandado por José Bonaparte. La Familia Real comprendió que le era forzoso retirarse para no caer en sus manos. En aquellos últimos días hubo varias exposiciones del Santísimo Sacramento y la Reina asistió a la que se hizo en la Casa Profesa de los jesuitas, de los que se despidió muy tiernamente, pidiéndoles que la encomendasen mucho al Señor. No es posible explicar con palabras la pena y aflicción de aquellos jesuitas, viendo en tan triste estado a la Reina Carolina y a toda la Real Familia. En la Catedral se expuso también el Santísimo Sacramento y la Reina asistió a ella como penitente, vestida modestamente de negro. La noche del 11 de febrero se embarcó con sus dos hijas M<sup>a</sup> Cristina y M<sup>a</sup> Amalia, y sus dos nietas. El 12 también el Príncipe Francisco Genaro se vio forzado a abandonar la Corte por no contar con fuerzas bastantes para oponerse a los franceses, dejando en Nápoles un Consejo Provisional de Regencia. El 14 llegó el Ejército francés a Nápoles y la conquistó sin resistencia. José Bonaparte ha tomado posesión de todos los Palacios Reales y en cada una de las dos Casas jesuíticas se han alojado 10 Oficiales.

A fines de abril recibió José Bonaparte un magnífico Diploma de su hermano Napoleón, en el que le nombraba Rey de las Dos Sicilias. ¡Pero Sicilia sigue en mano del Rey D. Fernando IV de Borbón y en el Reino de Nápoles resiste todavía Civitella y mucho más Gaeta! Y en Calabria ha habido una gran insurrección y han tomado las armas muchos millares de calabreses, animados y provistos desde la inmediata Sicilia, y aun ayudados por ingleses y rusos que han desembarcado en aquellas costas. El nuevo Rey José Napoleón I intenta no aparecer tan a cara descubierta enemigo de la Religión. Los Reyes de Nápoles acostumbraban asistir en gran gala y con lucido acompañamiento a la procesión del Corpus; y lo mismo ha hecho el Rey Bonaparte. Esperó a la procesión en la Iglesia de las Monjas de Santa Clara, que está en frente de la Casa Profesa de los jesuitas, y allí se incorporó a ella, acompañado de un gran número de Príncipes y Señores. Pero todo esto es hipocresía, porque por otra parte ha prohibido recibir Novicio alguno. No entrará, pues, joven alguno en ningún Noviciado y a vuelta de algunos años desaparecerán todas las Órdenes Religiosas en el Reino de Nápoles. La Compañía de Jesús desaparecerá más presto por cuanto todos los jesuitas, aparte de unos pocos Novicios, tienen más de 50 años. En Nápoles, pues, se puede casi mirar como acabada la recién nacida o resucitada Compañía de Jesús. En Sicilia podrá tener alguna mayor consistencia.

En Roma el Papa procura resistir al máximo las pretensiones de Napoleón. El 5 de julio convocó una Congregación de Cardenales, en la que Pío VII estuvo tan fervoroso que incluso les exhortó y animó casi al martirio, “puesto que nos hallamos –les dijo– en tiempos en que es necesario estar prontos para derramar la sangre por la Fe y la gloria de Jesucristo”.

Al día siguiente se llenó Roma de cartas llegadas de Nápoles, en la que se daba aviso formal de la ruina total de la Compañía de Jesús en aquel Reino. El Papa y la mayor parte de

las personas de distinción mostraron un gran disgusto por la expulsión de aquellos jesuitas. En algunas de esas cartas se nos pide que dispongamos hospedaje para los muchos que tendrán que trasladarse pronto a Roma. El día 3 de julio un Comisario del Gobierno intimó al P. Provincial que los extranjeros desocuparan sus Casas en tres días. Se apoderaron del dinero que pudieron encontrar y sellaron las Sacristías, Librerías y otras Oficinas en que pudiese haber alguna cosa de valor. El motivo principal de esta expulsión es que la Compañía de Jesús sólo existe en Sicilia y en Rusia, que son las únicas enemigas de Francia. Cayó, pues, la recién nacida Compañía de Jesús en el Reino de Nápoles, a vuelta de 22 meses que empezó a existir. El día 6 por la tarde todos salieron de sus Casas, y aquel día y al siguiente todos se pusieron en camino. El Provincial P. José Pignatelli, aunque salió de los últimos de Nápoles, valiéndose de la Diligencia de las Postas, llegó a Roma el primero de todos el día 8 al anochecer y con otros tres se fue a una posada pública. En los tres días siguientes llegaron a Roma, en tres convoyes cada uno, como de 24 a 30, casi todos los jesuitas que estaban en la Corte de Nápoles. A excepción de unos pocos, que tenían ya dispuesto hospedaje particular, todos se apearon en la Casa del Jesús. Y no cabiendo allí todos, antes que llegara el tercer convoy, pasaron al Colegio 12 o 13 Novicios, que son todos los que han llegado, y les acompañaron 6 u 8 Padres antiguos por orden del P. Provincial.

Aunque el viaje haya sido corto desde Nápoles hasta la frontera del Estado Pontificio, ha sido molestísimo y pesadísimo. Los caminos estaban arruinados por la artillería y los carruajes que pasan continuamente, los mesones ocupados por Oficiales franceses. No han encontrado qué comer ni agua que beber. Poco más que hubiera durado el viaje, hubieran perecido muchos débiles ancianos. En Terracina, ya en el Estado del Papa, encontraron un buen mesón y aun comodidad para comer y dormir. Desde allí hasta Roma les fue algo mejor, pero llegaron sumamente abatidos y estropeados. Han venido unos 80. De la Provincia de Castilla, 10: los PP. Ramón Aguirre, Diego del Val, Pedro Montero, Joaquín Zabala, Roque Menchaca, Diego de Goitia, Inocencio González, Manuel Aziera, y los HH. Juan Villanueva y Antonio Goitia. De la Provincia de Aragón, el Provincial P. Pignatelli, los PP. Juan Francisco Monzón, José Doz, Vicente Requeno, Roca, Monzón y quizá dos Hermanos Coadjutores viejos. De la Provincia de Paraguay, los PP. Ocampo, Hernández, Vallés, Azcona, Videla, y acaso Romo. De la Provincia de México, los PP. Pérez, Martínez y Amaya. De la Provincia de Toledo, Cortés y otro Martínez. Y de la Provincia de Filipinas, el P. Caseda.

La expulsión de los jesuitas del Reino de Nápoles se ha completado con la de los 5 o 6 que estaban en la Ciudad de Sora. Y a continuación han sido expulsados también los 40 jesuitas de las cuatro Casas del Estado de Parma: Seminario y Convictorio de San Roque en Parma, San Donino y Colegio de Piacenza. Otro tanto ha ocurrido con los de la Ciudad de Augusta, a quienes no se les intimó antaño el Breve de Extinción. Seis de los napolitanos llegados a Roma, han pasado a la Ciudad de Orvieto, con el P. Roque Menchaca al frente. El 29 de octubre fueron otros 8, entre ellos el P. Ramón Aguirre como Rector. Otro es el P. Roca, de la Provincia de Aragón, como Maestro de Lengua griega. Y otros son jóvenes italianos que hicieron su Noviciado en Colorno. Y se han establecido en el antiguo Colegio de la Compañía. Allí se ha dispuesto habitación para tres Novicios Escolares que estaban todavía en el Colegio Romano, que pidieron al P. Provincial les permitiese hacer el viaje hasta Orvieto al modo de peregrinación que hacían los antiguos Novicios. Pero, como el Colegio resultaba estrecho para tanta gente, se alquiló una casa inmediata a él, capaz para 20 sujetos. El 18 de febrero de 1807 fueron allá desde Roma los PP. Pedro Montero y Diego Goitia. Por otra parte han partido para Anagni los PP. Joaquín Zabala y Romo, con quienes se reunirá el P. Antonio Díaz, expulsado de Sora. Y se establecerán en el Seminario del Obispo, bajo el Rectorado del P. Andrés Galán, de la Provincia de Aragón.

En Sicilia, en cambio, van bien las cosas para la Compañía: se conservan e incluso han aumentado algo. En la Casa Profesa de Palermo se celebró en diciembre un solemne Triduo en acción de gracias por la Beatificación del P. Francisco de Jerónimo. El adorno de la Iglesia fue singular y la iluminación copiosísima: las luces eran 3.000. La Familia Real acudió toda, y

la Reina, al entrar en la Iglesia, exclamó con entusiasmo: “¡Oh, qué bello golpe de vista!”. También en Pietroburgo se ha celebrado la Beatificación del P. Francisco de Jerónimo, animada y costeada por el Emperador Alejandro I. En Palermo también han podido hacer la Profesión de Cuatro Votos 6 italianos y 7 españoles. Y tienen entre manos dos pequeñas fundaciones y otras dos les seguirán presto. Y también es agradable subrayar el establecimiento de la Compañía de Jesús en los Dominios de Su Majestad Británica, unida a la Compañía Rusa y a su General P. Tadeo Brzozowski. Estos tres establecimientos de jesuitas, en Rusia, en los Dominios de Su Majestad Británica y en Sicilia, forman a fines de 1806 el Cuerpo de la Compañía de Jesús con toda la formalidad de su existencia legal y pública. Y serán más de 500, pues en sola Rusia son 348. Y en Rusia y Sicilia tienen buen número de Novicios.

### **43. Napoleón Bonaparte y el Zar Alejandro I**

Como se recordará, el motivo principal aludido para la expulsión de los jesuitas napolitanos fue que la Compañía de Jesús sólo existe en Sicilia y en Rusia, que son las únicas enemigas de Francia. ¿No sería mejor decir que Francia era la única enemiga de todo el resto de Europa? De hecho, Napoleón, autoproclamado Emperador de Francia y Rey de Italia, había invadido Nápoles y proclamado Rey de Nápoles a su hermano José. Durante poco más de un decenio adquirió el control de casi toda Europa Occidental y Central. Fundó el Reino de Holanda, colocando a su frente a su hermano Luis. En 1808 invadió España, colocando a su frente a su hermano José, quien dejó en Nápoles a su cuñado Joaquín Murat. Mediante la Constitución de Bayona reconoció la autonomía de las Provincias Americanas del Dominio español y pretendió reinar sobre aquellos inmensos territorios, cuyos habitantes nunca quisieron aceptar los planes y designios del Emperador. Conquistó luego las Provincias Ilirias y los Estados Pontificios. Y en 1810, al noroeste de Alemania creó el Reino de Westfalia, al frente del cual puso a su hermano menor Jerónimo.

Pero Rusia no miraba con buenos ojos el engrandecimiento de Napoleón. Y Napoleón no podía emprender la conquista de Sicilia, en la que seguía reinando Fernando IV de Borbón, por estar muy ocupado con la guerra del Norte, en la que tenía por principal enemigo al Emperador de Rusia, apoyado por los ingleses. Las tropas rusas le habían opuesto una vigorosa resistencia, cual no la había experimentado en las tropas de otras Naciones, a pesar de que Bonaparte contaba con fuerzas superiores a las de Alejandro I. No podía comprender cómo 60.000 rusos pudieran contener a 200.000 franceses. El ‘invencible’ Napoleón tuvo que rebajarse a solicitar ayuda, alborotando a todo el mundo contra el Zar de Rusia, austriacos, turcos, persas. El General Ruso Michelson logró una gran victoria contra el Ejército Turco mandado por el Gran Visir y el Comandante Georges, casi Rey de los Servios, lo puso en desbandada.

Bonaparte, consiguió tomar la plaza prusiana de Danzig después de cinco meses de asedio. El 5 de junio de 1807 se reanudó la guerra entre los Ejércitos Francés y Ruso, mandados respectivamente por los Emperadores Napoleón y Alejandro. El día 14 Napoleón venció en la batalla de Freiland y conquistó Königsgrat. De resultas de ella se firmó el día 21 un armisticio entre ambos Emperadores. Y el 7 de julio se firmó el Tratado de Paces en Tilsit.

Napoleón, liberado de la guerra con los rusos, se sintió impulsado de nuevo por sus ambiciones. Impuso el bloqueo sobre las mercancías inglesas con el propósito de arruinar su comercio. Portugal fue una de las naciones que no se plegó al bloqueo, por lo cual el Emperador invadió España por Guipuzcoa y Cataluña, y conquistó Portugal en 1807 sin haber derramado una gota de sangre. La Familia Real pudo huir y refugiarse en la Isla de Madera, desde donde pasó al Brasil. Finalmente Bonaparte quedó dueño de todo el Reino de Portugal.

Además, el 2 de febrero de 1808 los franceses conquistaron Roma, aunque el Papa declaró que ni cedía su Estado ni pensaba abandonarlo y trasladarse a Aviñón como pretendía el Emperador. Toda Roma alabó con general asombro y aplauso esta animosa e inesperada respuesta del piadoso y humilde Pío VII. El Papa fue trasladado inmediatamente al Palacio

del Quirinal, donde residió como preso y encarcelado, pero mostrando una gran firmeza y constancia. Ese mismo día 2, fiesta de la Purificación, celebró la bendición de las candelas como otros años.

El 19 de marzo de 1808 estalló el Motín de Aranjuez que obligó a Carlos IV de España a abdicar en su hijo Fernando VII. Napoleón llamó a padre e hijo a Bayona (Francia) y les obligó a abdicar a su vez en favor de su hermano José Bonaparte. El 2 de mayo se inició la Guerra de la Independencia. El Alcalde de Móstoles declaró la guerra a los franceses. El pueblo de Madrid, envalentonado por los heroicos oficiales Daoiz y Velarde, se alzó en armas. En julio el Ejército Español venció a los franceses en la Batalla de Bailén. Durante 5 años las tropas españolas, formadas sobre todo por paisanos, se enfrentó al Ejército Francés. Y el 21 de junio de 1813 se libró la Batalla de Vitoria entre las tropas francesas que escoltaban a José Bonaparte en su huida y un conglomerado de tropas británicas, españolas y portuguesas al mando del Duque de Wellington. La victoria aliada sancionó la retirada definitiva de las tropas francesas de España y forzó a Napoleón a devolver la corona del país a Fernando VII, finalizando así la Guerra de la Independencia Española.

La paz entre el Zar Alejandro I y el Emperador Napoleón sólo duró un quinquenio. El Ejército Francés comenzó a invadir Rusia el 23 de junio de 1812. La resistencia de los rusos en la sangrienta batalla de Borodino no impidió el avance francés hasta Moscú, que fue incendiada por orden de su Gobernador. Pero la falta de provisiones y el acoso de las guerrillas rusas forzó a Napoleón a una desastrosa retirada, en medio de un crudo invierno anticipado: de los 650.000 hombres que invadieron Rusia, sólo 40.000 lograron regresar.

Por su derrota en la Batalla de las Naciones cerca de Leipzig en octubre de 1813 que se vio obligado a abdicar en abril de 1814. Las potencias vencedoras le concedieron la soberanía plena sobre la minúscula isla italiana de Elba. Napoleón logró regresar a Francia con sólo un millar de hombres y, sin disparar un solo tiro, en un nuevo baño triunfal de multitudes, volvió a hacerse con el poder en París durante el período conocido como 'los Cien Días'. Pero el Duque de Wellington frente a las tropas británicas y el Ejército Prusiano derrotaron al Ejército Francés comandado por Napoleón en Waterloo (Bélgica) el 18 de junio de 1815. El Emperador de Francia fue deportado al Isote de Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821.

#### **44. Prisión y destierro de Pío VII**

Como a las 10'30 de la mañana del 10 de junio de 1809 se enarboló en el Castillo de San Ángel de Roma la bandera Imperial Francesa tricolor, que fue saludada con un centenar de cañonazos. Al mediodía en punto llegó a la Plaza Barberini un grueso destacamento de tropa francesa. Un Oficial Francés leyó en alta voz la toma de posesión de Roma y del Estado Pontificio por el Imperio Francés. Repitieron la ceremonia en la Plaza del Palacio Pontificio, de modo que pudiera oírla el Papa. Hacia las 6 de la tarde se fijó en las tres Basílicas de San Pedro, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor, el Breve latino *Quum memoranda*, en el que Pío VII declaraba incursos en excomunión a todos los autores y cooperadores de lo que se había hecho en Roma desde el 2 de febrero del año pasado. Y se colocó un breve resumen de ese Breve en lengua vulgar en las puertas de varias Iglesias. A la mañana siguiente un piquete de soldados los fue arrancando todos. El día 14 un grupo de hombres fue quitando las armas del Papa de todos los Palacios y Casas. El Santo Padre ordenó a los Comandantes de la Guardia Cívica, Marescoti y Giraud, que renunciaran a su empleo antes de tres días, so pena de excomunión. El 29 el Papa tuvo que celebrar la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en la Capilla del Palacio del Quirinal. Todas las puertas del Palacio estaban cerradas y todas las ventanas habían sido tapiadas con tablones muy gruesos. En la Basílica del Vaticano la celebró el Cabildo.

La noche del 5 al 6 de julio asaltaron los franceses el Palacio del Quirinal y, rompiendo no pocas puertas, llegaron a la estancia retirada en que estaba el Santo Padre, acompañado del Secretario de Estado Cardenal Pacca. El Oficial francés le intimó al Papa

formalmente el arresto y el destierro de todo el Estado Pontificio, si no hacía cesión de éste y no retiraba la excomunión. Como el Papa se negó a tales condiciones, a las 4'30 de la tarde tuvo que entrar en un coche de viaje, con el Cardenal Pacca y un Oficial francés. Y escoltado por unos 20 o 25 Gendarmes florentinos, salió de Roma. La primera parada fue Radicofani, en la Tocana, a unas 20 o 25 leguas de Roma. Desde allí consiguió escribir el Papa al Cardenal Miguel de Pietro, delegándole amplias facultades durante su ausencia. Y tal vez una breve y tierna despedida de su Pueblo Romano, que el 11 por la mañana apareció en muchos sitios de la Ciudad. El día 7 llegó a las cercanías de Florencia, donde fue encerrado en el Monasterio de los Cartujos. Al día siguiente fue llevado en litera por las montañas de Luca y del Genovesado hasta la Ciudad de Chiavari. De allí fue conducido a Alexandria de la Paglia. Y después, por los Alpes, hasta Grenoble, donde pudo llegar hacia el día 17. El pueblo del país, por donde ha pasado, le ha hecho a su modo los más expresivos obsequios y honores. Las gentes de la Campiña y de los pequeños lugares sembraban de flores el camino por donde había de pasar el coche del Vicario de Jesucristo, besaba devotamente la tierra por donde había pasado y prorrumplía en honoríficas exclamaciones al Santo Padre. Hacia el 2 de agosto fue llevado a Aviñón y luego a Niza y después a Savona, adonde llegó el día 17. También las gentes de Savona han dado singulares muestras de afecto, obsequio y veneración al Papa. Ya en 1812 Pío VII fue llevado a Fontainebleau. Pero tras una serie de fracasos militares cosechados por las armas imperiales y poco antes de que Napoleón se viera obligado a abdicar, el Papa fue puesto en libertad. El 24 de mayo de 1814 pudo regresar a Roma, hacerse cargo del gobierno de los Estados Pontificios y atender a las empresas de la Iglesia, que durante tantos años no había podido atender con paz.

#### 45. ¡Resurrección!

Una de esas empresas fue el restablecimiento mundial de la Compañía de Jesús. El Papa Pío VII se dio prisa en lograrlo, porque el 7 de agosto de 1814 firmó la Bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*. El 24 celebró la Eucaristía en la Iglesia del *Gesú* y después con gran cariño y uno a uno, saludó a los ancianos jesuitas que lloraban de consuelo. En aquellos momentos la Compañía sólo podía contar con unos 600 sujetos. Su General seguía siendo el R. P. Tadeo Brzozowski, pero no podía salir de Rusia. Y el P. José Pignatelli había muerto santamente el 15 de noviembre de 1811, contemplando, como Moisés, la Tierra Prometida.

Vale la pena transcribir la narración de esta ceremonia que nos ha legado el P. Manuel Luengo en su "Diario de la Expulsión" y del que tanto nos hemos aprovechado en las páginas precedentes. "A las 8 de la mañana llegó el Santo Padre a la puerta de la Iglesia del Jesús, bellísimamente colgada e iluminada a maravilla, y en ella fue recibido por el Colegio de Cardenales, que en toda gala, según se les había advertido, habían prevenido al arribo de Su Santidad. El Pontífice, después de una breve oración al Sacramento, se fue a celebrar la Santa Misa en el magnificentísimo altar del Patriarca San Ignacio, en el que reposa su santo cuerpo. Y habiendo dicho otra allí mismo un Monseñor o Prelado, mientras Su Santidad daba gracias, pasó prontamente a la Sacristía de la Capilla de los Nobles, abriendo a viva fuerza los soldados camino por la Iglesia llena de gente. Y habiendo tomado en un momento algún desayuno, salió al instante y se sentó en su trono, para hacerse a su presencia la lectura de la Bula de restablecimiento de la Compañía. En el centro de la Capilla, que no es grande, y por eso no se dio entrada a ninguno que no tuviese parte en la función, estaban en sus bancos 18 Cardenales. A espaldas de los Cardenales, en dos filas de bancos por cada lado, estábamos generalmente todos los jesuitas que estamos en Roma: unos pocos portugueses, en mayor número italianos y la mayor parte españoles, y entre todos llegaríamos a 150. Alrededor del trono del Papa había varios Monseñores. Y de pie, a las puertas que van a la Sacristía, se veían varios Obispos y Prelados, aunque sin formar Cuerpo".

"El Santo Padre, luego que se sentó en el trono, entregó la Bula a Monseñor Belisario Cristaldi. Y éste, en pie cerca del trono, la leyó muy bien toda, y, después de leída, se la volvió a entregar al Santo Padre. Y entonces, habiéndosele ordenado, se presentó el P. Luis

Panizzoni, que hace de Provincial, se arrodilló ante el trono mismo de Su Santidad y el Papa por sí mismo le puso la Bula en la mano. El P. Panizzoni, besándole reverentemente los pies, se retiró, llevándose la Bula. Está, pues, completa la restitución o reposición de la Compañía de Jesús. A este acto solemne se siguió inmediatamente, por habérsenoslo insinuado, que todos fuésemos a besar el pie a Su Santidad. Entre los 150 hay algunos entre 60 y 70 años de edad y son los más jóvenes o los menos viejos, muchos de 70 a 80, y más de 15 octogenarios, y algunos de 85 y 86; y éstos, y ya cumplidos tiene el Provincial Panizzoni. Varios de ellos, y dos iban con su bastoncito, necesitaban ser ayudados para subir al trono, y les ayudaban con muy buen gracia los Prelados que asistían al Santo Padre. En el tiempo en que se leía la Bula, tuvo siempre el piadoso Pontífice un semblante agradable y muy festivo y alegre, como que a él le salía el gusto y complacencia que tenía en su corazón por aquella grande obra suya de restituir a la Iglesia la ilustre Compañía de Jesús. Y aun lo mostró todo más abiertamente cuando con sus propias manos entregó la Bula al P. Provincial Panizzoni. Y en el tiempo en que le besamos el pie, viendo tantos ancianos respetables contentísimos y alegrísimos, y a muchos con lágrimas de ternura en sus ojos, estuvo extraordinariamente contento, festivo y aun risueño”.

“Acabada la función, se retiró el Santo Padre para ir a tomar su coche y restituirse a su Palacio, y yo pude verle, cuando salía de la portería, desde una ventana sobre la plaza que está delante, que no es pequeña, y toda ella estaba llena de gente, y todas las bocacalles que vienen a ella, y aun todo el camino desde la Casa del Jesús hasta el Palacio del Quirinal. Y al avistarse el Pontífice, fue tal la gritería, los vivas y aclamaciones y las demostraciones de obsequio y de aplauso que se parecían mucho a las del primer día que puso los pies en Roma, y así se continuaron por todas las calles hasta su Palacio”.

“Los Sres. Cardenales estuvieron un rato en la Capilla, congratulándose con todos por el gloriosísimo restablecimiento de la Compañía, que se acababa de ejecutar. El Cardenal Pacca, después que se retiraron los Cardenales, se sentó en una silla de la Capilla misma, en que estábamos, y un Oficial de la Cámara, en pie y al lado de Su Eminencia, leyó un larguísimo manuscrito, que es ya efecto y determinación consiguiente a la reposición de la Compañía. La substancia de ella es que Su Santidad da desde luego a la Compañía la Casa del Jesús y la de San Andrés. Y para la manutención de los jesuitas se añaden 500 pesos duros mensuales por la Cámara a algunas rentas de la Compañía que en el día se les han podido entregar, y entre las dos forman la suma como de 1.000 pesos duros al mes, que pueden bastar para la manutención de 120 sujetos, especialmente después que las cosas estén asentadas, y tan presto no podrán ser tantos en Roma. En el largo manuscrito se nombra muchas veces a la recién restablecida Compañía de Jesús con el apelativo de *venerable*”.

#### **46. Y nuestros paisanos**

Mediante un Decreto de 15 de mayo de 1815, el Rey Fernando VII llamó a España a los antiguos jesuitas. Como la Bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* de Pío VII fue la contrapartida del Breve *Dominus ac Redemptor* de Clemente XIV, el Decreto de Fernando VII fue la contrapartida de la Pragmática Sanción de Carlos III. La Vice-Provincia de España, regida por el Comisario General Manuel Zuñiga, estaba conformada por 112 Sacerdotes y 10 Hermanos.

Pero hubo varios españoles que reingresaron en la Compañía sin necesidad de volver a España. Entre ellos, por ejemplo, varios de nuestros paisanos recibidos en Italia. El P. Roque Mechaca, natural de Llodio, reingresó en Nápoles el 24 de octubre de 1804 y falleció en Orvieto el 19 de agosto de 1810, a sus 66 años de edad. El H. Antonio Goitia, natural de Aulestia, reingresó en Tívoli el 29 de setiembre de 1814 y falleció en Madrid el 17 de enero de 1817, a sus 70 años de edad. El P. Ramón Aguirre, natural de Tudela, reingresó en Nápoles y falleció en Roma el 18 de febrero de 1816, a sus 86 años de edad. El H. Juan Villanueva, natural de Naguiz, reingresó en Nápoles y falleció en Madrid el 25 de febrero de 1819, a sus 82 años de edad.

## INDICE

1. Extinción de la Compañía .....	1
2. Catalina II .....	1
3. Noviciado de Polock .....	3
4. Oposición.....	4
5. Inauguración del Noviciado .....	5
6. Reinserción de ex-jesuitas en Polock .....	7
7. Visita a Polock del heredero de Catalina II.....	8
8. Cambio de Gobernador de la Rusia Blanca.....	9
9. Arzobispado de Mohilow .....	10
10. 1ª Congregación General Rusa.....	10
11. Nuevos ingresos en el Noviciado de Polock .....	11
12. Nuevo Arzobispo y Obispo Coadjutor de Mohilow.....	14
13. Arbitrios y diabluras de Archetti y Pallavicini .....	16
14. Muerte del Conde de Czernicheff .....	19
15. Tres cartas de Polock y una oración .....	20
16. Muerte del R. P. Stanislao Czerniewicz .....	24
17. 2ª Congregación General Rusa.....	26
18. Misiones apostólicas.....	27
19. Historia compendiada.....	28
20. Más reinserciones .....	31
21. Paso de Catalina II por Mszislaw .....	31
22. Muerte de Carlos III .....	33
23. Coronación de Carlos IV .....	33
24. Nuevas finezas del Príncipe Potemkin .....	34
25. Dos muertes muy sentidas .....	34
26. Primeros fulgores de una nueva aurora .....	36
27. Parma.....	37
28. Fallecimiento del P. Natal Magnani .....	39
29. El P. Messerati en Bolonia .....	39
30. Muerte de Catalina II.....	41
31. Muerte de Pío VI .....	43
32. Guerra de Rusia con Francia .....	44
33. 3ª Congregación General Rusa.....	44
34. Noviciado de Colorno .....	45
35. Muerte de Pablo I de Rusia .....	46
36. 4ª Congregación General Rusa.....	46
37. El P. Cayetano Angiolini en Roma .....	47
38. Restablecimiento de la Compañía en Nápoles .....	48
39. Coronación de Napoleón como Emperador de Francia.....	49
40. Provincia de Nápoles.....	50
41. 5ª Congregación General Rusa.....	52
42. José Bonaparte, Rey de Nápoles .....	53
43. Napoleón Bonaparte y el Zar Alejandro I .....	55
44. Prisión y destierro de Pío VII.....	56
45. ¡Resurrección! .....	57
46. Y nuestros paisanos .....	58